



SAVAGE BILLIONAIRE


REBECCA BAKER

Savage Billionaire

**Embarazada
de un
multimillonario**

Rebecca Baker

Derechos de autor 2024
Rebecca Baker
Todos los derechos reservados

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:
<https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol>

Índice

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Bridget

Me pasé un mechón de pelo castaño por detrás de la oreja mientras escuchaba atentamente el pedido que me contaba la alegre novia rubia. Hablaba de forma animada por encima de la barra mientras yo memorizaba su pedido. Ya no necesitaba papel ni bolígrafo, hecho que, aunque llevaba años haciéndolo, a veces sorprendía a la gente.

La vi volver a su grupo de amigas con su vestido blanco de plumas y lentejuelas y me pregunté qué la había traído hasta aquí para su despedida de soltera. Había muchos clubes en la ciudad a los que podían ir por cómo iban vestidas y desde luego *Murphy's* no era exactamente un lugar de moda para despedidas de soltera. Era más para los entusiastas del deporte, especialmente los aficionados al béisbol de Boston que venían aquí por las pantallas grandes de televisión, las cervezas baratas y los frecuentes avistamientos de jugadores.

Ding. Ding. Ding. El séquito de la novia probablemente estaba allí para coincidir con los jugadores profesionales. Desde que mi padre abrió el local hace años, *Murphy* se había convertido en el lugar favorito para venir a tomar algo después de los partidos. Había fotos de los equipos de cada año todos sentados en el bar o los entrenadores con sus brazos alrededor de los hombros de mi padre. Era una leyenda en Boston.

Cuando era joven me sentaba en el bar a hacer los deberes mientras bebía Shirley Temples o veía los partidos los fines de semana con los clientes habituales. Algunos dirían que no era un lugar apropiado para alguien de mi edad pero a mí me encantaba. Adoraba estar con mi padre y a él le encantaba tenerme cerca. Ese lugar era su orgullo además de su familia, que algunos de los momentos más felices de su vida habían sido detrás de ese mismo bar. Siempre fui una niña de papá y siendo joven decidí que mi sueño sería dirigir ese local algún día. Aunque era casi un hecho que él me cedería el lugar cuando llegara el momento, yo no quería que fuera tan fácil. Quería sentir que me lo había ganado. Por eso cuando tuve la edad suficiente me rompí el culo trabajando de camarera en una cafetería durante el día y de camarera por la noche para ganar lo suficiente como para comprar una parte del local, parte que nunca me pidió, pero estaba muy orgulloso.

Hace unos años, cuando mi padre cayó enfermo le sustituí para que pudiera centrarse en su salud. A pesar de las circunstancias me alegré de que me dieran la oportunidad de dirigir el local. Mantuve todo igual, la luz tenue, las bebidas baratas, la comida grasienta pero buena. No había razón alguna para cambiar algo que ya funcionaba y mucho menos cambiar un lugar que me encantaba.

Terminé de preparar una bandeja de margaritas de la casa y la acerqué al grupo de la despedida de soltera. Las mujeres gritaron de alegría y aplaudieron al verme. Solté una carcajada mientras dejaba la bandeja en el suelo, me dieron las gracias y se abalanzaron como buitres a por la sal y el limón. "¿Puedo servirles algo más, señoras?", pregunté, colocando la bandeja bajo el brazo.

"¡Chupitos!", gritó una soltera levantando los puños.

"De acuerdo. Seis chupitos de tequila marchando".

Me giré para volver a la barra cuando una de las solteras me agarró suavemente del brazo y se inclinó hacia mí.

"¿Hay posibilidad de que alguno de los jugadores aparezca esta noche aquí?", dijo sonriendo con picardía.

"En *Murphy's* nunca se sabe", y le guiñó un ojo.

La mesa de mujeres soltó una risita y miró a su alrededor. Hacía una hora que el partido había terminado, así que era muy probable que el equipo se dirigiera hacia aquí.

Mientras me alejaba oí a una de ellas susurrar, "Apuesto a que se ha liado con uno de ellos".

Sacudí ligeramente la cabeza. Eran un grupo de tipos guapos y ricos a más no poder pero nunca había tenido ningún interés romántico en ninguno de ellos. Por supuesto, era amistosa. Vale, quizá coqueta de vez en cuando pero eso eran solo negocios. Los jugadores eran un grupo divertido y ninguno se había pasado de la raya. Bueno, excepto uno pero no fue conmigo, sino con mi antiguo camarero. Le prohibí la entrada al bar y le echaron del equipo por su comportamiento, así que al final se llevó su merecido.

Dejé la bandeja en la barra y la llené de vasos de chupito. Cuando iba a por la botella de uno de los mejores tequila, la barra se despejó y fue entonces cuando la vi: Cara, mi hermana. ¿Qué hacía ahí? Fuera cual fuera la razón de su aparición, no podía ser buena. Por mucho que quisiera a mi hermanita, los problemas siempre venían detrás de ella. Las cosas me iban muy bien ahora y no necesitaba nada que las estropeará.

Mientras servía los chupitos la miré de reojo. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba ahí sentada y por qué no me había dicho nada todavía. Hacía meses que no la veía ni hablaba con ella y pensaba que al menos me saludaría. Lo último que supe es que estaba en Irlanda haciendo quién sabía qué. No podía seguirle el ritmo y, a pesar de fingir que no quería, la verdad era que me preocupaba constantemente por ella.

Hacía todo lo posible por olvidarla y concentrarme en mi trabajo pero el mero hecho de saber que estaba ahí me hacía sentir como si una nube negra se cerniera sobre mí. Tendría que lidiar con ella en algún momento de esa noche y justo parecía que había elegido una de las jornadas más ajetreadas del fin de semana para venir a pedirle a su hermana mayor cualquier tipo de ayuda.

Agarré la bandeja con una mano mientras me acercaba a la mesa de la despedida de soltera.

"Aquí están esos chupitos, señoritas. Invita la casa".

Volvieron a chillar de alegría. Algunas incluso se levantaron y me abrazaron, y yo acepté riendo. Chocaron sus vasos y tragarón el tequila, cogiendo con rapidez los gajos de limón que les había cortado. Justo en ese momento se abrió la puerta y vi entrar a medio equipo de las grandes ligas. Esto se iba a poner muy movido y Cara tendría que esperar.

"¡Dios mío!", dijo una de las solteras en un fuerte susurro mientras miraba hacia la puerta.

"Están aquí", dijo la novia en voz baja. "Tranquilízate".

"¡Es Kenny!", susurró otra de ellas.

"Está cogido. ¿Recuerdas?".

"¿Por qué no puedo ser la panadera guapa de la que se enamoró?", suspiró una.

"Os dejo, señoritas". Golpeé la mesa con los nudillos y sonreí para mis adentros. Cleo había trabajado una vez aquí en el bar y era muy buena amiga mía. Me alegré de que encontrara el amor y de que ahora dirigiera una panadería de éxito no muy lejos de aquí. Las mujeres, boquiabiertas, seguían mirando al grupo de hombres guapos que se agolpaban en mi entrada. Me abrí paso suavemente a través del abarrotado bar y saludé al equipo.

"Menudo partido, chicos", dije interrumpiendo su charla.

"¡Bridget!", dijeron al unísono.

"Por aquí".

Los conduje a su puesto habitual en la esquina del bar donde se dejaron caer en los asientos con suspiros de alivio. No les culpaba. Tras empatar en la novena entrada, habían jugado tres más. Fue un partido con mucha tensión y yo había servido muchas jarras de cerveza a los espectadores que se habían encerrado aquí durante horas. Por desgracia, acabaron perdiendo en la undécima entrada, poniendo fin a su temporada.

"¿Qué os pongo, chicos?", pregunté mientras me apoyaba en la mesa. A pesar de haber perdido parecían estar de buen humor.

"Whisky para empezar", dijo Chad, uno de los jugadores más veteranos.

Sabía que estaba un poco colado por mí porque el equipo lo hizo muy evidente. Era guapo pero no era mi tipo y aún así, le seguí el juego. No quería herir el ego de nadie.

"Ya lo tienes. Oye, fue una gran jugada doble en la novena", comenté, asintiendo con la cabeza.

El resto de la mesa emitió un sonoro "Ooooooooooh" y la cara de Chad se puso roja.

Gruñó. "Pero no fue suficiente".

"Oye, los tendrás la próxima temporada", dije con seguridad.

Me levanté de la mesa y me dirigí hacia la barra antes de darme la vuelta. "Por cierto, hay un grupo de solteras por ahí que sé que estarían interesadas en hablar con vosotros", dije señalando con la cabeza hacia el otro extremo de la barra.

Riéndome, observé al grupo de hombres levantarse literalmente de sus asientos y estirar el cuello tratando de conseguir una buena visión. Se merecían divertirse esta noche. Mientras me abría paso entre la multitud miré hacia la barra en busca de Cara. Más valía que viera lo que quería antes de que esa molesta sensación me arruinara la noche, pero al acercarme, vi que no estaba sola.

Me aparté y observé. Era un hombre mayor, de hombros anchos con un traje azul marino. Llevaba el pelo peinado hacia atrás como si se lo hubiera untado de grasa. Hablaba atentamente con las manos y me fijé en un elegante reloj de oro que llevaba en la muñeca asomando por la manga de su planchada camisa. Era imposible que fuera una cita pero con mi hermana nunca se sabía.

La vi sentarse frente a él. Parecía una niña pequeña a la que regañan mientras se encoge de hombros sobre sí misma. Debería acercarme y ver de qué se trataba. Fuera lo que fuese, no parecía ser bueno. Di unos pasos hacia ellos pero me vio y me hizo un gesto de forma discreta con la cabeza. Me detuve en seco. Fuera quien fuera no quería que la interrumpiera, y no pude evitar preguntarme por qué.

A pesar de mi buen juicio le hice caso y me alejé. Me agaché bajo la barra y continué trabajando mientras la miraba de reojo. Más de cerca, pude ver que el hombre parecía enfadado y que mi hermana hacía todo lo posible por calmarlo. Me descubrió porque me miró fijamente antes de hacerme señas para que me acercara. Respiré hondo. ¿En qué lío me había metido?

"¿Puedo ayudarlo?", pregunté, no sin antes notar que Cara me daba la espalda. ¿Por qué fingía que no me conocía?

"Tomaré un whisky sour", dijo el hombre bruscamente.

"Claro. ¿Quiere algo más?", pregunté mirando a mi hermana.

"Bonito lugar", dijo mirando a su alrededor. Parecía un águila acechando a su presa, observando cada pequeño detalle del bar. Era extraño.

"Mmm, gracias. Estoy muy orgullosa. Iré a prepararle la bebida".

Al cabo de unos minutos volví a acercarme, le pasé su bebida por encima de la barra y me di cuenta de que mi hermana se había ido. Miré a mi alrededor intentando encontrarla pero no tuve suerte. El hombre trajeado me dio un billete de veinte. Esperaba que hubiera pagado con tarjeta, así al menos podría saber su nombre.

"Quédate el cambio", y me hizo un gesto para que me fuera.

Durante los siguientes veinte minutos me dediqué a entretener al equipo, a evitar que la despedida de soltera tuviera sed y a ayudar a mi nuevo camarero en lo que necesitara. Mientras tanto, intentaba averiguar qué estaba pasando con mi hermana y el sospechoso personaje que había traído esa noche al bar.

De pronto, la vi. No se había ido y estaba caminando con el hombre hacia la salida. Cuando él salió por la puerta, ella se giró y me saludó con la mano antes de salir tras él. ¿Ya está? Hacía meses que no la veía ni sabía nada de ella, ¿y se presenta aquí para ignorarme y regalarme un pequeño gesto con la mano? Sentí que la rabia me subía desde el cuello hasta las mejillas. Estaba enfadada pero también preocupada. Era el habitual cóctel de emociones cuando se trataba de mi hermana.

Llegaría al fondo del asunto, pero no esa noche.

Capítulo 2

Justin

Terminé mi taza de café del mediodía y la coloqué en el fregadero justo cuando sonó el timbre de la puerta. Miré el reloj, 4 p.m. Justo a tiempo, algo que era sorprendente para Kenny. Mi mejor amigo no siempre era puntual. Me acerqué a la puerta y la abrí para encontrarme con él y su novia en el umbral.

"Hola, Justin", dijo.

"Hola, tío. Hola, Cleo. Me alegro de verte". Empujé la puerta para que entraran, dándole una palmada en la espalda a Kenny y un abrazo a Cleo. No esperaba que viniera hoy pero no me importaba en absoluto. Era una buena chica. Los dos estaban prácticamente unidos por la cadera. Me alegré por Kenny.

Nos dirigimos al gran sofá gris marengo que ocupaba el centro del salón. Hoy la vista de la ciudad era cristalina mientras miraba por las ventanas que nos rodeaban. Kenny se sentó en el sofá y subió a Cleo en su regazo. No pude evitar poner los ojos en blanco.

"¿Qué?", preguntó Kenny, pillándome.

"Sois como gatas en celo".

Kenny se rió y Cleo se sonrojó.

"¿Qué os pongo para beber? ¿Agua? ¿Té helado?".

"Agua estaría genial", contestó Cleo.

Fui a la cocina y cogí dos vasos de la estantería, llenándolos de hielo y agua. Cuando volví al salón se habían desatado y parecía que estaban listos para hacer negocios, que era la razón por la que estaban aquí. Yo era el asistente financiero de Kenny. Con frecuencia nos reuníamos para repasar sus inversiones, acciones y sociedades. Era el tercer base del equipo de las grandes ligas de la ciudad y siempre había muchas partes en movimiento.

"¿Cómo te sientes después de lo de anoche?", le pregunté a Kenny mientras les acercaba los vasos. El equipo había perdido en los playoffs pero habían luchado como los que más.

"Ahh, es lo que hay. Simplemente no estaba en las cartas para nosotros esta temporada", Kenny bebió un sorbo de agua.

"Has jugado bien, cariño". Cleo le dio unas palmaditas en la pierna.

"¿Y cómo va la panadería, Cleo?". Acababa de abrir una panadería hacía a penas unos meses y ya era un lugar de moda por las mañanas en la ciudad. No era de extrañar porque era una panadera increíble. Había probado pasteles de las mejores ciudades del mundo y ella, sin duda, estaba a la altura de algunas de las mejores.

"Va bien. Bastante ocupada y muy concurrida pero me encanta", dijo sonriendo.

"Por fin consiguió a alguien de confianza para llevar el local, por eso está aquí conmigo. El tiempo escasea con la mejor panadera de la ciudad", dijo Kenny.

Ella le dio un codazo con el hombro y puso los ojos en blanco.

"Bueno, ¿nos ponemos a ello?", pregunté, abriendo la pequeña pila de carpetas que descansaba sobre la mesita.

Durante la hora siguiente repasamos todos los activos de Kenny, revisamos las estadísticas de sus acciones y discutimos los posibles patrocinios de algunas marcas de atletismo. El tipo lo tenía todo, pero se había dejado la piel por todo lo que tenía.

"Bueno, eso es todo por hoy. Revisaré los presupuestos de cada aval y te diré cuál me parece más sólido". Cerré la carpeta y la dejé sobre la mesita.

"Gracias, tío. ¿Te apetece comer?", preguntó Kenny mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza.

"Sí, claro. ¿Seguro que quieres que te acompañe en tu cita?".

"Siempre eres bienvenido, Justin", dijo Cleo cariñosamente.

"¿Alguna sugerencia?", preguntó Kenny.

"En realidad estaba pensando que podríamos ir a *Murphy's*. Hace tiempo que no veo a ninguno de mis antiguos compañeros. ¿Te parece bien?", preguntó Cleo.

"Claro. Me apetece una cerveza. ¿Qué te parece, Justin?", preguntó Kenny. El pub irlandés no era un sitio que frecuentara mucho pero las pocas veces que había ido pasaba un rato divertido.

"Yo conduzco". Me levanté del sofá y caminé hacia la mesa de la entrada, cogiendo las llaves.

Murphy's no estaba lejos de aquí. Fueron unos cinco minutos en coche, la mayor parte de los cuales Kenny y Cleo se la pasaron besándose en el asiento trasero. No pude evitar sentirme como un adolescente en un baile de instituto. Me reí para mis adentros y subí el volumen de la emisora de rock clásico. Pronto llegamos al bar. Encontré un sitio libre y aparqué en la acera.

Cuando entramos, mis ojos tardaron un momento en adaptarse a la escasa luz. Había unos cuantos viejos pegados a la barra. Asiduos, supuse. El resto del local estaba bastante vacío. Sabía que se animaría más tarde porque las veces que había estado aquí había sido para celebrar partidos con Kenny y el equipo y siempre estaba lleno.

Encontramos una mesa en una esquina y nos sentamos. Un camarero se acercó con varios menús.

"¡Tú debes de ser mi sustituto!", dijo Cleo con un gesto entusiasta.

"¿Es usted la famosa Cleo?", preguntó el camarero.

"Soy yo", dijo, tendiéndole la mano.

"Yo soy Andy", y le estrechó la mano.

"Este es mi prometido, Kenny. Y él es Justin".

"Encantado de conoceros. ¿Qué os pongo de beber?".

"¿Podemos tomar una ronda de cerveza de barril?", pregunté.

"Ahora mismo".

Todos estudiamos el menú durante un milisegundo. No había mucha variedad pero el pescado con patatas fritas sonaba bien. Cuando llegaron las cervezas pedimos la comida y empezamos a hablar de la siguiente temporada de béisbol. Kenny tenía un contrato de cuatro años pero yo

sentía curiosidad por el resto de jugadores.

Mientras hablaba de algunos de los novatos, no pude evitar fijarme en la mujer que estaba detrás de la barra. La había visto varias veces pero no la conocía. Era impresionante. ¿Cómo no me había fijado antes? Quizá el bar siempre estaba demasiado lleno y concurrido, pero incluso así, estaba seguro de que ella destacaría.

Intenté concentrarme en lo que decía Kenny pero mis ojos no dejaban de mirarla. Estaba de pie detrás de la barra, con el pelo rojo recogido sin esfuerzo en una pinza, a excepción de algunos mechones rebeldes que le colgaban de la cara. Hablaba por teléfono y me pregunté con quién. Por su ceño fruncido y su tono de voz grave no parecía una conversación agradable. Parecía enfadada, pero lo que más me llamó la atención fue su acento. Era una mezcla de ciudad pero con un poco de irlandés. Era increíble, incluso cuando estaba enfadada.

Cleo debió de seguir mi mirada porque de repente pareció preocupada.

"Ahora vuelvo". Se levantó de la mesa y se dirigió a la barra.

"¿Cómo se llama?", pregunté señalando con la cabeza a la camarera.

Kenny me contestó. "Bridget, es la dueña del local. La conoces, ¿verdad?".

"No de forma oficial".

"¿Te gustaría?", dijo Kenny moviendo las cejas.

"Parece que está ocupada con algo".

Cleo esperaba pacientemente en la barra a que su amiga terminara su llamada. Finalmente, con un suspiro frustrado, Bridget colgó el teléfono. Me pareció brusca. Me pregunté si le habría colgado a quien estuviera en la otra línea pero su frustración duró poco cuando vio a Cleo. Se agachó bajo la puerta del bar y abrazó a Cleo, bailando mientras se abrazaban. Hablaron muy animadas pero no pude entender lo que decían.

Cleo miró hacia nuestra mesa y yo aparté la vista rápidamente para que no me pillaran mirando.

"Viene hacia aquí", Kenny me dio un codazo.

"Cállate", murmuré en voz baja.

"¡Kenny! Me alegro de verte", dijo Bridget cariñosamente.

Kenny se levantó y la abrazó. "Yo también me alegro de verte, Bridget. ¿Conoces a mi amigo Justin?".

Levanté la vista y me encontré con sus ojos. Eran de un verde intenso y me miraban fijamente. Su piel era marfil y tenía una serie de pecas en el puente de la nariz. De cerca era aún más bonita.

"Hola. Encantado de conocerte", le dije, tendiéndole la mano.

Ella la cogió y la estrechó suavemente. Me estudió un segundo y enarcó una ceja. "Te he visto por aquí antes, ¿verdad?".

"Sí, he estado un par de veces cuando venía de visita desde Nueva York".

"Pero ahora vive aquí", intervino Kenny.

"Bueno, bienvenido a Boston", dijo ella. Su sonrisa era contagiosa. Me habría perdido en ella de no ser porque sonó mi teléfono. Lo saqué del bolsillo y vi a mi padre en el identificador de

llamadas. Mi buen humor desapareció de inmediato y me levanté rápido de la mesa.

"Lo siento, tendrán que disculparme". Caminé hacia la puerta y salí.

"Hola, papá", contesté.

"¿Qué es eso que he oído de que trabajas a domicilio? ¿Qué pasó con lo de conseguir una oficina?", preguntó. Boom. Sin saludo. Directo al grano.

"Tiene más sentido trabajar desde casa mientras consigo clientela en la ciudad. Hoy en día todo el mundo lo hace".

"Tú no eres todo el mundo. ¿Cómo vas a establecerte sin una oficina? Quizá Boston fue una mala idea. Dejaste un rascacielos en Nueva York para... ¿trabajar en pijama?".

"Eso no es lo que estoy haciendo, papá".

"Eres mejor que todo eso".

Respiré hondo y me mordí la lengua. Mi padre era un chapado a la antigua en muchos aspectos pero sobre todo cuando se trataba de negocios. No entendía que los tiempos estaban cambiando, que los trabajos eran muy diferentes hoy en día. No importaba que yo hubiera conservado mi clientela de Nueva York y que, desde entonces, me hubiera forjado una sólida clientela en Boston a base de referencias. No importaba cuántas veces intentara explicarlo o demostrar mi valía, nunca era suficiente.

"¿Y cuándo vuelves a casa?".

Puse los ojos en blanco. ¿Qué hijo querría volver a casa con alguien así?

"Tu madre te echa de menos".

"Lo sé. Te prometo que os visitaré pronto", mentí.

Le oí rezongar por la otra línea antes de que dijera que tenía que irse y colgara. Me apoyé en la barra y cerré los ojos un momento. Siempre me pasaba lo mismo con él. Yo era una decepción, no daba la talla. Aunque fuera por una vez, estaría bien que dijera que se sentía orgulloso de mí. Por otro lado, me estaba haciendo un favor, mostrándome exactamente cómo no ser un padre.

Todavía no sabía si quería tener hijos. Primero necesitaría encontrar una esposa, ya me estaba adelantando. Necesitaría encontrar una novia antes de pensar en eso. Y si decidíamos formar una familia, no quería parecerme a mi padre. Claro, la gente podría decir que su mano dura fue lo que me convirtió en el hombre de negocios que era hoy día, aunque a menudo me preguntaba si merecía la pena.

Miré el teléfono y suspiré. Sabía que no tenía que haber contestado. Me había puesto de mal humor y no quería volver al bar y arruinar la velada de los demás o quedar como un imbécil ante la chica guapa. En lugar de eso, le envié un mensaje a Kenny:

Hola, tío. Ha surgido algo. La próxima vez invito yo. Pídeme un Uber.

Kenny: *¿Va todo bien?*

Sí. Todo bien. Luego hablamos.

Me subí al coche y empecé a conducir hacia casa. El cielo despejado de antes parecía cubierto

por una nube oscura, aunque probablemente solo era yo.

Capítulo 3

Bridget

Aunque entró durante mi acalorada conversación con Cara, fue agradable volver a ver a Cleo. Echaba de menos que trabajara conmigo. Además, el chico guapo que me presentó mejoró un poco mi mal humor. Sabía que lo había visto por aquí antes con el equipo, pero era más tranquilo que el resto, que siempre estaban hinchando el pecho e intentando ser los más ruidosos de la sala. ¿Justin? ¿Ese era su nombre? Fuera quien fuera, hoy no he podido hablar mucho con él porque se ha marchado de repente.

Era una tarde tranquila, así que pude sentarme y ponerme al día con Cleo y Kenny. Todavía no puedo creer que consiguiera crear su panadería y encontrar al amor de su vida al mismo tiempo. La verdad que se lo merecía. Me alegré mucho por ella. Eran como dos cachorros enamorados y en celo. No tenían ningún problema con la PDA, lo cual me resultó muy gracioso. Aunque también hizo que me sintiera un poco sola. Entre llevar el bar, cuidar de mi padre y preocuparme constantemente por mi hermana, no tenía mucho tiempo para el amor. La mayor parte del tiempo no me importaba, pero cuando lo tenía delante de mis narices, sentía un poco de soledad.

Cuando se fueron le di un fuerte abrazo a Cleo y nos despedimos. Prometí pasarme pronto por su panadería. Al salir ellos hubo una pausa que me dejó a solas con mis desordenados pensamientos. Me senté en una esquina y eché la cabeza hacia atrás, dejando escapar un suspiro. Cara. Dondequiera que va, le persiguen los problemas.

Después de que anoche entrara en el bar con aquel señor mayor que ella de aspecto grasiento decidí llamarla hoy para ver qué pasaba. Pensé que saltaría el buzón de voz, lo cual no sería sorprendente, pero entonces contestó. Parecía que acababa de despertarse y eran casi las seis de la tarde.

Repetí la conversación.

"¿Hola?", dijo, con la voz apagada.

"¿Cara?".

"¿Quién es?".

"Mm, tu hermana, Bridget. ¿Me recuerdas? ¿O finges que hoy no me conoces?".

"Oh, lo siento, hermanita. Es que estoy hasta arriba de trabajo".

"¿En serio? Porque parece que estás medio dormida". Puse los ojos en blanco.

"¿Me llamas para juzgarme, como siempre?".

"No, te llamo para saber por qué estuviste anoche en mi bar. Hace meses que no sé nada de tí y de pronto apareces aquí, ignorándome por completo".

Cara permaneció en silencio al otro lado de la línea y me pregunté si se habría quedado dormida.

"¡Cara!", dije en voz alta.

"Estoy aquí", respondió en voz baja.

"Ya está".

Otra pausa. Esperé impaciente. Fuera lo que fuese, sabía que no era bueno.

"Fui a verte. Te echaba de menos".

"Mhmm", dije, poco convencida.

"Tenía algo de lo que hablar contigo pero me lié con un... socio".

"¿Qué necesitas, Cara?", pregunté, cerrando los ojos y sujetándome el puente de la nariz con los dedos.

"Bueno, ha surgido una oportunidad de negocio".

"Oh, ¿como el camión de comida que ibas a abrir o la tienda de ropa? ¿O quizás la estafa piramidal?".

"¿Qué pasó con lo de no juzgar?".

"Vale, lo siento. Te escucho".

"Sólo necesito un poco de dinero para poder arrancar".

Cerré los ojos. "¿Qué es un poco?".

Otra pausa.

"Diez de los grandes".

Golpeé la mesa con la mano. "¿Diez de los grandes?", grité.

Ella volvió a dudar. "Sé que parece mucho pero te lo devolveré todo".

"¿Crees que tengo diez de los grandes por ahí?", dije indignada.

"El bar tiene éxito. Anoche lo vi con mis propios ojos".

"Y cuesta mucho llevar ese sitio. No tengo tanto dinero", contesté.

Y pensé que aunque lo tuviera, seguro que no se lo daría a Cara. Prácticamente sangraba dinero. Al parecer, debía pensar que crecía en los árboles o en mi jardín. Pero no podía creer lo que estaba escuchando. Ni siquiera sabía de qué se trataba el negocio ni lo quería saber. Iba a ser otro fracaso y yo no quería tener nada que ver. Mejor que tampoco fuera a pedirle dinero a papá porque no estaba en condiciones de ocuparse de su caos de vida.

"Está bien, no te necesito. Lo resolveré por mi cuenta, como hago siempre".

Mentiras. No podía contar la cantidad de veces que la había ayudado a salir de un apuro y estaba a punto de recordárselo, pero entonces vi a Cleo en una mesa.

"Será mejor que no involucres a papá en el lío en el que estés metida o en el que estés a punto de meterte. La próxima vez que vengas a mi bar que sea porque me echas de menos y no porque necesites algo", y le colgué.

Dejé que la conversación se me metiera en la cabeza durante un rato más hasta que mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos cuantos clientes que venían a ver los playoffs, aunque su equipo no había ganado y agradecí la distracción. El resto de la noche puse el piloto automático.

Cuando llegué a casa a las 4 de la mañana, me di una ducha rápida y me metí en la cama. Estaba

agotada pero no era fácil conciliar el sueño. No dejaba de pensar en Cara y en la absurda razón por la que necesitaba todo ese dinero. Por mucho que me estresara, la seguía queriendo. Al fin y al cabo era mi hermana y todavía tenía muchas preguntas que hacerle. Como, por ejemplo, ¿quién era el tipo del traje? ¿Por qué me ignoraba? Sabía que tenía que dejarlo pasar y que ella era lo suficientemente mayor para darse cuenta. Pero no pude dormirme hasta las 7 de la mañana.

A eso de las once salí de la cama y me puse una sudadera. Decidí ir a visitar a Cleo a su panadería. Me apetecía un café caliente y una magdalena de arándanos, y un buen paseo por la ciudad me sentaría bien.

Cuando entré por la puerta de la panadería me llegó el olor a panecillos de canela recién hechos y café tostado. El local estaba lleno. Cleo estaba detrás del mostrador, tomando pedidos mientras llenaba la vitrina. Parecía ocupada pero feliz. Ya conocía esa sensación. *Murphy's* era mi sueño y este era el suyo. Los días eran largos pero siempre merecían la pena.

Cuando me vio, me hizo señas para que me acercara y me abrazó por encima del mostrador. "¡Viniste!".

"Dije que vendría. Necesitaba una de tus magdalenas de arándanos y un café".

"¡Ya voy!", y cogió un plato, la magdalena más grande de la vitrina y sirvió el café en una taza azul pálido.

"¡Eh, Annie! ¿Puedes vigilar el frente? Voy a tomarme un descanso", dijo.

"Claro, jefa", dijo una voz desde la cocina.

"¡Vamos a sentarnos! Ven". Cleo cogió mi café y mi magdalena y me llevó a una mesa tranquila que había al fondo.

Tomé un sorbo de café y respiré hondo mientras el sorbo me recorría el cuerpo. Esto era justo lo que necesitaba.

"¿Una noche larga?", preguntó Cleo, alzando las cejas en señal de preocupación.

"Siempre. Sobre todo cuando está Cara".

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Está otra vez en la ciudad?".

"Eso parece. Vino al bar el viernes por la noche".

"Vaya. ¿Qué hay de nuevo con ella?", preguntó.

"Aparte de necesitar diez de los grandes, nada".

"¿Qué?", espetó Cleo.

"Sí, era la llamada que estaba teniendo ayer por teléfono ayer cuando entraste".

"Lo siento, Bridg".

"No pasa nada. Ya debería estar acostumbrada. Cambiemos de tema. ¿Quién era el tipo que trajiste ayer?".

"¿Justin? Te pareció guapo, ¿eh?", dijo haciendo un pequeño baile en su asiento.

"Vale, cálmate". Sacudí la cabeza mientras le daba un mordisco a mi magdalena de arándanos.

"Es el mejor amigo de Kenny. Súper simpático y súper exitoso".

"Y súper guapo", añadí, sonriéndole a mi taza.

"Sabía que te parecía guapo. He visto la sonrisa que le has dedicado".

Puse los ojos en blanco. "Dudo que le interese la dueña de un bar".

"¿Qué? ¿Por qué dices eso?".

"Parece de clase alta".

Me hizo un gesto despreocupado con la mano. "Nada de eso. Tiene los pies en la tierra".

"¿A qué se dedica?", le pregunté.

"Es asesor financiero".

"Oh, perfecto. Entonces quizá pueda ayudar a Cara", murmuré con sarcasmo.

Cleo me miró antes de acercarse y apretarme la mano. "No dejes que te afecte, ¿vale?".

Asentí, pero eso fue exactamente todo lo que hice durante el resto del fin de semana. Dejar que me afectara. Intenté llamarla otra vez, dos veces, pero no contestó. Llamé a mi padre, más que nada para ver cómo estaba pero también para ver si mencionaba algo. No lo hizo y no quise mencionar a Cara. Siempre se preocupaba demasiado por ella.

Cuando llegó el lunes me dirigí al trabajo y vi un coche aparcado justo delante de la entrada, en una plaza sin parquímetro. Eché un vistazo al interior mientras entraba en el callejón trasero y juraría que vi al mismo tipo que había estado con Cara un par de noches antes. Cuando aparqué, me acerqué a la puerta pero él ya se estaba alejando. No pude verlo bien pero juré que era él. De pronto tuve un mal presentimiento.

Entré en el bar estresada y mis empleados se dieron cuenta. Durante la reunión de la tarde me observaron atentamente. No estaba de humor para trabajar, cosa rara en mí porque me encantaba el bar, era mi segundo hogar. En las noches como ésta deseaba tener a mi padre al frente del local, o a otro socio, pero no lo tenía. Tenía que aguantarme y poner una sonrisa. Lo último que necesitaba ahora mismo era descargar mi mal humor con los clientes.

Por suerte esa noche no había partido y era un día laborable, así que lo más probable es que fuera una noche tranquila. Una en la que podría llenar el inventario de licores y la organización del envío. Tareas que normalmente delegaría en mi personal pero que esa noche agradecería porque necesitaba mantener la mente ocupada.

A las diez de la noche el bar estalló en vítores. Levanté la vista con curiosidad y, para mi sorpresa, el equipo estaba entrando por la puerta principal. ¿Qué hacían aquí un lunes por la noche? No era su noche habitual, ni siquiera era su temporada. ¿Qué victoria había que celebrar o qué derrota había que ahogar? De repente me empecé a sentir irritada.

Estaban de pie junto a la puerta hablando en voz alta entre ellos y esperando a sentarse. Normalmente yo los saludaba primero, coqueteaba con ellos, les subía el ego y los llevaba a su puesto habitual de la esquina. Pero esa noche no me apetecía hacer de anfitriona, así que me quedé detrás de la barra observando cómo me buscaban como cachorros perdidos.

"¡Andy!", grité.

"¿Sí, jefa?". Estaba secando vasos y colocándolos en los estantes.

"¿Puedes ocuparte del equipo esta noche?". Señalé con la cabeza a los jugadores.

"¿En serio?", preguntó, levantando las cejas con sorpresa. No era Cleo pero tendría que servir. Era nuevo en el pub pero esa noche sería mejor anfitrión que yo y no quería causar una mala impresión a nuestros clientes más importantes. Parte del atractivo de *Murphy's* era codearse con algunos de los mejores jugadores de la liga. Si eso desaparecía, también lo haría gran parte de mi negocio.

"Vete", le dije, haciéndole señas para que se fuera, y me encargué de secarle las gafas.

Pude ver por el rabillo del ojo algunos de los jugadores mirando, confundidos, cuando vieron a Andy caminando hacia ellos con los menús. Chad observaba a su alrededor con decepción. Ya se les pasaría. Solo tenía que mantener la cabeza hacia abajo y trabajar. Dejaría la charla y el socializar al otro personal, solo por esta noche y mañana ya estaría de mejor humor. Cuando hablaba con Cara siempre había una resaca de tres días antes de que la nube se levantara y volviera a sentirme yo misma.

Capítulo 4

Justin

Me senté en el sofá a ver los canales y me decidí por una película de acción que ya había visto antes. Había terminado todas mis reuniones a primera hora del día y estaba aburrido. Supongo que una de las cosas que echaba de menos de estar en una oficina era que normalmente había compañeros con los que ir a la hora feliz.

Mi teléfono sonó en la mesita. Lo cogí y vi un mensaje de Kenny:

Hola. Cleo cierra hoy. ¿Te apetece comer algo más tarde?

Yo: Vaya. Estás hecho polvo.

Kenny: Cállate. ¿Quieres o no?

Yo: Venga, me apunto.

Genial. Estaré allí en diez minutos.

Diez minutos después atravesé las puertas de cristal de mi edificio y vi a Kenny llegar en su deportivo negro. Tocó el claxon tres veces, como siempre y me apresuré a subir al coche antes de que cabreara a mis vecinos. Subí al asiento del copiloto y él me sonrió.

"Estás orgulloso de tí mismo, ¿verdad?", pregunté, cerrando la puerta y poniéndome el cinturón de seguridad.

"Me gusta verte nervioso". Puso el coche en marcha y salió de la entrada de mi piso.

"Entonces, ¿dónde vamos a almorzar?".

"Estaba pensando en *Murphy's*".

"¿Otra vez?".

"Me gusta ese sitio. Además, no tuviste oportunidad de probar la comida". Se encogió de hombros.

Asentí con la cabeza. Me hubiera gustado saberlo para ponerme algo más elegante que una camisa arrugada y una sudadera. Quería volver a ver a aquella camarera tan mona pero no así. Ya no había forma de cambiarme de ropa. Miré por la ventana y vi cómo la ciudad pasaba a nuestro lado. Boston me gustaba cada vez más. Nueva York era genial pero prefería la gente de Boston. También ayudaba que mi mejor amigo estuviera aquí.

"Entonces...", dijo Kenny socarronamente.

"¿Qué?".

"He oído que Bridget piensa que estás bueno", contestó, mirando la carretera mientras sorteaba los coches.

"¿Qué? ¿En serio?". Eso llamó mi atención.

Kenny se rió.

"No pasa nada. Da igual", dije, tratando de disimular mi emoción.

"Intenta hablar hoy con ella en lugar de salir corriendo a quién sabe dónde".

"Sí, lo siento. Era mi padre".

"No puedes dejar que te afecte, tío". Kenny negó con la cabeza. Sabía todo sobre la complicada relación que tenía con mi padre. La suya también era complicada. De hecho, más complicada que la mía. Aún así, era bueno tener a alguien que lo entendiera.

Enseguida llegamos a *Murphy's*. Kenny estacionó en un lugar con parquímetro frente a la entrada del bar. Mientras Kenny ponía cambio en el parquímetro, yo me alisaba el pelo rápidamente, intentando pasar desapercibido pero Kenny lo vio y se echó a reír para sus adentros.

Atravesamos las puertas del bar y encontramos una mesa alta cerca al fondo para sentarnos. Vino a atendernos el mismo tipo que nos tomó el pedido la última vez.

"Me alegro de volver a veros. ¿Hoy no está Cleo?", preguntó, mientras nos daba los menús.

"Está trabajando en la panadería", dijo Kenny.

"Todavía no he ido. Bridget dice que es increíble".

"Lo es. Estoy muy orgulloso de ella".

Vi como Kenny sonreía por su prometida. Era un tipo totalmente diferente al que yo conocía. Estaba hastiado de una ruptura bastante problemática pero Cleo le había cambiado para mejor. Aunque seguía viviendo la vida de soltero, si es que se podía llamar así, me alegraba de que todavía tuviéramos tiempo para tomar una cerveza juntos.

"¿Qué os pongo, chicos?", preguntó Andy, dando golpecitos con el bolígrafo en su bloc de notas.

"Empezaremos con dos cervezas, por favor", dije.

"Marchando".

Miré alrededor del bar brevemente para ver si Bridget estaba ahí pero no la vi detrás de la barra. Arrugué un poco las cejas.

"Probablemente esté detrás", dijo Kenny.

"¿Quién?", pregunté, haciéndome el despistado.

Kenny negó con la cabeza. Andy trajo dos jarras de cerveza espumosa y las deslizó por la mesa. Chocamos los vasos y nos pusimos manos a la obra.

"¿Qué te parece el trato con la marca de ropa deportiva?", preguntó Kenny, mirándome expectante.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí el correo electrónico. Volví a echar un vistazo al contrato que Kenny me había enviado aunque ya lo había estudiado.

"Basándome en el contrato, creo que es bueno. Estarías en exclusividad con ellos dos años y existe la evidente cláusula de no trabajar para

la competencia. Vivir por y para ellos".

"Ya lo hago, así que no hay problema".

"Entonces creo que deberías aceptarlo. Haré que mi abogado lo revise para asegurarme de que todo es correcto. Si así es, serás seis millones de dólares más rico".

Kenny chocó los puños.

"Vale, ¿y qué te parece la línea de suplementos?", preguntó.

Debería haber traído mi portátil, pensé. Esto se estaba convirtiendo en una reunión de negocios en toda regla. Sería mejor tener todas las cifras y los contratos delante de mí en lugar de buscarlos en el teléfono, pero nos las arreglamos y seguimos hablando de negocios hasta que terminamos nuestras cervezas.

"¿Necesitáis otra ronda?", dijo una voz de mujer, suave como la mantequilla con un toque irlandés.

Levanté la vista rápidamente. Demasiado rápido. Ahí estaba ella. El pelo rojo le caía por los hombros en suaves ondas, los labios apretados en una cálida sonrisa y esos profundos ojos verdes.

"¿Qué piensas, Kenny?", dije aclarándome la garganta.

"Dos más, por favor, Bridget. ¿Podemos pedir también dos *fish and chips*?".

"Por supuesto. ¿Está vez te vas a quedar a comer de verdad?". Me miró y enarcó una ceja.

"Sí, no me voy a ir a ninguna parte", le contesté.

Sonrió y caminó hacia la barra.

"¿No voy a ir a ninguna parte?", Kenny se burló de mí.

"Cállate. Ahora estate atento a este otro contrato". Miré atentamente mi teléfono.

"Entrante. A las cinco en punto", dijo Kenny en voz baja.

Levanté la vista y vi a dos mujeres susurrando entre ellas mientras se acercaban a la mesa. Una era morena y menuda con un vestido rojo de tirantes. La otra era rubia, más alta, y llevaba unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta negra. Tenía unas piernas de infarto. Me senté y me apoyé en el taburete, estirando las manos detrás de la cabeza.

"Firma Justin, muévete", susurró Kenny mientras ponía los ojos en blanco.

Le lancé una mirada antes de sonreír a las mujeres que se acercaban.

"Siento interrumpir", dijo la morena.

"Por favor", dije.

"¿Eres Kenny Michaels?", preguntó.

"Así es. ¿Y tú eres...?", preguntó Kenny, despreocupadamente.

"Soy Carly", dijo la morena. Ella estaba prácticamente embelesada con Kenny.

"Y yo soy Aly", dijo la rubia, mirándome.

"Y yo soy Justin", dije.

Les dimos la mano y se apoyaron en el techo. Sospeché que querían que las invitáramos a sentarse con nosotros pero sabía que Kenny no querría. Era un hombre comprometido.

"¿Estáis buscando salir de fiesta?", preguntó Carly, mirando expectante a Kenny.

"¿A las tres de la tarde de un miércoles?", preguntó Kenny.

Ambos soltaron una risita.

"Pues no. ¿Pero más tarde?".

"Lo siento, señoritas. Mi prometida ha hablado por mí".

Carly parecía decepcionada pero Aly me miró y sonrió con picardía.

"¿Y tú, Justin? ¿Estás comprometido?".

"No".

"Bien", dijo ella, mordiéndose ligeramente el labio antes de meter la mano en el bolso. Sacó su teléfono y lo desbloqueó.

"¿Cuál es tu Snapchat?", preguntó.

Apenas usaba Snapchat pero me resultaba útil cuando no quería dar mi número. Le di mi nombre y ella lo escribió en su teléfono. Justo entonces Andy llegó a la mesa con nuestra comida.

"Encantado de conoceros, señoritas", dijo Kenny, desenvolviendo los cubiertos para comer.

Parecían un poco decepcionadas, sabiendo que la conversación había terminado, pero saludaron con la mano mientras se alejaban y volvían a su mesa al otro lado de la barra. Cuando se sentaron, vi que Aly se hacía un selfie rápido y entonces mi teléfono sonó. Me había enviado una foto. Sonreí ligeramente antes de guardarme el teléfono en el bolsillo.

"Eso ha sido aquí, ¿no?", Kenny me miró.

"¿Qué?". Me encogí de hombros. "Era mona".

"¿Le vas a contestar el mensaje con una foto?", preguntó, con una sonrisa burlona.

"Oh, cállate. No hace mucho tú hacías lo mismo".

"¡Eh, sigo siendo bastante buen compinche!", dijo Kenny entre bocado y bocado de comida.

"Tampoco tanto". Di mi primer bocado a la comida y estaba deliciosa. Miré el pescado frito y luego alrededor de la barra. Era sin duda mejor de lo que esperaba para un sitio así.

"Está bueno, ¿verdad?", preguntó Kenny, bebiendo un sorbo de cerveza.

"Muy bueno".

Mientras terminábamos la cerveza y la comida eché un par de miradas furtivas a la barra, en dirección a Bridget. Estaba muy ocupada surtiendo las estanterías y atendiendo a los clientes. Parecía totalmente en su hábitat. Me gustaba mirarla porque se notaba que le encantaba lo que hacía.

Kenny y yo recogimos los platos y las jarras de cerveza. Me senté y respiré hondo. Estaba muy lleno.

"Ahora que te has quedado a probarlo, ¿qué te ha parecido?", preguntó Bridget mientras se acercaba a la mesa.

"Delicioso. Creo que he encontrado mi nuevo sitio favorito de la ciudad".

Yo tampoco mentía. Me gustaba la luz tenue, los acabados de madera, la sensación de "ven como

vienes". La mayoría de mis reuniones de trabajo eran en restaurantes lujosos y caros, lo cual tampoco estaba tan mal, pero era agradable venir a un sitio que no tuviera tanto prestigio.

"Me alegro de que lo disfrutaras. Dadme vuestros platos". Bridget se acercó, empezó a apilar nuestros platos vacíos y a recoger nuestros vasos. Su perfume olía bien, a lino fresco.

"Ahora vuelvo con la cuenta", dijo mientras se alejaba, cargando todo con una sola mano sobre una bandeja.

Dejé que mis ojos se perdieran mientras ella me daba la espalda. Llevaba unos vaqueros claros y una camisa negra con el nombre de Murphy en la espalda. Quería hablar más con ella pero no quería hacerlo delante de Kenny. Él nunca me dejaría hacerlo de forma tranquila.

"Ahora vuelvo", dije, sin dejar de mirarla.

"Mmmm". Kenny se recostó en su silla y siguió la dirección en la que apuntaban mis ojos. Estaba disfrutando demasiado de la situación.

Cuando me acerqué a la barra, Bridget estaba marcando números en la caja registradora, así que me apoyé en la barra y esperé a que terminara. Cuando se imprimió la cuenta, levantó la vista y me vio.

"Hola", me dijo, mirándome inquisitivamente.

"Hola. Pensé que podrías ahorrarte el viaje".

"Gracias. Mis pies te agradecen que no me hayas hecho dar esos diez pasos. Aquí tiene la factura". Y arrancó el papel de la impresora.

"Gracias". Busqué mi cartera en el bolsillo trasero, le entregué mi tarjeta y vi cómo la pasaba por la máquina.

"¿A qué hora sales?", le pregunté.

Bridget miró el reloj. Eran casi las cinco de la tarde.

"Dentro de once horas".

"Oh..." Intenté disimular mi decepción.

"Sí. ¿No tienes planes ya?", dijo señalando con la cabeza a las dos mujeres que me miraban desde su mesa. ¿Habría estado escuchando nuestra conversación? Luché contra una sonrisa que quería escapar de mi boca al pensar que podría estar interesada.

"Me gustan más las pelirrojas", dije con indiferencia.

Bridget puso los ojos en blanco y me devolvió la tarjeta. "Ya nos vemos", dijo.

Puedes contar con ello, pensé.

Capítulo 5

Bridget

Sonreí mientras el guapo de Justin salía del bar. Me saludó con la mano antes de salir por la puerta tras Kenny. Había sido tan cursi con esa frase sobre las pelirrojas, que me gustó, y parecía bastante simpático. Además, era una alegría a la vista.

Cuando la puerta volvió a abrirse medio esperaba que fuera él quien volviera a entrar para pedirme el número o algo así, pero para mi decepción era Cara. La había llamado varias veces desde que estuvo aquí pero nunca me devolvió las llamadas ni me había devuelto ninguno de mis mensajes. Ahora se paseaba por aquí y me sonreía como si no pasara nada.

Me apoyé en la barra y me crucé de brazos mientras suspiraba.

"Yo también me alegro de verte, hermanita", dijo sentándose en un taburete frente a mí.

"No me digas, hermanita".

Vi cómo ponía los ojos en blanco y eso me cabreó aún más.

"¿Y ahora qué?", preguntó, exasperada.

"Oh, no lo sé. No me has devuelto las llamadas ni los mensajes. He estado preocupada por ti".

Puso los ojos en blanco. "No eres mi madre".

Uff. A veces era una mocosa.

"Bueno, ¿lo tienes todo resuelto?".

"¿El qué exactamente?", preguntó ella, acercándose a la barra y sirviéndose una Coca Cola.

"La locura de dinero que me estabas pidiendo".

"Ah, eso. Sí, lo resolví", contestó asintiendo.

"Espera, ¿tienes el dinero?", pregunté, sin creer eso que estaba escuchando.

"Sí". Y se encogió de hombros con indiferencia.

"¿De dónde demonios has sacado diez de los grandes, Cara?".

"Tengo mis contactos", dijo, dándole un sorbo a su bebida.

Sabía que no debía presionarla. A veces tenía que andar con pies de plomo para estar cerca de mi hermana y mantenerla a salvo. Si la presionaba demasiado terminaba huyendo. Por eso se había ido a Irlanda o donde fuera durante meses antes de volver a casa.

"¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad?", pregunté, cambiando de tema.

"Ya veremos. Ya me conoces, nunca estoy mucho tiempo en ningún sitio".

"¿Ya has ido a ver a papá?", le pregunté.

"Fui esta mañana a desayunar con él. Parece que está mejor".

"Lo está". Y no pude evitar pensar, gracias a mí.

La realidad es que era mucho trabajo cuidar de él y llevar el pub sin la ayuda de mi madre o de mi hermana. Solo me tenía a mí misma. La mayoría de los días me sentía vacía pero últimamente su salud parecía mejorar. Le llevaba comidas preparadas, iba a la farmacia y me aseguraba de que saliera a tomar el aire de vez en cuando. Los últimos seis meses habían sido muy duros pero merecía la pena verle mejorar.

"¿Dónde vives ahora?". La habían desahuciado de su piso el mes pasado después de estar dos meses sin pagar el alquiler mientras estaba fuera del país. Claramente no se estaba quedando con nuestro padre si se había "pasado por aquí" esta mañana.

"En casa de una amiga", dijo vagamente.

"Siempre con tantos secretos", dije, poniendo los ojos en blanco.

"La vida es más divertida así", y me guiñó un ojo.

"Mira, yo...".

"Tengo que irme", me interrumpió. Terminó su bebida y la dejó sobre la encimera.

"Pero...".

"Gracias por el refresco. Te quiero". Cogió su bolso y se despidió con la mano mientras se dirigía a la puerta.

"Te quiero", susurré.

El resto de la semana se me hizo un poco larga; no volví a ver a Cara y tampoco a ver a Justin. No podía decir que no estaba un poco decepcionada. Pensé que tal vez había algo de interés ahí o al menos el comienzo de algo pero, ¿a quién quería engañar? No tenía tiempo para citas. Entre el bar, mi padre y mi escurridiza hermana, no me quedaba a penas tiempo.

Excepto los domingos, que el bar estaba cerrado. Mi padre siempre había dicho que era el día de la familia. Tenía muy buenos recuerdos de nuestros domingos juntos, tanto si íbamos a ver un partido de béisbol al estadio como si íbamos al parque a hacer un picnic o nos quedábamos en casa viendo películas. Siempre era nuestro día.

Así que, cuando llegaba el domingo, me hacía ilusión tener el día libre para hacer lo que quisiera. Normalmente, después de visitar a mi padre por la mañana, me pasaba la mayor parte del día tumbada en el sofá, pero hoy quería disfrutar del sol.

Por la mañana me pasé unas horas cocinando. Preparé varios menús y los metí en recipientes de cristal. Después salí a las afueras de la ciudad, a casa de mi padre a dejarle la comida de la semana. Cuando llegué a la entrada estaba sentado en el porche leyendo. No había oído mi coche y me quedé un minuto mirándolo. Parecía feliz, lo que me hizo sonreír.

"Hola, papá", dije, mientras abría la puerta del coche y salía.

"Bridget. Justo a tiempo", dijo con un pequeño gesto de la mano.

Abrí el maletero y cogí la pila de comidas. Subí con cuidado los escalones del porche y le di a mi padre un beso rápido en la mejilla antes de entrar. Era la casa de mi infancia y todo seguía igual. Era mi zona segura.

Caminé hasta la cocina y coloqué las comidas en la encimera antes de organizar la nevera. Las apilé en el orden en que debía cocinarlas y había escrito notas adhesivas con los tiempos de cocción y las temperaturas. Probablemente era exagerado pero me preocupaba. Quizás

demasiado.

Cuando terminé me reuní con mi padre en el porche. Cerró suavemente su libro y le dio unas palmadas a la silla que tenía al lado, la silla de mi madre. Me senté y me balanceé lentamente hacia delante y hacia atrás.

"¿Cómo estás, papá?"

"Estoy bien. Mejor que nunca", dijo con una sonrisa tranquilizadora.

"Bien. Cara dijo que había venido a verte. Comentó que te veía muy bien".

Asintió con la cabeza. "Esa hermana tuya es una auténtica petarda. Lo heredó de tu madre".

"No lo sé".

"¿Y tú cómo estás, Bridg?", preguntó, mirándome fijamente.

"Estoy bien, papá". Le di una palmadita en la mano.

"Pareces cansada".

"Vaya, gracias", respondí de forma sarcástica.

"Trabajas mucho y haces demasiado por mí. Siempre lo digo. Estoy bien, cariño".

Me encogí de hombros. "Lo sé".

"No te preocupes tanto por mí", y me dio un apretón en la mano.

"Lo intentaré".

"Deberías pasar menos tiempo aquí y más intentando encontrar a alguien que pueda darme nietos".

"¡Papá!", contesté, prácticamente gritando.

"¿Qué? Cada vez soy más viejo y el Señor sabe que tu hermanita no parece tener intención de darme uno".

"¡Espero que no!", sonreí.

Los dos nos reímos. Pasamos la siguiente hora en el porche. Preparé queso a la plancha y sopa de tomate, y hablamos durante la comida. Hablamos del bar y de la temporada de béisbol. Dos de sus cosas favoritas. Cuando llegó la hora de la siesta, lo acompañé al interior y me despedí de él con un abrazo.

Verle con buena salud me puso de buen humor. Decidí no perder el día en el sofá y fui al parque de la ciudad al que íbamos de niños. Cogí algo para comer de mi tienda de bocadillos favorita y un trozo de pan extra para dar de comer a los patos. Cuando llegué al parque encontré un banco vacío junto al pequeño lago y comí al sol. Cuando terminé de comer, arranqué trozos de pan y se los eché a los patos. Hacía un día precioso. Me sorprendió que no hubiera más gente.

Apoyé la cabeza en el respaldo del banco y cerré los ojos durante unos minutos. Oí que alguien se aclaraba la garganta. Abrí los ojos rápidamente y vi a Justin de pie, mirándome con curiosidad.

"Mm, hola". Me incorporé. No esperaba verle. Parecía que había salido a correr. Su camiseta gris estaba ligeramente mojada por el sudor y no pude evitar fijarme en cómo se le pegaba a la parte superior de los brazos. Se quitó los auriculares de las orejas.

"Pensé que serías tú", dijo. "Vi tu pelo rojo desde el otro lado del lago".

Sonreí mientras me pasaba el pelo detrás de las orejas.

Miró el asiento de al lado. "¿Puedo...?".

"Ah, sí. Claro, siéntate", y le di una palmada al banco de al lado.

Se sentó y ambos permanecemos en silencio durante un minuto. El silencio no era incómodo pero me sentía excitada, expectante. Era una sorpresa muy agradable.

"Entonces, ¿vienes aquí a menudo?", pregunté, arrepintiéndome de inmediato porque sonaba como una frase para ligar. Reprimió una sonrisa y mis ojos se desviaron desobedientemente hacia sus labios.

"Hay un gran sendero para correr. No es Central Park pero me gusta".

"¿Eres de ahí? ¿De Nueva York?".

"Sí. Kenny me convenció para mudarme aquí hace unos meses".

"Sabia decisión. Boston mejor que Nueva York".

"¿Ah, sí?", preguntó con una sonrisa.

Levanté la barbilla. "Sí".

"Bueno, tengo que decir que las mujeres han superado mis expectativas". Me sonrió.

No pude evitar reírme. Era cursi y delicado al mismo tiempo. ¿Era así con todo el mundo? Me pregunté si era coqueto por naturaleza. Probablemente estaba en su ADN, parecía de ese tipo de hombres. Fui testigo de ello en el bar con esas dos mujeres el otro día. En realidad parecía que cualquier color de pelo era de su tipo, pero ignoré esos pensamientos y decidí disfrutar de su compañía un rato.

"¿Has vivido aquí toda tu vida?", preguntó, dándose cuenta de que su frase había caído en saco roto.

"Nací y crecí aquí", dije con orgullo.

Seguimos hablando de todo. Me enteré de lo que ya sabía: que era asesor financiero. No parecía engreído al hablar de ello, más bien se veía que realmente disfrutaba de su trabajo y que no lo hacía solo por dinero. Había conocido a suficientes peces gordos en la ciudad como para saber qué razones les podía mover para dedicarse a ello.

Me hizo muchas preguntas sobre el bar, de las que con mucho gusto contesté. Parecía interesado en lo que tenía que decir y también era bastante divertido. Me sorprendí a mí misma riéndome de verdad. Realmente me reí de verdad, no como cuando fingía en el bar para las propinas.

Después de un rato miré el móvil. Llevábamos dos horas hablando. ¿Cómo podía ser?

"Mierda", dije, mirando mi teléfono.

"¿Qué pasa?".

"No me había dado cuenta de lo tarde que era", dije recogiendo mis cosas.

"¿Tienes que ir a algún sitio?", preguntó. Oí un poco de decepción en su voz. Yo también lo sentí, por eso no sabía bien por qué me iba tan de repente. Quizá porque hacía mucho tiempo que no me perdía en una conversación con un hombre. Tal vez era porque esto podría significar algo

y eso me asustaba. Así que mentí.

"Sí, en realidad tengo una cita", solté, y me arrepentí en cuanto lo dije.

"Oh", dijo Justin en voz baja.

"Sí, lo siento. Ya nos vemos". Me colgué el bolso del hombro y empecé a caminar hacia el coche.

De camino a casa me pregunté por qué había mentido. Parecía un chico agradable y era fácil hablar con él. Exitoso. Atractivo... En fin, lo arruiné todo. Oh, bueno, podríamos ser conocidos. Amigos incluso. Era muy amigo de Kenny y del equipo y me venía bien tenerlo cerca. Hubo revuelo el año pasado cuando exilié a uno de sus jugadores, a pesar de que se lo merecía y todos me habían apoyado.

Probablemente era mejor así. Las relaciones pueden ser complicadas y lo último que necesitaba ahora eran más líos.

Capítulo 6

Justin

Me senté en el banco un rato más, preguntándome por qué Bridget se había marchado tan bruscamente. Igual era cierto que tenía una cita o quizá solo se estaba inventando una excusa para largarse de aquí. Pensé que nos llevábamos bien, parecía tener los pies en la tierra. La verdad era que yo también había perdido la noción del tiempo. No recordaba la última vez que me había pasado eso durante una conversación con una mujer. Fue realmente agradable.

Volví a ponerme los auriculares en los oídos y subí por la acera hacia el barullo de la ciudad. Era curioso cómo un parque como ese podía hacerte olvidar que estabas en una gran ciudad. Me alegré de haberlo encontrado mientras exploraba la zona hacía unas semanas. Había estado intentando orientarme en Boston porque aunque había venido de visita muchas veces de visita, los únicos sitios a los que realmente había ido eran a los clubes con el equipo o a los restaurantes de lujo con los clientes. Todavía me quedaba mucho por explorar y de momento, había encontrado un sendero para correr y un pub irlandés.

El lunes por la mañana fui al supermercado que estaba a una manzana de mi piso para hacer la compra de la semana. Saqué un carrito de la fila y empecé a recorrer los pasillos. Me gustaba hacer la compra pero no tanto como cocinar. Eso sorprendió a algunas personas, pero crecí cocinando con mi madre en la cocina. A pesar de los gemidos y gruñidos de mi padre, que decía que los hombres no debían estar en la cocina, me encantaba pasar tiempo con mi madre.

Saqué la lista de la compra del bolsillo y empecé a leer lo que necesitaba. Al doblar una esquina, choqué accidentalmente con el carro de otra persona.

"Lo siento mucho", dije levantando la vista para ver con quién había chocado.

Para mi sorpresa, era Bridget. Llevaba leggings, una camiseta extragrande de una banda y zapatillas altas. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado y un aspecto desenfadado. Sus ojos se abrieron de par en par cuando me vio.

"¿Me estás acosando? ¿Debería preocuparme?", preguntó mientras fingía buscar ayuda a su alrededor.

"Te dije que me gustaban las pelirrojas". Me reí. "Pero no, no te acecho. Solo busco el pasillo de las especias".

"Pasillo cuatro, y señaló a la izquierda.

"Gracias".

Me di cuenta de que tenía un montón de comida en su carrito. No era quién para juzgar, pero tenía curiosidad por saber si tenía compañera de piso o novio. Parecía demasiado para ella sola. Debíó notar que yo miraba todo lo que había en su carrito.

"¿Ves algo que te guste?", me preguntó, enarcando una ceja.

"No. Lo siento. Solo que es mucha comida para una sola persona...".

"Vaya. Juzgar a una chica por lo que come". Se cruzó de brazos.

"Eh, no. Nunca lo haría. Yo sólo...". Podía sentir como empezaba a sudar.

"Te estoy tomando el pelo".

Exhalé un suspiro de alivio.

"Ayudo a mi padre con la compra. Vengo al supermercado y le preparo la comida".

"Oh. Eso es muy amable por tu parte".

"Sí, bueno. Enfermó el año pasado y trato de ayudar todo lo que puedo".

"Siento oír eso. Tiene suerte de tenerte".

Una pausa de silencio cayó sobre nosotros y otro comprador estaba intentando pasar por el pasillo.

"Bueno, ya nos veremos", dijo, empujando su carrito a la vuelta de la esquina.

Seguí comprando e intenté concentrarme en mi lista, pero no podía evitar buscarla en cada pasillo. Había algo en ella que me gustaba mucho. La vi un par de veces pero no quería que pensara que era un acosador, así que fingí no fijarme en ella.

Unos días más tarde, mientras esperaba para tomar mi café helado en Dunkin, la vi en la cola unas cuantas personas por delante de mí. No era difícil reconocerla con ese pelo rojo fuego. Después de hacer mi pedido me puse a esperar a que la camarera dijera mi nombre y Bridget todavía no me había visto, así que me puse a su lado y me miró al notar mi presencia.

"Te prometo que no te estoy acosando", me reí entre dientes, levantando las manos en señal de defensa.

"Estoy empezando a dudar. Primero mi parque, luego mi tienda de comestibles y ahora mi cafetería".

"¿La tuya?".

"Yo estaba aquí primero. Estás en mi territorio".

Me reí.

"Aunque estoy dispuesta a compartir".

Me gustó cómo sonaba eso.

"Entonces, ¿vives por aquí?", pregunté.

"¿No sabes ya dónde vivo?".

La miré inquisitivamente.

Ella sonrió con satisfacción. "Eso suele ser lo primero que averigua un acosador".

"Ja, ja", dije con sarcasmo.

"Vivo al final de la manzana".

"Yo también. Mi edificio está en la Séptima".

"Bueno, entonces seguro que te veré por ahí".

"Qué suerte la mía". Sonreí.

Puso los ojos en blanco y la camarera dijo su nombre. Se despidió con la mano antes de

acercarse al mostrador y coger su café, dio las gracias y dejó una propina en el tarro antes de salir por la puerta.

Ahora que sabía que vivíamos cerca, me gustó saber que me cruzaría más veces con ella. Sentía como si hubiera hecho una amiga además de Kenny. Bueno, probablemente era mejor describirlo como una conocida. Una conocida bastante guapa.

Pasó el resto de la semana y el fin de semana y no volví a verla. Estaba un poco decepcionado pero, pensándolo bien, tres veces en pocos días era mucha suerte. El lunes siguiente fui al supermercado a la misma hora que la otra vez pero no la vi.

Después de desempaquetar la compra y guardarla, me senté en mi despacho para una videollamada con un posible inversor. Mi padre había organizado la reunión con uno de sus amigos de los que tienen tanto dinero que no saben en qué gastarlo y yo me preguntaba por qué mi padre me había hecho un favor tan grande. ¿Sería por la bondad de su corazón? Lo dudaba.

La reunión duró una hora y debí de causar buena impresión porque al final de la sesión ya me estaba enviando un acuerdo. Era una cuenta enorme. Después de colgar, llamé a mi padre.

"¿Hola?". Contestó al tercer timbrado.

"Hola, papá".

"Bueno, ¿cómo te fue?", preguntó.

"Ha firmado conmigo. Estoy supervisando todas sus inversiones".

"Bien. Ahora no lo arruines, ¿de acuerdo? Me juego mucho en esa reunión".

Mi padre y su fe en mí.

"No lo haré. Te agradezco que pensaras en mí".

"No lo hice por ti. Lo hice porque quería ganarme su confianza para otra oportunidad de negocio que tengo. Es un hombre de familia, así que quería demostrar que yo también lo era".

Vaya. Ahí estaba la verdadera razón.

"Bueno, gracias de todos modos", dije, tratando de ocultar mi decepción.

"Recuerda, no lo estropees".

"Me tengo que ir. Saluda a mamá de mi parte", y colgué antes de que pudiera despedirse.

No iba a dejar que me arruinara el humor y menos después de haber conseguido una cuenta tan importante. Tenía que seguir el consejo de Kenny y no dejar que me afectara. No importaba cómo hubiera llegado; lo importante es que había demostrado mi capacidad en aquella reunión y quería celebrarlo esta noche.

Le envié un mensaje a Kenny:

Hoy he conseguido una gran cuenta. Esta noche lo celebramos.

Kenny: Qué bueno, tío. Ojalá pudiera acompañarte pero Cleo y yo tenemos planes para cenar.

Por supuesto. Todas las noches eran noches de cita cuando estabais en la fase de luna de miel.

Yo: No te preocupes. En otra ocasión. Saluda a Cleo de mi parte.

A las siete de la tarde, decidí salir solo. Conocía el lugar perfecto, *Murphy's*. Por lo menos habría una cara conocida con la que hablar. Tardé un poco más en arreglarme ya que las últimas veces que me había cruzado con Bridget me había pillado desprevenido. Elegí unos vaqueros, una camiseta negra y me eché un poco más de colonia de lo normal. Llamé a un Uber y recorrí los diez minutos que me separaban del bar. Supuse que esta noche tomaría más de una copa, así que era más prudente ir en Uber.

Cuando salí del coche de repente me sentí un poco nervioso. Aunque ya había pasado tiempo a solas con Bridget, me seguía pareciendo un poco raro presentarme yo solo en su lugar de trabajo. Me senté en un taburete alto cerca de la barra, Andy trajo menús y pedí un whisky con hielo. Todavía no sabía nada de Bridget. Debía de estar en la parte de atrás.

Mientras disfrutaba de mi bebida me di cuenta de que una mujer de pelo negro me miraba desde el otro lado de la barra. Le dediqué una leve sonrisa para no ser maleducado o grosero, pero en realidad, aunque ella lo interpretó así acercándose lentamente, no era una invitación.

"¿Estás aquí solo?", preguntó, mirando el asiento vacío frente al mío.

"Estoy esperando a un amigo", mentí.

"¿Puedo hacerte compañía mientras tanto?".

"Claro".

"Soy Simone", dijo, sentándose frente a mí.

"Justin".

Era guapa. Ojos marrones oscuros, una sonrisa bonita y un top con escote. Era el tipo de mujer que me llevaría a casa normalmente, especialmente en una noche como esta en la que estaba de fiesta. Pero esta noche no me apetecía.

La escuché a medias mientras me hablaba de su trabajo como estilista en los grandes almacenes del centro. Le hice señas a Andy para que me pidiera otra copa. Mientras sonreía y asentía, sentí que alguien me miraba. Miré a mi alrededor y vi a Bridget en la barra, sonriéndome. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

Fingí que mi teléfono vibraba en el bolsillo y lo saqué para estudiar la pantalla.

"Oh, mi amigo está de camino. Ha sido un placer hablar contigo".

Simone me miró decepcionada antes de coger su bebida y marcharse rápidamente. Cogí mi whisky y me dirigí a la barra donde Bridget estaba sirviendo cerveza en jarras.

"Hola de nuevo", dijo, asegurándose de llenar el vaso hasta arriba.

"Hola". Me senté en un taburete.

"¿Dónde está tu amigo?", preguntó, mirando a su alrededor.

"Kenny no está aquí esta noche".

"No, tu otra amiga. La de la sonrisa bonita".

"Oh, ella no está conmigo".

"Van en tropel hacia ti, ¿verdad?", preguntó, poniendo las jarras de cerveza en una bandeja.

"No sé de qué me hablas".

"No mires ahora, pero viene otra", dijo mirando detrás de mí, expectante.

Me giré rápidamente pero no había nadie. Me estaba tomando el pelo.

"Ja, ja", dije, poniendo los ojos en blanco.

Bridget me guiñó un ojo mientras equilibraba con pericia la bandeja de jarras de cerveza y la acercaba a una mesa de clientes. El resto de la noche encontré pequeños momentos para hablar con ella. Me alegré de que no hubiera mucha gente y no pareció importarle que me sentara en la barra con ella.

"Tu amiga, la de la sonrisa bonita, me está culminando con la mirada", me dijo Bridget en un momento dado.

Me encogí de hombros. Me daba igual.

"Parecía bastante simpática".

"Supongo".

"¿Qué? ¿Intentas decirme que no eres ese tipo de hombre?". Enarcó una ceja, incrédula.

"No. Normalmente, lo soy".

"Vaya. Quizá Boston te ha cambiado y pronto sentarás la cabeza como tu mejor amigo, Kenny".

Sacudí rápidamente la cabeza. "No".

"¿Qué? ¿No quieres casarte?".

"Claro que no".

Asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y coger una botella de licor de la estantería del fondo. Bajé la mirada hacia mi bebida. Acababa de convencerla de que yo era de ese tipo de hombres y no sabía bien por qué, pero eso me hacía sentir un poco culpable.

Capítulo 7

Bridget

Después de que Justin se fuera del bar esa noche solo, no podía dejar de pensar en lo que dijo. Parecía que podía estar con cualquiera. Yo había sido testigo del efecto que causa sobre las mujeres aquí en el bar las últimas veces que había venido. Por supuesto, era agradable a la vista, pero también tenía esa tranquila confianza en sí mismo. Menos conmigo, que era totalmente cursi.

Aunque podía elegir casi a cualquier mujer, no tenía interés en sentar cabeza, algo que me hizo saber esa noche cuando casi hasta se estremeció solo con pensarlo. Tal vez yo ya había asumido qué prototipo de chico era y por alguna razón, me sentí un poco decepcionada al escucharle decir eso, lo cual no tenía mucho sentido. No es que viera un futuro con él. Apenas le conocía pero aún así había algo en él que me gustaba.

Tampoco podía deshacerme de la idea de que tal vez, por alguna razón que todavía desconocía, debíamos formar parte en la vida del otro. Era imposible que nos cruzáramos tantas veces como lo habíamos hecho la semana pasada sin que eso no significara algo. La verdad es que me entristecía no volver a verle en el parque o en la cafetería y por eso me alegré de verle entrar por la puerta de mi bar esa noche.

Me preguntaba si pensaba que yo era la típica chica que busca un hombre con el que sentar la cabeza y tener hijos. Probablemente. La verdad era que yo era muy parecida a él; no tenía ningún interés en casarme ni en quedarme en casa con los niños. A veces me sentía sola. Bueno, muchas veces, pero el bar era mi sueño y siempre lo había sido. Una relación de pareja y tener hijos no encajaban en la ecuación de trabajar hasta las 4 de la mañana casi todas las noches.

Las relaciones que tuve en el pasado no habían funcionado por las horas que pasaba en *Murphy's*. Mis parejas se sentían absurdamente celosos del lugar y no, no era el hecho de que como camarera a veces me coqueteaban. Estaban celosos de lo mucho que trabajaba y del poco tiempo que les dedicaba.

"¿Quién era ese tipo?", preguntó Andy, sacándome de mis pensamientos. Se apoyó en el mostrador a mi lado mirando hacia la puerta por la que Justin acababa de salir.

"Oh, un chico que conocí a través de Cleo. Un conocido en realidad".

"Viene mucho por aquí".

"Es fan del *fish and chips*", dije con indiferencia.

"Es fan de algo". Andy movió las cejas.

Le di un golpe en el brazo con la toalla de bar que llevaba al hombro.

"¿Qué?", preguntó riendo. "Está claro que le gustas".

"Le gusta todo lo que tenga dos piernas y una vagina".

"No es verdad. Esta noche le he visto rechazar a una belleza de pelo negro para venir a hablar contigo".

"Ohh, menudo detalle", e hice girar mi dedo en el aire.

"Mira, sé que no nos conocemos tan bien y que no soy Cleo, pero soy bueno para hablar de este tipo de cosas".

"¿Qué cosas?", pregunté, arrugando la nariz.

"Sobre las relaciones".

"Tienes como doce años".

Andy era diez años más joven que yo y no estaba segura de qué clase de consejo podría darme. Era dulce y buen camarero pero eso era todo.

"Piénsalo", dijo, apartándose del mostrador para ir a tomar el pedido de un cliente.

Negué con la cabeza y empecé a secar los vasos que acababan de salir del lavavajillas. Me fijé en el tipo que había estado aquí con Cara en una de las mesas del fondo, sorbiendo una copa y al instante tuve un mal presentimiento. Me pregunté cuánto tiempo llevaría aquí. Quería enfrentarme a él y preguntarle por qué estaba vigilando el local ya que sabía que Cara no me daría ninguna respuesta.

Pero cuando estaba a punto de acercarme, uno de mis clientes habituales se dejó caer delante de mí. Tenía cara de querer desahogarse, así que hice de terapeuta y camarera durante los siguientes quince minutos. Cuando por fin tuve la oportunidad de separarme, el tipo del traje se había ido.

"Oye Andy", le llamé.

"¿Qué pasa, jefa?", preguntó.

"¿Sabes quién era ese tipo? El de la mesa diez".

"No, no habló mucho y pagó en efectivo".

"Gracias". Asentí.

A la mañana siguiente me levanté sobre las nueve y fui directa a la cafetería. Solo había dormido cuatro horas. Tenía trabajo administrativo que hacer en el bar y necesitaba toda la cafeína posible. Mientras hacía cola, vi nada menos que a Justin unas cuantas personas por delante de mí. Por supuesto, revisé mi chándal, la camiseta holgada y me apreté el moño desordenado que me había hecho en la parte superior de la cabeza. ¿Podría estar menos arreglada? Agaché la cabeza esperando que no me viera.

Respiré aliviada cuando salió por la puerta después de pedir mi café. No me había visto pero yo a él sí. Tenía buen aspecto. Los hombres trajeados no suelen gustarme pero él me atraía. Me apoyé en una mesa y esperé a que me llamaran.

"¿Bridget? Un pedido para Bridget", dijo el camarero.

Me acerqué, cogí mi café y mi mano rozó la de otra persona que estaba al otro lado del mostrador.

"Oh, lo siento", dije, levantando la vista y viendo a Justin sonriéndome.

"Hola", me dijo.

"Creía que te habías ido", solté.

Enarcó una ceja.

"Quiero decir, creí haberte visto, pero yo..."

Se rió. No se lo creía.

Cogí rápidamente el café de la encimera y sentí que me ardían las mejillas.

"¿No ibas a saludarme?", preguntó, con gesto divertido.

"Ha sido una noche muy larga", murmuré, mirándome la ropa.

Y como si leyera entre líneas, dijo: "Creo que estás guapa".

Si mis mejillas no estaban rojas antes, seguro que lo estarían ahora. Aquel tipo tan guapo con traje no tenía por qué llamarme guapa.

"Mentiroso", murmuré, y reprimí una sonrisa mientras daba un sorbo a mi café.

Justin miró el reloj.

"Tengo que irme. Llego tarde a mi reunión. Me alegro de haberte visto, Bridget". Me puso torpemente la mano en el hombro y me miró a los ojos. Sus ojos eran de un azul grisáceo intenso que no había notado antes. Aparté rápidamente la mirada y miré su mano, que de pronto recorrió todo mi cuerpo. Me dio un pequeño apretón y se dirigió a la puerta. ¿Habrá sentido Justin eso también? Una oleada de electricidad. Ahora estaba despierta y no era efecto del café.

En el bar estaba yo sola. El resto estaban en casa, probablemente durmiendo o descansando para sus turnos de esta noche. Me coloqué detrás del mostrador y empecé a revisar los recibos. Quería dejar archivado todo correctamente antes fin de semana, que se avecinaba muy ajetreado.

Mientras lo archivaba todo me preguntaba si Justin volvería a pasarse por aquí. Ojalá que sí.

Justo en ese momento se abrió la puerta del bar.

"Lo siento, está cerrado", dije, regañándome a mí misma por no haber cerrado la puerta.

"Hola Bridg".

Levanté la vista y vi a Cara en la puerta. Me saludó con la mano y caminó hacia mí con una sonrisa que parecía más nerviosa que genuina.

"Cara. ¿Qué haces aquí?".

"Fui a tu casa pero no estabas".

"Tengo algo llamado teléfono. Podrías intentar usarlo".

"Ya, no sé dónde está mi teléfono ahora mismo", y se sentó en un taburete.

Sacudí la cabeza mientras seguía archivando recibos. Era una niña y probablemente perdería la cabeza si no la tuviera pegada al cuello. Se aclaró la garganta.

"¿Qué necesitas, Cara?". Dejé los recibos sobre el mostrador.

"¿Por qué crees que necesito algo?", preguntó, inocentemente.

La fulminé con la mirada.

"Vale. Necesito dinero".

"Espera, porque siento que estoy teniendo un déjà vu aquí mismo. ¿No habías conseguido ya el dinero?".

"Sí, pero ya no necesito diez de los grandes. Solo necesito dos mil".

"Oh, claro. Tengo dos de los grandes atrás. Déjame que te los traiga".

"¿En serio?", preguntó ella, sorprendida.

"No, Cara. La verdad es que no. ¿Por qué demonios necesitas tanto dinero?".

Cara resopló y se sentó. Me miró fijamente y murmuró en voz baja. Me esforcé por escuchar y me pareció oír que decía algo sobre intereses.

"¿Qué has dicho?".

"Nada", espetó.

"Cara, solo quiero saber qué está pasando".

"¡Y yo sólo quiero que mi hermana mayor me ayude por una vez!". Cara golpeó el mostrador con las manos, haciendo que los recibos volaran por todas partes. Se levantó de forma brusca y salió por la puerta del bar.

Me senté detrás de la barra en estado de shock. Me temblaba la respiración, estaba totalmente furiosa. Al cabo de unos minutos, mi ira se convirtió en preocupación, dos sentimientos que a menudo asociaba con mi hermana. Ahora mismo tenía que dejar de lado mis sentimientos. Había mucho trabajo que hacer, y por mucho que quisiera respuestas de mi hermana, mi vida no podía girar en torno a ella. Miré al suelo y empecé a recoger los recibos que se habían desperdigado. A pesar de lo mucho que me costaba concentrarme, terminé de archivarlo todo y me dirigí a casa.

El resto del fin de semana pasó borroso. Cara no volvió al bar y, para mi decepción, Justin tampoco. Me encontré distraída y escueta con los clientes, que era lo último que quería ser como propietaria del bar. He aquí la razón por la que me distancié de mi hermana, porque sus problemas acababan apoderándose de mi vida. Cuando llegué a casa la madrugada del domingo, me desmayé boca abajo en la cama con la ropa del bar puesta.

Soñé que estaba enredada en lianas con espinas y que cada vez que intentaba soltarme, me apretaban con más fuerza, clavándose profundamente en mi piel. Sentía que me asfixiaba y entonces lo vi. Un dragón rojo con escamas se dirigía hacia mí a través del bosque. Intenté gritar pero no salía sonido alguno. Las lianas me apretaban los brazos y las piernas. Cuando el dragón estaba a punto de atacar, intenté cerrar los ojos, pero en los sueños eso no funcionaba así.

De repente vi cómo una espada se clavaba y le hacía un corte en el cuello. Miré frenéticamente a mi alrededor y vi a Justin luchando entre las lianas, blandiendo una gigantesca espada de plata. Entonces el dragón se alejó de mí para enfrentarse a su atacante. Vi cómo Justin apartaba al dragón de mí, luchando con su espada y sentí que las lianas se aflojaban. Me liberé y fue entonces cuando por fin desperté.

Giré sobre mi espalda, con la respiración agitada. Me pasé las manos por los brazos para comprobar que las lianas ya no estaban. No estaba en un bosque, no había ningún dragón y tampoco estaba Justin. Estaba en mi habitación, en mi cama a salvo.

Me froté los ojos bruscamente mientras miraba a mi alrededor. Había sido uno de los sueños más reales que había tenido en mucho tiempo. Normalmente no recordaba los sueños pero ese se me iba a quedar grabado. Mi madre siempre decía que los sueños tienen su significado, sobre todo cuando eran tan claros. Pero, ¿qué significaba este? No podía evitar preguntarme si Justin estaba destinado a estar en mi vida. Tal vez estaba ahí para ayudarme de alguna forma. ¿Pero en qué? No podía saberlo pero intentaría hablar con él en cuanto pudiera.

Capítulo 8

Justin

Di un paseo por la acera del bar mientras hablaba con mi madre por teléfono. Había terminado mis reuniones del día y me había acercado a *Murphy's* para almorzar. Parecía que se había convertido en mi lugar para cuando necesitaba relajarme. Me gustaba el pub. Era acogedor, barato y la dueña del bar no estaba nada mal. Ahora venía, más o menos, una vez a la semana. Si pudiera entrar ahí ahora mismo... No esperaba que mi madre me llamara hoy. La quería pero se preocupaba demasiado y hoy tenía mucha conversación.

"Justin, ¿estás ahí?".

"Sí, mamá. Estoy aquí". Me froté la nuca con impaciencia.

"Solo me preocupo por ti, cariño".

"Mamá, ya soy mayor".

"Sigues siendo mi bebé". Sonaba como si estuviera al borde del llanto.

"¿Por qué estás tan preocupada?".

"No lo sé. Boston no te sienta bien".

"¿Cómo es eso? Si nunca has venido a visitarme".

"Ya sabes cómo soy con los viajes".

Me burlé. "Acabas de estar en Grecia".

"Es diferente. Eso fue para el cumpleaños de tu tía". Ciertamente, lógico. Puse los ojos en blanco.

"¿Por qué no vienes de visita, mamá? Así ves mi casa y te llevo a conocer la ciudad. Te gustaría".

Se quedó callada un momento.

"¿Mamá?".

"Ni siquiera tienes despacho, cariño", e ignoró mi invitación.

Debería haber sabido que mi padre estaba detrás de esa llamada, alimentándola con dudas sobre mis decisiones respecto al trabajo.

"¿Y?".

"Me parece extraño dejar tu oficina, aquí en Nueva York. Por no hablar de tu familia, e irte a una ciudad nueva ¿para qué? ¿Para trabajar desde tu apartamento?".

"Mamá, hoy en día mucha gente trabaja desde casa y lo sabes. Haces que parezca que no hago nada en todo el día". Negué con la cabeza. Tanto ella como mi padre estaban anticuados. Les costaba creer que alguien pudiera tener éxito trabajando de un modo que desconocían.

"Creo que estás mejor en Nueva York. Ya sabes, con un trabajo de verdad".

"Tengo un trabajo de verdad, mamá. He montado mi propia empresa de asesoramiento. Ya lo sabes".

"Bueno, tu padre dijo que todavía tenías un trabajo aquí si lo querías".

"Pero no lo quiero. Quiero algo que sea mío. ¿Por qué es tan difícil de entender?".

Miré el reloj. Llevábamos casi cuarenta y cinco minutos hablando por teléfono. Estaba tardando más de lo que había previsto y cada vez estaba más enfadado.

Quería mucho a mi madre, siempre nos habíamos llevado bien. A pesar de que ella y mi padre estaban estancados en sus costumbres, solía ser más comprensiva que mi padre, y también más cálida. Realmente la sentía como una madre, mientras que a mi padre lo sentía como un jefe. Aún así, de vez en cuando él la presionaba para que hablara conmigo de aquello que yo no quería escuchar de él. Normalmente ella me ablandaba ante cualquier idea que mi padre le metiera en la cabeza, pero esta vez no.

Oí a mi madre suspirar al otro lado de la línea. Más me valía terminar esta conversación con un vaso de cerveza en la mano. Una sonrisa de Bridget tampoco me vendría mal. Me acerqué a la puerta y tiré de ella. Parpadeé un par de veces al entrar tratando de adaptar los ojos a la escasa luz. Era la hora de la comida, así que no había mucha gente. Me gustaba ir cuando no estaba lleno porque así tenía más tiempo para hablar con Bridget sin que hubiera interrupciones. Oía a mi madre hablar por teléfono pero ya no le prestaba mucha atención.

Me apoyé el teléfono en la mejilla con el hombro mientras miraba alrededor del bar. Vi a Bridget detrás del mostrador. Estaba limpiando la encimera y parecía ensimismada. Llevaba sus vaqueros habituales y la camiseta de Murphy. El pelo estaba recogido con una pinza pero la parte delantera de su melena pelirroja le caía alrededor de la cara. Tenía las cejas ligeramente fruncidas mientras intentaba quitar una mancha de la encimera con un trapo. La admiré durante un segundo. Era realmente guapa. Me pregunté si ella lo sabía.

"¿Justin? ¿Estás ahí?", preguntó impaciente mi madre al otro lado de la línea.

"Sí. Sigo aquí".

"Mira, pensaré en lo del viaje, ¿de acuerdo? Pero no se lo digas a tu padre".

Bridget levantó la vista y me llamó la atención. Parecía sorprendida. Dejó lo que estaba haciendo y tiró el trapo en el mostrador. Vio mi teléfono e hizo un gesto con la mano como para que cortara la llamada. Raro, pero bueno, lo haría encantado.

"Bueno mamá, me tengo que ir".

"Espera, ¿qué? Justin...".

"Lo siento. Te quiero, adiós".

"Piénsate lo de volver a casa", la oí decir mientras pulsaba el botón de finalizar llamada.

Caminé hacia dentro del bar y miré a Bridget con curiosidad. Ella me miraba casi nerviosa y me pregunté qué estaría pasando. Tomé asiento frente a ella y me sirvió una cerveza. La miré inquisitivamente.

"Parecía que la necesitabas". Se encogió de hombros. Sus ojos se apartaron rápidamente de los míos, como si evitara mirarme. No estaba tan segura de sí misma.

"Gracias", dije mientras la cogía y bebía un sorbo bien largo. Notaba el vaso frío en mis manos y

la cerveza bajó por mi garganta con facilidad. Dejé escapar un suspiro reconfortado mientras me recostaba en el taburete.

"¿Va todo bien?", preguntó, mirándose las manos mientras movía los dedos.

"De maravilla". Tomé otro sorbo largo de cerveza. Más me valía terminármela. Nada como un poco de cerveza para evadir los problemas.

¿Por qué dejé que la llamada de mi madre me afectara de esa manera? Sobre todo sabiendo que mi padre estaba detrás de todo. Era el mismo cuento de siempre y aún así, siempre me convencía o lograba meterse en mi cabeza.

No tenía intención de volver a casa pero una parte de mí se sentía culpable por haber decepcionado a mi madre. Había encontrado mi sitio en Boston sin la mirada de mi padre. Lo hice por mi cuenta, estaba construyendo algo que era mío y sabía que eso cabreaba a mi padre. Le gustaba sentir que estaba bajo su control, que le debía algo.

Claro, me había empujado a ir a su universidad. Me había empujado a estudiar una carrera en finanzas. Me había ofrecido amablemente un trabajo en su empresa y me lo recordaba casi todos los días. Cómo se había arriesgado conmigo y cómo tenía que demostrar mi valía siendo el hijo del jefe. Le debía mucho pero no todo. Me había dejado la piel para conseguir una clientela de renombre. Me merecía esta oportunidad por mi cuenta, en una nueva ciudad, y quería demostrarle que no le necesitaba y que podía hacer las cosas a mi manera.

De pronto me di cuenta de que había estado sumido en mis pensamientos durante más tiempo del apropiado, sujetando un vaso de cerveza vacío entre las manos. Sacudí la cabeza como para despejar la mente y coloqué el vaso sobre la encimera con un poco más de fuerza de lo que pretendía, haciendo que Bridget diera un pequeño salto.

"Lo siento", murmuré, sacudiendo la cabeza.

"¿Qué pasa?", preguntó.

"Cosas de familia", refunfuñé.

"Lo sé todo sobre eso. Créeme". Asintió con la cabeza mientras colocaba su mano sobre la mía y me daba un apretón. Me sentí extrañamente en confianza. Bridget solía tener un caparazón duro que yo intentaba traspasar a menudo y que cuando lo conseguía, esos pequeños gestos que obtenía de ella eran como rayos de luz que se colaban por los agujeros de una pared. Una pared bonita, por cierto.

La miré y sus ojos verdes me parecieron profundos y comprensivos. Me sostuvo la mirada solo un instante antes de que sintiera que su mano se crispaba entre la mía. La apartó rápidamente, como si hubiera tocado una estufa caliente y soltó una risita nerviosa mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

¿Qué le pasaba? La miré con curiosidad. Se había alejado del mostrador como si quisiera mantener las distancias. Ahora tenía las manos metidas en los bolsillos traseros y se mordía el labio inferior. Aquellos labios... Me costaba no mirarlos preguntándome a qué sabrían. Imaginando mis dientes alrededor de ellos. Aparté la mirada y enarqué una ceja interrogativa.

Ella se quedó callada un momento. No estaba preparado para lo que vino a continuación.

"¿Quieres acostarte conmigo?", soltó. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la oía antes de volver a mirarme. Hablaba completamente en serio.

Vaya. No esperaba que eso saliera de su boca. Sentí que mis ojos se abrían de par en par. Las mujeres ya me habían hecho proposiciones sexuales antes y a menudo las aceptaba con entusiasmo, pero eran mucho menos directas. Más bien me tocaban el brazo con la mano, me rozaban la pierna con el pie o se inclinaban hacia mí mientras se apretaban los pechos, pero nunca me lo habían pedido directamente. Tampoco me lo había pedido nunca una pelirroja guapa con una fuerte voluntad. Estaba totalmente fuera de mi zona de confort.

Parpadeé varias veces, intentando ocultar mi sorpresa.

"Sé que es una pregunta muy rara. Apenas nos conocemos", divagó. Y empezó a caminar por detrás de la barra.

"Es que estoy estresada. Demasiado. Tengo muchas cosas en la cabeza. Y mis sueños... Dios, mis sueños. Has estado en ellos. Luchando contra dragones. Salvándome. ¿De qué? No lo sé. Mi madre siempre decía que los sueños significan algo...". Y siguió divagando. Me preguntaba si ya no me hablaba o si estaba ensimismada en sus pensamientos pero intenté seguirle el ritmo.

"¿Dragones?", pregunté, intentando comprender.

Dejó de caminar de un lado a otro y apoyó las palmas de las manos en la encimera, mirándome con seriedad.

"Necesito sexo y tienes que ser tú", dijo con severidad.

Fingí pensarlo seriamente. Mi respuesta fue sí. Un sí con todo. Lo supe en cuanto soltó la pregunta pero no quise delatarme demasiado rápido.

"¿Puedes traerme otra cerveza, por favor?", le pregunté.

Me miró sorprendida durante un segundo antes de asentir y coger mi vaso de la barra. Lo puso bajo el grifo y lo llenó despacio y con pericia para evitar la espuma. Lo deslizó por el mostrador y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados, esperando mi respuesta. Tomé un sorbo de cerveza con indiferencia.

"Sí", dije al cabo de un momento.

"¿Sí? ¿En serio?", preguntó ella, enarcando las cejas.

"¿Por qué no?". Me encogí de hombros.

Aspiró y asintió lentamente, como si estuviera procesando lo que ella misma había propuesto.

"Vale", dijo finalmente en voz baja.

"De acuerdo". dije, dando otro sorbo a mi cerveza.

"De acuerdo", volvió a decir. Esta vez con más confianza.

Vi cómo Bridget arrastraba un taburete hasta una estantería cercana. Se subió encima y cogió una botella de tequila del estante superior. La sujetó con cuidado mientras bajaba y la colocaba en la encimera frente a ella. Cogió un vaso de chupito, lo llenó hasta arriba, se lo bebió de un trago y soltó un grito ahogado. Pasó por debajo de la encimera y me cogió de la mano, tirando de mí para que la siguiera.

"Vamos". Señaló una escalera al fondo del bar que yo no había visto antes.

"Espera. ¿Vamos a hacer esto ahora?", y la seguí, sorprendido.

Capítulo 9

Bridget

"Andy, ¿puedes cubrirme?", grité.

Él levantó la vista y asintió con curiosidad. Agradecí que fuera una tarde tranquila. Me pregunté qué estaría pensando mientras me veía arrastrar por el bar a un tipo que apenas conocía. No me levanté esa mañana pensando: "Oye, hoy parece un buen día para pedirle sexo a un desconocido", pero cuando Justin entró en el bar esa tarde y vi sus ojos oscuros mirándome, empecé a sentir algo creciendo dentro de mí.

Llevaba días dándole vueltas a aquel maldito sueño intentando averiguar qué significaba. ¿De qué necesitaba que me salvaran y por qué era Justin el que venía a rescatarme? Nada tenía sentido. No estaba del todo segura de que el sexo fuera la raíz subconsciente del sueño. De hecho, estaba segura de que ese no era el significado, pero ahí estaba él, muy sexy, en mi bar.

Aun así, las palabras se me escaparon antes incluso de que pudiera retenerlas. Ahora su mano estaba junto a la mía, siguiéndome escaleras arriba. Pensé que no había mejor momento que el presente. Además, no quería que cambiara de opinión y cuanto menos pensara en ello, mejor. Pensar y hablar solo complicaría las cosas, y ahora mismo lo único que necesitaba era una liberación que, estaba segura, él me daría.

Llegamos al final de las escaleras y nos quedamos en silencio mientras sacaba un llavero de mi bolsillo. Le oía respirar detrás de mí. Estaba lo bastante cerca como para que su aliento se posara suavemente en mi cuello, erizándome el vello del brazo. Abrí la puerta con rapidez y la empujé.

La mayoría de la gente no sabía de la existencia de este pequeño *loft* aquí arriba. Solía ser el despacho de mi padre hasta que yo me hice cargo del pub. Después de haber dormido aquí más de una vez cuando no quería conducir hasta casa, decidí hacer el espacio un poco más acogedor. Añadí un sofá de terciopelo verde debajo de la pequeña ventana de cristal, una mesita de madera con una pila de libros encima y una cama de matrimonio centrada contra la pared del fondo.

Sujeté la puerta mientras Justin pasaba a mi lado y se detenía en el centro de la habitación. Cerré suavemente la puerta y los ruidos del bar se apagaron hasta quedar en silencio. Sentía que el corazón se me aceleraba en el pecho. Justin miró a su alrededor. Lo estudié un momento. Llevaba un pantalón de chándal y una camisa, todo ellos negro, que le quedaba ceñida a sus anchos hombros. Su pelo plateado contrastaba con su piel morena y la ropa oscura. De pronto algo se apoderó de mí, un deseo ardiente. Respiré hondo y di unos pasos decididos hacia él.

Se giró hacia mí. "No sabía que esto iba a...".

Antes de que pudiera terminar, me puse de puntillas y apreté los labios contra los suyos con fuerza. Se tambaleó un poco y recuperó el equilibrio agarrándose a mis caderas. Apreté mi cuerpo contra el suyo, empujándolo hacia el sofá sin separar mis labios de los suyos. Sus rodillas se doblaron al chocar con el sofá y se vio obligado a sentarse. Me subí encima de él, a horcajadas, y miré hacia abajo.

Me miró, claramente sorprendido. "¿Estás segura de esto?", preguntó.

En lugar de responderle, acerqué mis labios a los suyos una vez más. Pasé la lengua por sus suaves labios, separándolos para poder entrar en su boca. Su lengua se unió a la mía, con suavidad al principio y luego con más feroz. Le sentí respirar hondo mientras la tensión abandonaba su cuerpo. Me agarré al respaldo del sofá y me coloqué firmemente contra él.

Como si le hubiera dado el visto bueno, me llevó una mano a la nuca y la otra a la parte baja de la espalda. Me cogió el pelo con la mano y tiró de él, separando nuestros labios mientras yo miraba al techo. Solté un pequeño gemido. De repente, sus labios estaban en mi cuello, besándome suavemente desde la clavícula hasta detrás de la oreja. Me estremecí. Volvió a bajar la lengua hasta donde estaba mi camisa, justo por encima de mis pechos.

Respiró contra mí mientras su otra mano subía por mi espalda, bajo la camisa, y encontraba el broche de mi sujetador. Con facilidad, pellizcó el cierre hasta que se soltó. Deslicé las manos por debajo de las mangas de la camisa y me solté los tirantes de los brazos, sacándolo de debajo de la camisa y tirándolo a un lado. Me dedicó una sonrisa socarrona mientras me soltaba el pelo y bajaba las manos por los costados de mi cuerpo hasta que sus dedos se encontraron con la parte inferior de la camisa. Lo miré y levanté los brazos por encima de la cabeza.

Sus manos se movieron despacio, casi torturándome, mientras me levantaba la camisa por encima de la cabeza. Mis pechos se desparramaron ante él y vi cómo los recorría hambriento con la mirada. Que me deseara me hacía desearle más todavía. Apartó la mirada de mis pechos y me miró a los ojos. Sin dejar de mirarme, se llevó los pechos a la boca, uno a uno. Me pasó la lengua por los pezones haciendo que arqueara la espalda de placer. Siguió chupándolos mientras me amasaba los pechos con sus grandes manos.

Sentía cómo se endurecía contra mí. Incluso a través de mis vaqueros, que lamentaba llevar puestos, notaba su tamaño. Nos separaba demasiada tela. Como si me hubiera leído el pensamiento, apartó la boca de mí y me subió las manos por los muslos. De repente, me levantó de encima suyo y me tiró en el sofá con facilidad. Yo lo miré expectante. Se subió sobre mí y sus dedos jugaron con el botón de mis vaqueros. Desabrochó el botón y bajó lentamente la cremallera. Sus manos agarraron la cintura de mis vaqueros y me los quitó de las piernas. Los tiró al suelo y se levantó, mirándome de pies a cabeza. En ese momento sentí que me mojaba las bragas negras de rejilla.

Atrapé su mirada y me mordí ligeramente el labio mientras separaba las piernas. Sus ojos bajaron lentamente hasta mis bragas y su respiración se hizo más agitada una vez separé todavía más las piernas.

"Jesús... Bridget", susurró antes de agarrarme por las caderas y tirar de mí hasta el borde del sofá. Se colocó sobre mí y acercó sus labios a los míos. Nuestras lenguas chocaron frenéticamente y luego se redujeron a una lenta y rítmica danza. Una de sus manos lo sostenía contra el sofá, mientras la otra empezaba a explorar. Me pasó los dedos por el ombligo y por el interior de los muslos. Luego volvieron a subir lentamente y se encontraron con la malla negra de mis bragas.

Apoyó la frente en la mía y me observó mientras me rozaba ligeramente. Me estremecí ante su contacto pero no interrumpí nuestra mirada. Sus dedos empezaron a rozarme con más fuerza y rapidez y sentía que me mojaba cada vez más a través de la tela. Sabía que él también lo notaba porque sus labios esbozaban una pequeña sonrisa. Levanté ligeramente las caderas porque necesitaba más. Tiró suavemente de las bragas, pasó un dedo por mi clítoris desnudo y con facilidad, sumergió su dedo dentro de mí, lentamente. Qué delicia. Dejé escapar un pequeño

gemido cuando apartó el dedo y me penetró con más fuerza.

Tenía las manos hundidas en su pelo, mis ojos fijos en los suyos y mi respiración agitada contra su boca, la cual estaba a escasos centímetros de la mía. Mis caderas se movían rítmicamente contra su mano. Pronto apartó su cara de la mía y se arrodilló frente a mí, sujetándose suavemente con los dedos. Vi cómo sus ojos se cruzaban con los míos. Expresaban necesidad, deseo. Me acarició con el meñique mientras gemía y pude sentir su cálido aliento mientras me lamía con la lengua. Cerré los ojos de forma involuntaria mientras asimilaba la sensación. Su lengua y sus dedos se movían al unísono mientras yo intentaba mantener las caderas inmóviles pero se me escapaban gemidos mientras movía la lengua contra mí. Mis manos tiraron de su pelo para tenerlo más cerca. Me sentía al borde del orgasmo y yo todavía no le había probado. Ni siquiera había sentido su grosor dentro de mí, así que lo empujé lejos, sin aliento.

Se arrodilló frente a mí mientras se lamía los labios. Dios, estaba cachondo. Me incorporé y cogí su camiseta. Tiré de ella, se la quité por encima de la cabeza y dejé al descubierto los tensos músculos que tenía debajo. Lo contemplé un momento antes de levantarme y tirar de él. Levanté la cabeza y él acercó su boca a la mía. Le mordí el labio inferior y rocé su erección con la mano, lo que hizo que soltara un gemido y pusiera los ojos en blanco.

Lo guié con cuidado hacia la cama y lo empujé sobre el colchón. Justin me miró expectante mientras me llevaba la mano a la cintura de su chándal. Se los quité con facilidad, seguidos de los calzoncillos, liberando su dura polla. Tragué saliva con fuerza mientras lo estaba asimilando, y el deseo se apoderó más de mí. Subí hacia él, posando mi boca directamente sobre su piel y me encontré con su mirada, saboreándolo. De pronto sentí cómo su cuerpo se estremecía y vi cómo se le cerraban los ojos.

Bajé lentamente la lengua por el tronco y volví a subir hasta la punta antes de abrir la boca y absorberlo por completo. Me agarró la cara con las manos mientras palpitaba dentro de mi boca. Al principio me moví despacio y luego más deprisa. Sus manos buscaron las sábanas y las agarraron con fuerza. Le busqué con los ojos y me lanzó una mirada de absoluto deseo. Lentamente, aparté la boca de su miembro y trepé por su cuerpo, a horcajadas sobre él.

Me deslicé contra su pene, sintiendo cada centímetro sin penetrarlo. Le estaba provocando y me sentía una diosa. Me movía lentamente contra él, viendo cómo empezaba a perder el control, hasta que finalmente lo hizo. Me agarró de las caderas y las levantó en el aire, manteniéndome firme mientras presionaba su pene contra mi coño. Sentí que me abría más y más mientras me colocaba lentamente sobre él, llenándome con cada tentador centímetro.

Solté un fuerte gemido que había estado enterrado en mi interior cuando me agarró por las caderas y me apretó contra su polla. Eché la cabeza hacia atrás y seguí cabalgándole mientras me azotaba en todos los lugares adecuados. De repente, me levantó sin separarse de mí y presionó mi espalda contra la cama. Abrí las piernas y él empezó a penetrarme cada vez más deprisa. Me estiré más mientras me penetraba con fuerza y sus manos se aferraban a la carne de la parte exterior de mis muslos. Vi cómo cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás, al mismo tiempo que yo perdía el control. Mi cuerpo empezó a temblar mientras él gemía ruidosamente con su polla palpitando y llenándome de semen.

Nos quedamos tumbados un momento sin aliento. Yo miraba al techo y él todavía estaba dentro de mí. Gimió, se apartó de mí y se tumbó a mi lado. Solté un suspiro de satisfacción. Aquello era todo lo que necesitaba y más. Quizá por eso soñé con él. Un alivio momentáneo del estrés, nada más. A parte, él no era ese tipo de hombre, y yo tampoco necesitaba que lo fuera.

Capítulo 10

Justin

Bridget estaba tumbada a mi lado parpadeando lentamente mientras miraba al techo y yo intentaba recuperar el aliento, todavía dándole vueltas a lo que acababa de ocurrir. Fuera lo que fuese, fue desesperado. Quizás poco meditado pero definitivamente bueno. Muy bueno. Sin duda el mejor sexo de mi vida.

Me puse de lado y rocé con mis labios su hombro desnudo. Ella se giró lentamente y me dedicó una pequeña sonrisa. Me pregunté qué estaría pensando. No podía leerla pero esperaba que estuviera planeando el segundo asalto.

De repente se quitó las sábanas de encima y salió de la cama. Me apoyé en los codos y vi su cuerpo desnudo cruzar la habitación. Vaya, pensé, mientras se alejaba de la cama. Su piel era suave y bonita, un claro contraste con su cabello castaño y brillante que colgaba en forma de ondas sueltas por su espalda. Lo que más deseaba era que volviera a tumbarse en la cama.

En lugar de eso, buscó su ropa junto al pequeño sofá verde al otro lado de la habitación donde habíamos empezado. Cogió la ropa del suelo y trató de cubrirse mientras se dirigía a una pequeña puerta en la esquina de la habitación. Entró y cerró la puerta tras de sí. Oí la cisterna de un retrete y el ruido de un lavabo. Al cabo de unos minutos, salió completamente vestida.

"¿Ya te vas?", le pregunté.

"Tengo que volver", dijo, mirándome por fin como si se acordara de que yo seguía ahí.

Así que supuse que eso era todo. Me recosté y coloqué las manos detrás de la cabeza, mordiéndome el interior de la mejilla. Me sentí un poco aturdido mientras Bridget se ponía los zapatos y caminaba hacia mí.

Al momento se colocó a mi lado y se recogió el pelo en una coleta, inclinándose y dándome un beso rápido en los labios.

"Gracias", me dijo, mirándome de arriba abajo.

Luego se fue. Salió por la puerta y volvió al bar. No pude evitar sentirme un poco utilizado al verlo rápido que se había ido.

Normalmente eso no me molestaría. No es que haya sucedido antes. Para empezar, una mujer nunca me había propuesto sexo de una manera tan verbalmente directa, y segundo, una mujer nunca se había largado tan rápido como acababa de hacerlo Bridget. No me sentí cohibido por mis habilidades en la cama. Sé que ambos disfrutamos, eso no se podía fingir.

Tal vez deberíamos haber hablado de ello, pero tenía la impresión de que ella no quería. De todos modos, tampoco hubo oportunidad de hacerlo. En cuanto llegamos aquí, sus labios estaban sobre los míos y no había nada que objetar. Había una sensación de urgencia en todo aquello que casi me sentí como si, de alguna manera, yo fuera su soporte vital.

Sin embargo, no hubo prisas en nuestro tiempo juntos. Cerré los ojos y repasé nuestros momentos en el sofá y en la cama. Fue el mejor sexo de mi vida. Y luego se fue. Volvió al

trabajo, aunque no me daba la sensación de que estuviera tan ocupada como para tener que darse prisa en volver.

Así que me quedé tumbado un rato más, perdido en mis pensamientos. ¿Por qué estaba tan perturbado? Acababa de acostarme con una chica preciosa a la que había echado el ojo desde que la conocí hace unas semanas. No es que quisiera una relación seria, y ella lo sabía. Lo dejé bastante claro cuando me estremecí físicamente ante la idea de sentar la cabeza. Tal vez éramos iguales y quizá ella tampoco buscaba nada serio. Debería alegrarme, podíamos salir ganando los dos.

Suspiré y me incorporé, buscando mi ropa en el suelo. Más me valía salir de aquí antes de que las cosas se pusieran más incómodas. Me quité las sábanas de encima, cogí el chándal y la camiseta y me vestí. Me pasé la mano por el pelo en un intento de estar presentable para el paseo de la vergüenza que, esperaba, nadie viera. Abrí la puerta del desván en silencio y salí. Bajé rápidamente las escaleras y respiré aliviado al ver a Bridget y Andy detrás de la barra secando vasos.

Como sospechaba, el bar solo tenía un par de clientes. No estaba ocupada en absoluto. No quería que ella me viera, y mucho menos Andy, que probablemente imaginaba lo que acababa de pasar. De repente recordé una salida trasera a la vuelta de la esquina por la que había visto salir a un tipo del servicio la semana pasada. Rápidamente me dirigí a la puerta y la empujé para abrirla, saliendo al callejón trasero. El cielo se estaba tiñendo de un tono rosa anaranjado. Miré el reloj. Eran casi las seis. Llevábamos un buen rato en el desván. Sonreí para mis adentros.

De camino a casa bajé las ventanillas y puse la emisora de rock clásico, con la esperanza de despejar mi mente, pero cuando llegué a casa, fui directo a mi habitación y me tumbé boca abajo en la cama. Todo ese asunto, fuera lo que fuera con Bridget, me estaba molestando de verdad.

Hacía tiempo que no me gustaba una chica así, y aunque no creía estar buscando una relación, algo en Bridget era diferente y no podía evitar pensar que había metido la pata. Las cosas no funcionaban así. Las relaciones no nacían de aventuras de una noche o de una tarde. Eso era lo que era, aunque esperaba que no. De hecho, quería algo más que eso.

Me pregunté si debería haberla invitado a salir. Tuve muchas oportunidades. Coincidimos varias veces y, por supuesto, la veía siempre en el bar. Nuestras conversaciones eran fáciles y cada vez encontraba más cosas que me gustaban de ella.

Rodé sobre mi espalda y sacudí la cabeza. No podía pasarme toda la noche pensando en eso. Busqué el móvil en el bolsillo, navegué entre mis contactos y le envié un mensaje a Kenny:

Hola, tío.

Hola. Hola, ¿qué tal?

Yo: ¿Quieres salir esta noche?

Kenny: Vamos a hacer una barbacoa. Iba a mandarte un mensaje.

Yo: Estaré allí pronto. Llevaré cerveza.

Bloqueé el teléfono y lo tiré sobre la cama. Prácticamente había tenido que forzarme a salir. No, yo no iba a ser ese tipo. Iba a salir y a quitármela de la cabeza. Espera, espera. Kenny. Cleo.

Bridget. ¿Y si ella estaba allí? Aunque lo dudaba porque parecía que nunca tenía una noche libre. Estaría a salvo.

Me metí en la ducha y dejé que el vapor me envolviera. El agua caliente borró cualquier rastro que quedara de Bridget. El olor de su perfume, sus labios contra los míos, sus manos en mi pelo... Cerré la ducha de golpe. No había tiempo para eso. Me sequé con una toalla y caminé hacia mi dormitorio. Pedí un Uber mientras me ponía unos vaqueros y una camiseta blanca. Pensaba sedar mis sentimientos esa noche.

Treinta minutos más tarde, llegué al ático de Kenny, después de comprar un paquete de doce cervezas artesanales por el camino. Subí catorce pisos en ascensor hasta que las puertas a su enorme entrada se abrieron. El lugar estaba repleto de jugadores del equipo y mujeres. Demasiadas mujeres guapas.

"¡Justin!", gritó Chad. Era el jugador más veterano del equipo, lo que no quería decir que fuera viejo de edad. Para las grandes ligas sí, pero seguía actuando como un niño.

"Hola, tío", le dije, dándole una palmada en la espalda.

"Me alegro de que hayas venido. ¿Dónde has estado?", preguntó.

"Estaba trabajando y luego tomando algo en Murphy".

"Ah, el viejo *Murphy's*. ¿Estaba Bridget trabajando?", preguntó, levantando las cejas esperanzado.

Había olvidado que Chad sentía algo por ella. ¿Eran celos lo que estaba sintiendo?

"Sí". Me encogí de hombros.

"Dios, es la chica de mis sueños". Dijo, suspirando.

"Bueno, me alegro de verte, tío. ¿Dónde está Kenny?".

Chad señaló con la cabeza hacia la cocina. Me aferré al paquete de cerveza y me abrí paso entre la multitud hacia la cocina. Era enorme. Encimeras de mármol blanco con armarios negros mate rodeaban toda la habitación. Tenía dos hornos apilados y dos frigoríficos del tamaño de un chef. Era incluso más grande que la anterior, pero tenía sentido. Estaba prometido con Cleo y ella era la pastelera más cachonda de todo Boston.

Abrí la nevera y empecé a desempaquetar la cerveza artesanal, metiéndola en la nevera y cogiendo una antes de cerrar la puerta.

"¿Puedes coger una para mí también?", preguntó Kenny mientras caminaba hacia mí.

Asentí y le di una.

"Gracias, tío". Chocó su botella con la mía. "Me alegro de que hayas venido."

"Gracias por la invitación".

"Vamos. Subamos a cubierta", y me hizo un gesto para que le siguiera.

Subimos la escalera de caracol que había en el centro del salón y salimos a la azotea, donde el sol acababa de ponerse, llenando el cielo de un remolino rosa y morado. El aire olía a perritos calientes y hamburguesas a la parrilla y me di cuenta de lo hambriento que estaba después de mi tarde con Bridget.

"¿Tienes hambre?", preguntó Kenny.

"Estoy hambriento".

"Sírvelte tú mismo". Cogió un plato de la gran mesa de buffet.

Cargué mi plato con un perrito caliente, una hamburguesa con queso, ensalada de patata, ensalada César y patatas fritas.

"Pues no bromeabas", se rió Kenny mientras miraba mi plato.

Me reí mientras le daba un mordisco al perrito caliente.

"¿Qué has hecho hoy?", preguntó, llenándose el plato con la mitad de comida que yo.

"Las reuniones de siempre, y luego me pasé por *Murphy's* para almorzar".

"Ya tienes tu sitio nuevo. Sabía que te gustaría".

Asentí.

"¿Alguna novedad con Bridget?", preguntó, moviendo las cejas.

"¿Qué? No", respondí demasiado rápido y Kenny sabía que me gustaba. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que sabía leerme como a un libro.

Me miró con suspicacia.

"Vale, no puedes decir nada", dije en voz baja.

"¿Qué?".

"Me ofreció echar un polvo".

"¡Vete a la mierda!". Kenny prácticamente gritó. No podía creerme. ¿Por qué iba a hacerlo?

"Lo digo en serio. Me lo pidió sin más".

Torció los labios como si intentara determinar si debía creerme o no. "¿Y qué le dijiste?".

"Bueno, obviamente dije que sí".

Kenny dio un sorbo a su cerveza y sacudió la cabeza. "Entonces, ¿cuándo va a ser tu cita?".

Me quedé callado un momento. "Bueno, en realidad ya ha ocurrido... En el bar".

"¿Qué?". Casi escupió su cerveza.

"Me arrastró escaleras arriba hasta el desván y, sin mediar palabra, se me echó encima".

"Eso no suena muy Bridget, pero Cleo la conoce mejor que yo".

"Créeme, no me lo esperaba para nada".

Levantó una ceja. "¿Y?".

"¿Y qué?".

"¿Cómo fue?".

"El mejor sexo de mi vida", dije, haciendo una pausa entre cada palabra.

"Salud por eso". Kenny chocó su botella contra la mía.

Tomé un sorbo de cerveza.

"¿Qué?", preguntó Kenny, mirándome.

"No lo sé. Me he sentido un poco utilizado. Es una tontería, lo sé. Acabo de echar un polvo. No tiene sentido que me sienta mal".

"Habla con Cleo. Quizá ella pueda aclararte un poco".

"Sí, buena idea".

Me senté y terminé mi plato de comida mientras Kenny me hablaba de la próxima temporada. Medio escuchaba mientras escudriñaba la azotea en busca de Chloe. Necesitaba respuestas.

Capítulo 11

Bridget

Terminé de servir whisky en un vaso y se lo pasé al tipo que tenía delante. Me había estado coqueteando toda la noche y era bastante agradable a la vista, pero yo sólo flirteaba por las propinas. No tenía ningún interés en él. La verdad es que no podía sacarme de la cabeza la tarde que pasé con Justin. Habían pasado ya tres días, pero las imágenes de los dos juntos no se iban de mi cabeza. Sentía que se me ruborizaban las mejillas sólo de pensarlo.

"Gracias, cariño", dijo el chico mientras recogía su bebida. Se llamaba Brett, o eso creo. Solo estaba escuchando a medias.

"Por supuesto", dije con una sonrisa.

"Entonces, ¿llevas este sitio tú sola?".

"Así es."

"Parece mucho trabajo para alguien tan guapa como tú".

Puse los ojos en blanco. Era guapo, pero parecía no tener muchas neuronas trabajando.

"Te sorprendería lo que puedo hacer".

"Ya lo creo", dijo mientras me miraba de arriba abajo. Luego le dio un sorbo a su bebida.

"Será mejor que vaya a atender al resto del bar. Por mucho que quiera, no puedo pasarme toda la noche aquí contigo", golpeé la mesa con los nudillos y le guiñé un ojo. Todo formaba parte de la actuación. Mi padre hacía que los clientes volvieran con sus habilidades de anfitrión, ruidoso y paternal, y sus amplios conocimientos de béisbol. Me di cuenta de que yo hacía que los clientes volvieran haciéndoles creer que tenían una oportunidad. No era lo que más me gustaba, pero funcionaba.

"Ojalá pudieras", oí que me decía.

Agradecí que fuera una noche ajetreada, así que no tuve que hacerlo. Tomé el pedido de un cliente y empecé a preparar una bandeja de bebidas para su mesa que estaba cerca de la barra. Querían cerveza y chupitos. Debían de estar celebrando algo. Después de llenar la bandeja, la equilibré cuidadosamente mientras salía de detrás de la barra y, al acercarme a la mesa, vi la puerta del bar abierta. Había estado observándola toda la noche. Los últimos días más de la cuenta, pero Justin no había vuelto.

Me decepcionó ver que no era él quien entraba, sino una mujer: Cara. Dejé escapar un pequeño suspiro de frustración antes de esbozar una sonrisa mientras servía la bandeja de bebidas a la mesa.

"¿Qué celebramos esta noche?", pregunté, vigilando a mi hermana con el rabillo del ojo.

"¡Me han ascendido!", contestó uno de los chicos, y el resto de la mesa vitoreó.

"¡Enhorabuena! Esta ronda la pago yo".

Me dieron las gracias repetidamente mientras me dirigía de nuevo hacia la barra, donde vi a mi hermana malhumorada sentada en un taburete. Dejé la bandeja en el suelo haciendo que saltara de sorpresa.

"¿Qué necesitas, Cara?", le pregunté.

Se mordió el labio inferior. Sinceramente, parecía asustada y eso me preocupó, pero intenté disimularlo. Necesitaba ser fuerte. Ya había pasado por esto antes con Cara, siempre sacándola de apuros y esperando que fuera la última vez que metía la pata, pero nunca lo era, y esta vez, probablemente no sería diferente.

"Déjalo. Tengo un negocio que atender".

"Necesito que me prestes dinero, hermana".

"¿En serio estamos con esto de nuevo?"

"No entiendo por qué no puedes dejarme dinero. Soy de confianza. Te lo devolveré."

"¿Lo harás?". Alcé una ceja.

"¡Sí! Bridget, confía en mí".

"¿Como la vez que confié en ti para que cuidaras de papá cuando enfermó la primera vez? ¿O la vez que confié en ti para que llevaras el bar una noche? ¿O cuando te presté dinero para comprar un coche?"

Cuando mi padre enfermó por primera vez, habíamos acordado que yo llevaría el bar y ella cuidaría de él. Acabé haciendo las dos cosas. Nunca recogía sus medicinas y no podía confiar en que se las administrara a tiempo. No se ocupaba de la casa, sino que la utilizaba para que sus amigos se quedaran a dormir mientras mi padre debería estar descansando.

Cuando una noche se puso muy enfermo, quise quedarme con él y le pedí que se encargara del bar. Fue un verdadero desastre. Aunque le había dado un curso intensivo y tenía camareros para que la ayudaran, me llamaba cada diez minutos con preguntas. Al final, se dio por vencida y el resto de la noche repartió bebidas gratis. Esa noche perdimos mucho dinero y ella se quedó con todas las propinas, en lugar de dejarlas para el bar.

Ah, y el dinero para el coche desapareció y nunca vimos coche alguno.

"Esta vez es diferente", suplicó.

"¿Cuándo vas a organizar tu vida, Cara?"

"Lo estoy intentando. No todo el mundo tiene el negocio familiar en bandeja de plata", murmuró.

Sentí que se me ponía la cara roja de rabia. Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no salir de detrás de la barra y gritarle en la cara.

"Compré mi parte de este lugar. Ya lo sabes. Y me he dejado la piel para demostrar que pertenezco a este sitio", dije con una rabia contenida. Lo último que quería era montar una escena.

Cara puso los ojos en blanco como si no estuviera convencida.

"Cara, vete a casa. Dondequiera que sea. No vuelvas aquí hasta que hayas solucionado tu vida. Te quiero pero tengo que hacer esto por tu propio bien". Y le cogí la mano, pero me la apartó.

"No uses esa actitud de hermana mayor conmigo. Es una gilipollez". Me señaló con el dedo,

enfadada. Algunos clientes del bar miraron con curiosidad hacia nosotras. Les sonreí, haciéndoles saber que todo iba bien.

"Cara. Vete. Ahora", dije en voz baja.

Se levantó del taburete y lo apartó de un empujón, haciendo que cayera al suelo estrepitosamente. Si antes no estábamos montando una escena, ahora sí.

"Siento entrometerme en tu perfecta vida en tu bar perfecto. Papá siempre pensó que eras la hija perfecta", dijo, prácticamente gritando. Su cuerpo se balanceaba ligeramente y su voz temblaba de emoción. Empecé a preguntarme si había bebido. Si lo había hecho, no había sido aquí, en mi bar. Acababa de llegar.

"Cara, ¿necesitas que llame a alguien para que te recoja?".

"Vete a la mierda", murmuró mientras caminaba hacia la puerta, abriéndola de un tirón y saliendo del bar.

Dejé escapar un suspiro nervioso. Sentí una mano en mi espalda. Era Andy que me miraba preocupado.

"¿Estás bien?", me preguntó.

Asentí tímidamente con la cabeza.

"¿Puedes asegurarte de que ahí fuera está bien?", pregunté.

"Por supuesto".

Le miré mientras desaparecía por la puerta del bar. Sentí los ojos de los clientes sobre mí, pero los ignoré. Intenté seguir como si no hubiera pasado nada. Después de unos minutos, se dieron cuenta de que el espectáculo había terminado y volvieron a disfrutar de sus bebidas. Andy volvió a entrar.

"¿Y bien?".

"No me habló, pero me dejó pedirle un Uber".

"Gracias, Andy. Te lo agradezco".

"Por supuesto. Las cosas de familia son duras". Me dio una palmada en la espalda y se fue al otro extremo de la barra, donde un cliente le hacía señas para que bajara.

Me apoyé en el respaldo de la barra para recuperar el aliento. Una parte de mí no podía creer que Cara acabara de entrar así, pero otra parte sabía que podía perder la cabeza. La ira y la preocupación familiar me invadieron. Si fuera cualquier otra persona, la apartaría de mi vida. Este estrés no merecía la pena. Pero era mi hermana. Luché contra mis pensamientos un poco más y luego saqué mi teléfono.

Intenté llamar a Cara pero inmediatamente saltó el buzón de voz. Me quedé mirando el teléfono un minuto más y luego busqué entre mis contactos el nombre de Justin. Me había dado su número un día en el bar, hace un tiempo. Dudé un momento y me apresuré a enviarle un mensaje:

Hola, te necesito. ¿Puedes venir al bar esta noche?

Vi aparecer los tres puntos. Estaba escribiendo.

Justin: *Claro.*

Bloquéé el teléfono y lo metí en el bolsillo trasero. Debería haberme alegrado de que viniera pero sin embargo, me sentí culpable. No me sentía bien utilizando a alguien, y eso era justo lo que estaba haciendo. Era también lo que había hecho hacía unos días. Sí, fue increíble. Dios, sí. Y no me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba, pero no estaba bien. Justin parecía un buen tipo y no se merecía esto.

Además, las cosas podrían complicarse. El sexo era increíble pero a menudo venía con equipaje. Aunque él no quería nada serio y yo tampoco, no podía ser tan simple. Alguna de las dos partes, en algún momento, siempre quería más.

Debería centrarme en el bar. Este era mi sueño. Aunque una pequeña parte de mí sentía que también debía centrarme en mi hermana. Por mucho que me cabreara y por muy agravante que fuera el encuentro de esta noche con ella, me necesitaba. No, no podía darle miles de dólares, ni lo haría si pudiera. Ella no necesitaba dinero. Necesitaba amor y alguien que la orientara en la dirección correcta. En el pasado, siempre la ayudaba sin hacer preguntas y eso no nos llevó a ninguna parte. Quizá esta vez pensar con el corazón ayudaría.

"¿Estás bien, cariño?", me preguntó Brett, sacándome de mis pensamientos.

Parpadeé un par de veces y volví a la barra. Podría seguir pensando en mi hermana más tarde.

"Sí, estoy bien", y esboqué una gran sonrisa.

"¿Era tu hermana?", preguntó.

"Sí. ¿Cómo lo supiste?".

Señaló divertido su pelo.

"Ah claro, la pelirroja".

"Es peleona".

"No tienes ni idea", dije, negando con la cabeza.

"¿Te viene de familia?", y me dedicó una sonrisa socarrona. No estaba de humor para esto.

En ese momento, la puerta del bar se abrió y sentí un alivio inmediato al ver a Justin de pie en la puerta. Pero entonces me di cuenta de que estaba a punto de acabar, lo que fuera que hubiera entre nosotros. No podía recurrir a él siempre que estuviera estresada. La vida no funcionaba así y él no me debía nada.

Me vio detrás de la barra y se acercó.

"¡Hola, Justin!", gritó Andy.

Justin levantó la mano y lo saludó. ¿Cuándo se habían hecho amigos? pensé para mis adentros. Era bastante mono. Tomó asiento junto a Brett. Qué incómodo.

"Hola", dije en voz baja.

"Hola". Levantó la ceja expectante.

De repente me sentí muy cohibida. Tenía el pelo húmedo por la ducha y llevaba una sudadera con capucha. Parecía casualmente atractivo. Tragué saliva. ¿Dónde estaba ahora la confianza de

cuando le había pedido sexo descaradamente? Quizá un trago de tequila me ayudaría.

En lugar de eso, llamé a Andy.

"Oye, ¿puedes vigilar el bar un momento?".

Andy nos miró a los dos y trató de no sonreír. Le lancé una mirada que rápidamente hizo que borrara su sonrisa. Aunque no le dije lo que pasó en el *loft*, no era difícil de adivinar.

"Entendido, jefa", carraspeó, nervioso.

Me agaché bajo la barra y cogí la mano de Justin. Sus dedos se entrelazaron con los míos y creí que iba a vomitar las mariposas que tenía en el estómago. Brett nos miró con el ceño fruncido mientras nos alejábamos. Le oí murmurar en voz baja: "Imbécil con suerte". Llevé a Justin escaleras arriba hasta el desván. Me resultaba demasiado familiar pero esta vez había menos urgencia. Y no habría sexo de por medio. Solo necesitaba disculparme.

Capítulo 12

Justin

Seguí a Bridget por las escaleras, que ya me resultaban familiares, hasta el desván. No tiraba de mí para que la siguiera. En lugar de eso, mi mano se apoyaba suavemente en la suya y su agarre era mucho más suave. Algo era diferente esta vez. No estaba decidida. Se sentía derrotada y yo me pregunté qué pasaba.

No sabía qué esperar cuando su nombre apareció en mi pantalla esa noche. Estaba cenando en casa después de un largo día de trabajo sin intención de ir a ningún sitio. Aun así, una parte de mí se emocionó al ver su nombre en la pantalla, y más aún que quisiera volver a verme, justo esa noche.

No habíamos hablado ni nos habíamos visto desde nuestra tarde juntos en ese mismo *loft* al que me estaba llevando. Había pensado en mandarle un mensaje o llamarla, pero a diferencia de ella, que sí tenía mi número, yo no tenía el suyo. Podría habérselo pedido a Cleo, pero no quería parecer demasiado desesperado.

Cuando recibí su mensaje, me duché rápidamente y me puse ropa holgada y cómoda. Quería mostrarme despreocupado al encuentro. Aun así, verla esa noche tan guapa detrás de la barra me hizo preguntarme si una vieja sudadera universitaria era la mejor opción para nuestra cita.

Desbloqueó la puerta y la abrió de un empujón, presionando contra ella para dejarme pasar. Entré en la habitación y me quedé con las manos en los bolsillos expectante de lo que podía ocurrir a continuación. ¿Iba a volver a lanzarse y besarme? No podía saberlo, pero una parte de mí esperaba que sí lo hiciera.

Vi cómo cerraba la puerta del desván y me di cuenta de que esta vez no la había cerrado con llave. Se dio la vuelta lentamente y me miró nerviosa. Levanté los hombros y miré a mi alrededor. ¿Por qué esta vez estaba tan nerviosa?

Se dirigió hacia el sofá verde y se sentó. Yo la seguí, me senté a su lado y los dos empezamos a hablar al mismo tiempo.

"Así que...", dijimos al unísono.

Ella soltó una carcajada silenciosa.

"Tú primero", dije.

Asintió con la cabeza antes de respirar hondo. "Lo siento", soltó.

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendido, y busqué en su cara el motivo de su disculpa.

"Lo del otro día no es típico en mí... Básicamente te pedí sexo, y no puedo creer que lo hiciera así", dijo, frotándose las palmas de las manos contra las mejillas, avergonzada.

"No sé por qué lo hice. Quiero decir, fue genial. De hecho, increíble. No me malinterpretes, pero como que no puedo dejar de pensar en ello...". Ahora estaba divagando y la dejé seguir porque era precioso verle hablar de esa manera.

"Me siento tan mal por ello... Necesito encontrar formas más sanas de lidiar con el estrés que pedirle a un tío bueno cualquiera que me ayude a despejarme. Quiero decir, no es que seas un chico cualquiera. No estoy tan loca. Te conozco, más o menos. Cleo. Kenny. Ya sabes lo que quiero decir... Lo siento mucho".

Parecía a punto de continuar o de echarse a llorar, así que la interrumpí antes de que pudiera seguir preocupándose aún más. Le cogí las manos y se las estreché con fuerza, atrapando su mirada con la mía.

"¿Podrías no hacer eso?", pregunté con calma.

"¿El qué?", preguntó ella, parpadeando las lágrimas.

"Disculparte".

Me miró durante un segundo antes de apartar la mirada, pero con mi mano incliné suavemente su cabeza hacia atrás para que sus ojos se encontraran con los míos.

"Accedí voluntariamente a lo que fuera a pasar en esta habitación. Y fuera lo que fuera, fue increíble. Y consentido, si me permites", continué.

Me dedicó una fugaz sonrisa.

"¿Crees que no sé lo que firmé cuando me pediste que me acostara contigo?".

Se encogió de hombros.

"Quizá pensaste que no te había entendido. Como si hubieras dicho: ¿Quieres comer huevos conmigo? Y que yo subiera aquí esperando desayunar a mitad del día. Pero no. Te oí alto y claro, y me apetecía tanto como a ti".

Ella se rió de todo eso. "Eres ridículo, ¿lo sabías?", preguntó, secándose una lágrima.

"Lo sé. ¿Pero sabes qué pasa?".

"¿El qué?".

"Que no me molesta en absoluto lo que ha pasado".

Y así era. Me sorprendió que estuviera sentada aquí llorando y disculpándose por lo que pasó entre nosotros. No había nada por lo que disculparse. Claro está, me había dejado en la cama un poco aturdido y confuso, pero la vida a veces era así.

Había seguido el consejo de Kenny y me había sentado a hablar con Cleo en la barbacoa de después. Estaba tan sorprendida como Kenny al enterarse de lo que había pasado con Bridget. Normalmente no era de los que ligan y luego cuentan las batallas, pero eran mis amigos, conocían a Bridget mejor que yo y solo quería hacerme una idea de la situación.

Me explicó que sentía mal por haberme tratado así y que probablemente me sentía desconcertado porque era la primera vez que me pasaba algo así. ¿Cuántas veces había salido de casa de una mujer en mitad de la noche o a primera hora de la mañana siguiente? Demasiadas para contarlas, pero ahora sabía lo que se sentía, y sí, no era agradable.

"¿Por eso me has llamado esta noche?", le pregunté, mirándola pensativamente.

"Bueno, no iba a ser por el desayuno". Se encogió de hombros.

Me dio la risa. Esa era la chica que yo conocía. Humor, segura de sí misma y muy sexy.

Me incliné hacia delante y la acerqué. Ella enterró su cara en mi pecho y yo cogí aire. Respiré su perfume mezclado con el lúpulo de la cerveza. Me gustó. La sentí soltar un suspiro y hundirse más en mí. Le rocé el pelo con los labios y le di un beso tímido. Nos quedamos un rato en silencio sin movernos. Esto no era lo que esperaba al venir aquí esta noche. Imaginaba algo completamente diferente, pero esto era igual de bueno.

De pronto se apartó un poco y me miró. Me costó mucho no inclinarme y besarla, pero no creí que fuera eso lo que quería. Me pregunté si iba a volver a quererlo en algún momento. La idea de que habernos acostado juntos fuera cosa de una sola vez me formó un nudo en la garganta.

"Gracias", dijo en voz baja.

"¿Por qué?".

"Por no ser un gilipollas".

"¿Le das las gracias a la gente por eso hoy en día?".

Se rió.

"Mira, si vuelves a necesitarme para eso", y mis ojos se desviaron hacia la cama, "me encantaría".

"Dios mío", dijo, con la voz una octava más alta que antes.

"Lo digo en serio. O cualquier otra cosa... Incluso una cita".

Soltó mis brazos y me miró sorprendida. Yo contuve una sonrisa y me encogí de hombros. Lo decía completamente en serio. Quería llevarla a una cita, y eso no era común en mí.

"¿Una cita? ¿Contigo?".

"No me importaría en absoluto".

Arrugó la frente como si no me creyera. Le había dicho que no quería asentar la cabeza y ahora estaba aquí, sentado, pidiéndole una cita. Probablemente estaba flipando.

"Lo digo en serio, cita aparte. Si alguna vez me necesitas, llámame".

Asintió y me dedicó su sonrisa favorita. Sus labios se curvaron hacia un lado y apretó ligeramente la nariz. Perfecto, pensé.

"Será mejor que vuelva al bar", dijo, mirando la puerta del *loft*.

"Caray, será mejor que vuelva a casa". Miré el reloj de mi teléfono. Era casi medianoche. Mierda. De repente recordé que tenía que prepararme para una reunión importante mañana.

"¿Todo bien?", preguntó, con curiosidad.

"Sí, cosas del trabajo".

Grandes cosas de trabajo. Tenía una reunión temprano por la mañana que, si lograba llevarla bien, seguramente enfadaría a mis padres. Quizá incluso lo suficiente como para que me ignoraran por completo, o al menos por un tiempo. Desde que mi padre le había metido en la cabeza a mi madre que volviera a casa y a trabajar para él, no me había dejado en paz. Llamadas. Mensajes de texto. Correos electrónicos. Todo en ese tono culpabilizador de "pero si soy tu madre". Y ya no podía más.

Por eso, cuando me ofrecieron esa reunión con un par de amigos y clientes de toda la vida de mis

padres, supe que tenía que aceptar. Dijeron que buscaban a alguien un poco más joven que estuviera al día en el mundo de las finanzas. Obviamente, no les habían dicho a mis padres que pensaban en buscar a otra persona, y menos si esa persona era yo. Disfrutaría mucho ver su cara de asombro si lograba ganarme esos clientes.

Normalmente no era de los que hacían eso, pero mi padre nunca había demostrado que realmente se preocupara por mí más allá que como empleado, y yo no le debía nada. Además, si robarles los clientes para ayudarles con sus inversiones les traía más dinero, entonces no era una cuestión de moral para mí. Estaba ayudando a alguien a tener éxito. O al menos eso me decía a mí mismo.

El verdadero reto era que tenían muchas inversiones en el extranjero y tenía que analizar los archivos que me habían enviado por quinta vez. Por mucho que prefiriese quedarme aquí con una chica tan guapa, tenía trabajo que hacer. Y ella también, por eso me gustaba. Era más que una chica guapa. Era una jefa, dueña de un negocio. Todo un éxito.

"Bueno, buena suerte con tus cosas del trabajo", dijo con aire entrecomillado.

Yo me reí. No era mi intención sonar tan misterioso.

"Lo siento, es que tengo una reunión importante por la mañana. Tan importante que quizá necesite aliviar algo de estrés". Le guiñé un ojo.

"Oh, Dios mío". Me golpeó en el brazo y me miró de forma juguetona.

"Ay". Me froté dramáticamente el brazo.

"Te odio", me dijo.

"Tú me quieres". La cogí de las manos y tiré de ella para que se levantara.

"Ya te gustaría", susurró, dándose cuenta de repente de lo cerca que estábamos.

"Puede que sí". No pude evitarlo, sus ojos verdes parecían hoy más claros y me miraban, así que me incliné y la besé suavemente. La sentí exhalar dentro de mí, como si todo el estrés del día se desvaneciera. Yo podía ser esto para ella, su alivio para el estrés. Pero solo si ella quería.

Me separé lentamente. Sus ojos seguían cerrados y su boca formaba una pequeña sonrisa. Le rocé suavemente los labios con el pulgar.

"Le dejaré que vuelva al trabajo, jefa", y saludé antes de dirigirme a la puerta. La miré antes de abrirla y bajar las escaleras. Ella se quedó cruzada de brazos, moviendo la cabeza lentamente con expresión divertida.

Yo solo esperaba que no fuera mi última vez aquí arriba con ella, haciendo todo o nada. No importaba, mientras ella estuviera ahí. Igual no era capaz de matar dragones de verdad, pero pasara lo que pasara, quería estar a su lado.

Capítulo 13

Bridget

Vi cómo Justin salía por la puerta del *loft*. No sólo rezumaba encanto, sino que había sido muy comprensivo con todo el tema del sexo. Probablemente vino aquí esperando otro polvo y en lugar de eso le vomité encima todo lo que pensaba, pero no pareció importarle. De hecho, escuchó muy atentamente. Tal vez me equivoqué con él y era un buen tipo. ¿Y acababa de pedirme una cita? Sacudí la cabeza mientras intentaba asimilarlo todo.

Necesitaba hablar con alguien. Hacía tanto tiempo que no me involucraba emocionalmente con otra persona que necesitaba una charla de chicas. Me acerqué a la puerta del *loft* y me asomé por las escaleras. El bar estaba lleno pero mi personal lo llevaba bien. Podía hacer una llamada rápida y volver a bajar.

Saqué el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros y navegué hasta encontrar el nombre de Cleo. Pulsé el botón de llamada y esperé que no fuera demasiado tarde.

"¿Diga?", contestó ella grogui. Inmediatamente me sentí mal.

"Hola, Cleo. Siento que sea tan tarde".

"¿Bridg? ¿Va todo bien?". Sonaba más despierta ahora, con un tono de preocupación en su voz.

"Sí, sí. Va todo bien. Siento haberte asustado".

"¿Qué pasa?".

"Bueno, Justin se acaba de ir, y...".

"Necesitas una charla de chicas a altas horas de la noche", terminó mi frase.

"Sí. Básicamente".

Soltó una pequeña carcajada. "Últimamente me siento como si fuera la terapeuta de todo el mundo".

"¿Qué quieres decir?".

"Tuve una charla íntima con Justin la otra noche".

"Espera, ¿en serio?". Esto era nuevo para mí.

"Mmm...".

Hice una pausa, no quería parecer demasiado ansiosa.

"Entonces, ¿de qué hablasteis?", pregunté con indiferencia.

"Bueno, sé que tuvisteis sexo".

"¡Cleo!", grité, alzando la voz avergonzada.

Sí, Cleo era mi amiga pero nunca habíamos hablado de relaciones ni de sexo. Cuando ella trabajaba aquí, mi vida era el bar y no había tiempo para nada más.

"No te enfades con él. Sólo intentaba explicarme lo ocurrido y, sinceramente, parecía un cachorro perdido. Tuve que ayudarlo".

"Genial", murmuré.

"Así no. No entró en detalles, pero dijo que habías pedido un polvo a mitad del día. Tengo que decir que me sorprendió, en el buen sentido. Bien por ti por hablar y conseguir algo. Las mujeres también tenemos necesidades".

"Dios mío, Cleo".

"¿Qué? Es la verdad".

"Bueno, ¿qué más te dijo?".

"Dijo que estaba confundido. Creo que lo pillaste desprevenido, y luego dijo que te fuiste sin más, de forma bastante fría".

Suspiré. "Lo sé, lo sé. No sabía qué hacer. No es que me arrepintiera... en absoluto. Creo que me dejé llevar por el drama de mi vida y necesitaba un respiro. Cuando terminamos, pensé que sería mejor irme antes de que se complicara más la cosa".

"Bueno, ¿y se complicó menos esta noche?".

"Creo que se complicó más".

"Oh...".

"No volvimos a follar. De hecho me disculpé porque sentí que lo había utilizado, algo que en realidad sí hice".

"Bueno, ¿entonces qué pasó?".

"Creo que me ha pedido una cita".

Cleo chilló al otro lado de la otra línea, perforando mi tímpano.

Oí a Kenny murmurar a su lado, medio dormido.

"Justin le ha pedido una cita a Bridget", le dijo emocionada.

"Ya era hora. Me vuelvo a la cama, nena", murmuró.

"Entonces, ¿qué dijiste?", preguntó ella, tratando de bajar la voz.

"No he dicho nada".

"¿Qué? ¿Por qué?".

"No lo sé. Realmente no estoy buscando una relación, y no pensé que él lo hiciera".

"Dios mío, Bridget. No te ha pedido que te cases con él".

Asentí. Quizá tenía razón y me estaba adelantando demasiado.

"Sí, lo sé".

"Te mereces que te invite a cenar. Justin es un buen tipo. Además, está bueno", susurró la última parte.

"Vale, vale. Lo pensaré. Gracias, Cleo".

"Cuando quieras. Bueno, cuando quieras no. Sabes que es más de medianoche, ¿verdad?".

No pude evitar soltar una carcajada.

"Intentaré mantener mis problemas de chica durante las horas de trabajo. Vuelve a la cama. Adiós".

Colgué y ya me sentía mucho mejor. Estaba complicando las cosas antes incluso de que empezaran. Justin seguía demostrando que era diferente, en el buen sentido. Ya sabía que era bueno en la cama y, honestamente, no podía dejar de pensar en ello. Una cita podría ser divertida. Le enviaría un mensaje mañana.

Con una sonrisa en mi cara, me bajé al bar y volví a la barra. Andy me miró con curiosidad pero me limité a decir "gracias" al pasar. El bar se iba vaciando a medida que nos acercábamos a la hora del cierre. Me di cuenta de que el tipo de la barra había pagado y que había dejado una mísera propina. Estaba claro que flirtear con él y luego irse con otro le había dejado mal sabor de boca. Puse los ojos en blanco mientras cogía el dinero y lo echaba en el tarro de las propinas que había detrás de la barra.

La puerta del bar se abrió y entró un hombre. Me resultaba familiar. Le observé mientras se dirigía a la barra, intentando situarle. Llevaba traje, el pelo engominado y peinado hacia atrás. Bonito reloj. Era el tipo que había estado aquí con Cara, el que parecía estar vigilando el local. Afortunadamente hacía bastante que lo veía pero ahora estaba aquí, y tuve un mal presentimiento.

"Hola, ¿qué desea?", le pregunté, esbozando una sonrisa mientras se sentaba en la barra.

"Whisky. El mejor, con un cubito de hielo".

"Enseguida". Le di la espalda para prepararle la bebida pero noté que me miraba a mí y a la barra. No me gustó nada.

Le serví su bebida. "Te he visto antes, ¿verdad?", pregunté con tono despreocupado.

"¿Sí?", preguntó encogiéndose de hombros.

Bebió un sorbo de whisky y dejó el vaso. Me miró y tamborileó con los dedos sobre la encimera. ¿A qué estaba jugando?

"Soy Lenin", dijo finalmente, tendiéndome la mano.

"Bridget. Soy la dueña del local". Le tendí la mano y se la estreché con firmeza. Esperaba que fuera lo suficientemente firme como para hacerle saber que no me intimidaba.

"Lo sé".

Lo miré con curiosidad.

"Conozco a tu hermana, Cara. Verás, en realidad soy prestamista".

Tragué saliva. Eso no sonaba bien.

"¿Ah sí?" pregunté, echándome una bayeta de barra al hombro y apoyándome en la encimera. No quería que notara que por dentro empezaba a ponerme nerviosa.

"Sí. Le presté a tu hermana diez de los grandes. Dijo que podía devolverlo, pero no he visto ni un céntimo. Tampoco he vuelto a ver a tu hermana".

En mi mente se agolpaban las razones por las que Cara necesitaba tanto dinero y por qué había acudido a ese tipo para que se lo prestara. Mi hermana había tomado malas decisiones antes, pero

esto parecía una imprudencia. Podía decir que el tipo tenía mala pinta solo con mirarlo.

"Yo tampoco la he visto", mentí.

Se cruzó de brazos y me miró poco convencido.

"Mi hermana va y viene a su antojo. Nunca sé dónde está ni qué hace. Por lo que sé, podría estar en otro país. No siempre tenemos buena relación", continué.

"De todas formas, no la necesito". Una sonrisa malvada cruzó sus labios.

"¿Ah, no?", pregunté.

Lenin se inclinó y apoyó los codos en la barra, mirándome con una exagerada sonrisa que me hizo estremecer.

"Verás, tu hermana te utilizó como avalista para el préstamo...".

"¿Qué? Eso no es posible. No te conozco de nada y jamás accedería a eso", dije, alzando la voz.

"En realidad, sí. Aquí tengo los papeles". Colocó un maletín sobre el mostrador y sonó con un fuerte estruendo. Algunos clientes miraron con curiosidad pero les sonreí para asegurarles de que todo iba bien, cuando en realidad no era así.

Lenin abrió el maletín y sacó un contrato de préstamo. Lo hojeé rápidamente y mis ojos se posaron en la parte inferior de la página. Mi firma aparecía claramente debajo de la de Cara. Respiré hondo. ¿Cómo podía ser?

"Yo no he firmado esto".

"Está certificado ante notario, cariño". Lenin dio un golpecito al papel, discrepando.

"Mentira", dije, sonando muy seca.

"Mira, está todo aquí, en papel". Volvió a meter el documento en el maletín y lo cerró con cuidado.

"Si tu hermana no puede conseguir el dinero, tendrás que hacerlo tú".

"No. No tengo tanto dinero".

"Tienes diez días", continuó, como si no oyera mis protestas. Recogió su maletín y echó otro vistazo al bar. Ahora entendía que estaba vigilando el local porque podría terminar siendo suyo. No podía soportar la idea de que eso ocurriera. Le observé impotente mientras salía por la puerta.

Me abrí paso a través de las puertas de la cocina y salí corriendo al callejón de atrás para sentir el aire fresco de la noche. Respiré hondo varias veces y apoyé la mano en la pared para sostenerme. Sentí que me iba a desmayar. ¿Cómo me había metido en ese lío? ¿Cómo pudo Cara hacerme esto?

Saqué el teléfono del bolsillo trasero y recorrí rápidamente mis contactos hasta que encontré su nombre. Pulsé el botón de llamada e inmediatamente saltó el buzón de voz. Volví a intentarlo. Lo mismo. Su teléfono estaba apagado. Lo agarré con fuerza mientras mi mente empezaba a nublarse.

"¡Joder!". Grité al cielo.

Pateé el asfalto antes de caer para sentarme en un bordillo. Dejé caer la cara entre mis manos y luché contra las lágrimas que amenazaban con salir. Me sentía completamente impotente. Nada

de esto tenía sentido, pero encima se trataba de Cara. Claro que tenía sentido. Estaba metida en otro de sus líos, pero este era el mayor de todos. Tenía que encontrarla.

Me senté y pensé en llamar a mi padre, pero era tarde. Ya había pasado su hora de acostarse y no quería cargarle con este lío. Necesitaba estar tranquilo, y eso significaba mantenerlo a un lado. Incluso me planteé llamar a mi madre, a la que hacía tiempo que no veía ni hablaba con ella. Tal vez ella había oído hablar de Cara, o sabía dónde podría estar. Pero no sabía si quería seguir por ese camino.

Quería a mi madre, pero la mayor parte del tiempo no me caía bien. Ella y mi padre se habían divorciado hacía tiempo. Fue un trámite amistoso, pero yo sabía que él no amaría jamás a otra mujer como la amaba a ella. Y no lo hizo. Nunca se volvió a casar, ni siquiera consideró la idea. Si no podía tenerla, se conformaba con estar solo. Eso me rompía el corazón, pero sabía que eran más felices separados.

Cuando enfermó, pensé que mi madre al menos volvería para ver cómo estaba o se ofrecería a cuidarlo. Después de todo, habían compartido veinte años juntos. Pero no, ella estaba fuera viviendo su vida con su nuevo marido y sus hijos. La salud y el bienestar de mi padre recaían exclusivamente sobre mí.

Y ahora todo esto recaía sobre mí. No tenía diez mil dólares para salir de este lío, y si no podía conseguirlos, lo más probable era que perdiera el bar. Aquel pensamiento hizo que rompiera a llorar. Todo el trabajo duro que mi padre había invertido en el local se esfumaría. Mi sueño de dirigir el bar me sería arrebatado. Todo esto se perdería a manos de mi hermana y de este sucio usurero. No podía dejar que eso sucediera, pero ¿cómo podía impedirlo?

Capítulo 14

Justin

Intenté ocultar la sonrisa que amenazaba con cruzar mis labios mientras observaba a mi nuevo cliente firmar los documentos que tenía delante. En lugar de concentrarme en su bolígrafo deslizándose por el papel, tomé un sorbo de café y miré a mi alrededor. Cleo estaba detrás del mostrador empaquetando unos cruasanes de almendra. Vio que la estaba mirando y me lanzó una mirada interrogativa, seguida de un pulgar hacia arriba o hacia abajo.

Le di un rápido pulgar hacia arriba y ella aplaudió. Decidí celebrar mi reunión matutina en la pastelería de Cleo. Era el lugar perfecto. No demasiado serio y con deliciosos pasteles para empezar la mañana. A mis clientes les encantó en cuanto mordieron sus *cronuts* de canela recién fritos. ¿Ves, papá? No hace falta un despacho lujoso para firmar grandes contratos o hacer grandes negocios. Sonreí para mis adentros.

"Bueno, creo que con esto está todo dicho", dijo el señor Robinson, deslizando los papeles sobre la mesa.

Lo revisé detenidamente para asegurarme de que todas las líneas estaban firmadas y rubricadas.

"A mí me parece bien. Estoy deseando que trabajemos juntos". Le tendí la mano y se la estreché a él y a su mujer.

"Espero que no haya resentimientos con tu padre", dijo preocupada la señora Robinson.

"No", y le hice un gesto con la mano, aunque sabía que sí los habría.

"Es solo que aunque no somos unos jóvenes, tenemos que asegurarnos de que nuestras inversiones van con los tiempos. Hemos visto tu cartera y eres el hombre adecuado para este trabajo", dijo el señor Robinson.

"Están en buenas manos", le aseguré, con un sólido movimiento de cabeza.

"Bueno, tenemos que coger un avión". El señor Robinson se levantó de su silla. "¿Le enviaré mis copias por correo electrónico a mi secretaria?".

"Sí, por supuesto. Se las enviaré al final del día. ¿A dónde van ustedes dos?".

"Bora Bora", dijo la señora Robinson, inclinándose hacia su marido amorosamente.

"Ahh".

"¿Has estado allí?", preguntó.

"La verdad es que no. Espero poder ir algún día".

"Oh, deberías. Es el destino romántico perfecto. ¿Tienes una dama especial a la que puedas llevar?".

La cara de Bridget apareció fugazmente en mi mente. Sonreí, pero negué con la cabeza. Más despacio, Justin.

"De momento, no", dije.

"¿Un chico guapo como tú? Me cuesta creerlo".

"Vale, cariño. Vámonos. No queremos perder el vuelo". El señor Robinson me dio una palmada en el hombro y condujo a su mujer hasta la puerta de la panadería. Cuando estuvieron fuera de vista, levanté el puño. Acababa de conseguir al cliente más importante de mi lista y se lo había robado a mi padre. Me sentía muy bien.

"Parece que ha ido bien", dijo Cleo mientras caminaba detrás de mí.

"Así es. Tal vez este sea mi nuevo lugar de la suerte". Miré alrededor de la panadería.

"Sería un honor, sobre todo después de la propina que me dejaron. ¿Quiénes son?".

"Unos grandes de la industria textil".

"Bueno, enhorabuena. Quizá puedas celebrarlo esta noche. He oído que le has pedido salir a Bridget". Me miró enarcando las cejas.

¿Cómo es que ya lo sabía? Apenas fue anoche cuando la invité a salir. Debían de haber hablado, y parecía que la conversación había pesado mucho a mi favor.

"Puede ser, pero esta noche no puedo. Me voy a casa, a Boston. Mi madre no deja de rogarme que vaya a verles".

"Bueno, buen viaje y enhorabuena". Cleo me dio un apretón en el brazo y volvió detrás del mostrador para ayudar a un cliente.

Recogí mi maletín y me dirigí a casa para preparar la bolsa de viaje.

Metí rápidamente lo imprescindible y caminé hacia el aparcamiento. Me apetecía hacer un viaje largo en coche. Mis padres no sabían que iba a ir, pero pensé que podría darles una sorpresa. Tal vez la visita suavizaría el golpe de llevarme a uno de los clientes más importantes de mi padre.

Las cuatro horas de viaje se me pasaron volando. Tenía las ventanillas bajadas y mi grupo favorito sonando por los altavoces. No tardé en llegar a la casa de mis padres por el largo camino rodeado de árboles. Vi que había varios coches en la entrada. Debían de tener visita.

Aparqué el coche y subí los escalones del porche. Pude escuchar música suave procedente del patio trasero. Llamé al timbre y esperé un minuto. Como no vino nadie, llamé antes de usar el picaporte. La puerta estaba abierta. Entré en el gran vestíbulo y seguí la música.

En el patio había una mesa larga con flores frescas y bandejas plateadas con comida en el centro. En la cabecera de la mesa estaba sentado mi padre y en el otro extremo, mi madre. Entre ellos había unas veinte personas disfrutando del almuerzo y charlando. Quizá debería haberles avisado de que venía, pero mi madre llevaba semanas rogándomelo por teléfono.

Entré y mi madre levantó la vista de repente. La mesa se quedó en silencio y la saludé con un gesto tímido.

"¿Justin?", dijo, mirándome confusa. "¿Qué haces aquí?".

"Sorpresa". Me encogí de hombros.

Ella miró a mi padre antes de levantarse de su asiento. Me dio un abrazo y un beso en cada mejilla. Estaba claramente con una actitud profesionalmente amistosa, a pesar de que yo era su hijo y hacía meses que no me veía.

"Supongo que debería haber llamado", dije en voz baja.

"¿Cuándo haces lo que deberías?", comentó mi padre mientras se acercaba.

"Hola, papá".

"Ahora no es un buen momento, hijo".

"Allen...", dijo mi madre en voz baja.

Le lanzó una mirada severa. Me puso la mano en la espalda y me llevó de nuevo hacia la puerta.

"Lo siento, cariño, tu padre tiene razón. No es el mejor momento. ¿Por qué no vuelves más tarde?".

"¿Hablas en serio?", pregunté, sin poder creer que me estuviera echando.

"No te esperábamos, cariño, y como ves, tenemos compañía". Miró hacia fuera y sonrió a sus invitados con nerviosismo, como si yo fuera una bomba de relojería.

"Me has estado literalmente rogando que volviera a casa, y ahora que estoy aquí, ¿me pides que me vaya?".

"Por favor, Justin, sabes que me alegro de verte. Vuelve más tarde".

"Sheri. Tu comida se está enfriando", llamó mi padre. Estaba de vuelta en la cabecera de la mesa y parecía molesto.

No podía creerlo. Me estaban echando como si fuera la oveja negra de la familia o algo así. Después de hacerme sentir culpable para que volviera a casa semana tras semana, ahora mi madre me estaba pidiendo que me fuera, que volviera más tarde. Sentí que en mi cara empezaba a notarse la rabia, pero tragué saliva e intenté mantener la calma. Respiré hondo y cogí los papeles que asomaban de mi bolso. Era el papeleo de la reunión de esta mañana. Se los tiré en el pecho, pillándola desprevenida.

"Toma. Pensé que querías ver esto antes de que se hiciera público".

Ella miró los papeles, confusa.

"No voy a volver más tarde, madre. Parece que olvidé que en realidad no te importo".

Dejé a mi madre de pie en el patio, con los papeles en las manos y mirando tras de mí con tristeza. No me molesté en despedirme de mi padre, que se disculpaba con sus invitados. ¿De qué? ¿De su hijo que volvía a casa para sorprender a sus padres? No llevaba ni cinco minutos allí y ya estaba entrando en el coche para volver a Boston. Cerré la puerta de un portazo y salí de la calzada.

Pensé que después de un rato en la carretera me tranquilizaría, pero a mitad de camino todavía estaba furioso. Decidí parar en Connecticut. Quizá una noche en otra ciudad me vendría bien para olvidarme de todo. Me detuve en un casino a la salida de la autopista, le dejé el coche al aparcacoches y cogí mi bolsa de viaje del asiento delantero.

Después de registrarme en recepción, subí en ascensor a la suite del ático. Era demasiado grande para mí solo, pero pensé, ¿qué más da? Quizá terminaba subiendo a alguien conmigo esa noche. Dejé la maleta en el dormitorio y me desplomé en la cama. No sabía si del viaje o del drama familiar, pero estaba agotado. Cerré los ojos y me dormí.

Me desperté unas horas más tarde, muerto de hambre. Me metí en la ducha para asearme un poco antes de ponerme unos vaqueros y una camiseta. Bajé en ascensor y entré en uno de los bares-

restaurante. Era un sitio tipo parrilla americana con una gran barra en el centro.

Me senté en la barra y me puse cómodo en el taburete. De pronto me percaté de que mi móvil estaba vibrando. Lo saqué del bolsillo y vi que tenía cinco llamadas perdidas de mi madre, así que escuché uno de sus mensajes de voz.

"Justin, cariño. Siento mucho cómo hemos dejado las cosas hoy. Por favor, vuelve. Ya se han ido los invitados".

Puse los ojos en blanco mientras borraba el mensaje y reproducía el siguiente.

"Justin, tu padre acaba de revisar el papeleo. ¿Cómo has podido hacerle esto?".

Borrar.

"Justin, sé que no siempre estamos de acuerdo, pero no puedes vengarte con los asuntos de tu padre. Eso no está bien".

Borrar.

Suspiré mientras dejaba el teléfono sobre la barra del bar. Levanté la vista y vi a una camarera guapa frente a mí. Tenía el pelo rubio y corto, justo por debajo de las orejas, y los labios rosados fruncidos mientras me miraba pensativa.

"Parece que te vendría bien una copa", me dijo.

"No tienes ni idea. Tomaré un...".

"Espera. No me lo digas", me interrumpió.

La miré y enarqué una ceja.

"Whisky con hielo".

"¿Cómo has...?".

"Es un regalo". Me guiñó un ojo y se alejó para coger un vaso y el mejor whisky.

La observé un momento, fijando mis ojos en la falda corta que dejaba poco a la imaginación. Tal vez podía ser ella la que subiera a mi habitación esa noche.

Volvió sosteniendo un vaso con una generosa cantidad de líquido ámbar intenso.

"Lo he hecho doble para ti", y me lo acercó.

"Eres buena", le sonreí. La mayoría de los hombres que conocía bebían whisky o cerveza, así que no era tan impresionante, pero pensé en subirle el ego.

"Lo sé". Se inclinó sobre el mostrador y apoyó la barbilla en las manos, mirándome a través de las pestañas. "Entonces, ¿qué te deprime?".

Bebí un sorbo de whisky.

"No estoy de humor para hablar de ello".

"Me parece bien no hablar". Se mordió el labio mientras miraba el mío.

"Es bueno saberlo".

Tomé un sorbo generoso de whisky y luego otro, terminando el vaso. Sacó una botella de detrás del mostrador y me sirvió otro. De pronto, un cliente se sentó al otro lado de la barra, llamando su atención. Dio un pequeño suspiro de frustración antes de volver a mirarme.

"No te vayas. Por cierto, salgo dentro de una hora".

La vi alejarse. Consideré la posibilidad de pasar más tiempo con ella. Era guapa, de eso no había duda, pero no tenía un acento irlandés que me derritiera por dentro. Me lo pensé mejor y terminé mi copa. Dejé el dinero encima de la barra y salí del restaurante.

De vuelta en mi habitación, pedí un filete de buey y una patata asada al servicio de habitaciones. Me tiré en el sofá y cené mientras veía un reality show bastante malo. No era la noche que esperaba, pero estaba contento.

Capítulo 15

Bridget

Después del encuentro con Lenin anoche en el bar, tenía que encontrar a Cara. Pasé la mayor parte del día intentando dar con ella. Fui a todos sus sitios favoritos, o al menos los que frecuentaba antes de huir a Irlanda. Dios mío, esperaba que no estuviera en Irlanda, dejándome aquí con todo ese lío. Me seguía enfureciendo que me hubiera metido en esto. Sabía que si la encontraba, tendría que mantener la cabeza fría o saldría corriendo. No sabía si podría hablar de forma racional o con calma, pero tendría que intentarlo. Primero, debía encontrarla.

Probé suerte en su viejo bar favorito, que por supuesto, no era *Murphy's*. Ella tenía un resentimiento hacia el bar. Supuse que era envidia porque papá me había dejado entrar y tomar el mando, pero me había ganado mi sitio. Si ella hubiera mantenido la cabeza bien puesta, también se podría haber ganado su sitio en lo que quisiera en la vida. Ese bar era sórdido y todo lo que *Murphy's* no era. El dueño me dijo que no había visto a Cara y que encima tenía una cuenta pendiente desde hacía tiempo. Como no...

Probé en la lavandería donde el dueño a veces la dejaba dormir. Cuando entré y eché un vistazo a la fila de sillas donde seguramente había dormido mi hermana, sentí un poco de tristeza. ¿Cómo había llegado hasta ese punto? Por desgracia, el dueño no estaba y el encargado me hizo saber que estaba fuera de la ciudad. Saqué mi teléfono y le enseñé la foto de Cara, pero no le sonaba haberla visto.

Por mucho que no quisiera preocupar a mi padre, tal vez podría sacarle información. Entré en el garaje y me senté en el asiento, contemplando el jardín delantero. Cara y yo solíamos jugar en ese pequeño jardín. Sacábamos nuestra casa de muñecas y las arrastrábamos por la hierba y los rosales de mi madre, para consternación de ella. Entonces todo era muy sencillo. Mamá y papá estaban juntos y Cara y yo éramos las mejores amigas. Pero todo cambió en el instituto, cuando empezó a juntarse con la gente equivocada, algo que claramente siguió haciendo.

Un golpe en la ventana me sobresaltó un poco. Levanté la vista y vi a mi padre mirándome con una sonrisa en forma de interrogación. Bajé la ventanilla.

"Hola, papá".

"¿Vas a entrar o no?".

"Sí, claro. Perdona, estaba ensimismada en un recuerdo".

Subí la ventanilla y salí del coche, abrazando a mi padre como un oso. No sabía cuánto lo necesitaba hasta ese momento. Luché contra las lágrimas mientras me alejaba, esperando que no se diera cuenta.

"¿Qué haces aquí, cariño?", me preguntó.

"Pensé en pasar a ver cómo estabas".

"Me alegro de verte, pero ya me iba".

"¿Vas a salir?".

"Frank me metió en un juego de pickleball. ¿Qué diablos es el pickleball?", preguntó, frunciendo las cejas.

Yo me reí. "Es como el tenis, creo. ¿Y estás seguro de que es una buena idea, papá?".

"El médico dijo que algo de actividad moderada me vendría bien. No puedo estar encerrado en esa casa para siempre".

Asentí con la cabeza, tratando de contener mi preocupación. Mi padre llevaba un tiempo sano, recuperando fuerzas poco a poco. Quizá era hora de que volviera a vivir.

"Estaré bien, Bridg", dijo, como si me hubiera leído el pensamiento.

Le di otro abrazo y abrí la puerta del coche, sentándome en el asiento del conductor. Mi preocupación casi me había hecho olvidar la razón por la que estaba ahí.

"Ah, papá. ¿Has visto a Cara?", pregunté, con la mayor indiferencia posible.

"Sabes que no puedo seguirle el ritmo", respondió con un suspiro.

"Vale". Me mordí el labio.

"¿Va todo bien? No estará en problemas, ¿verdad?".

"No, no. Un amigo pasó anoche por el bar preguntando por ella".

"Mmmm." Parecía poco convencido.

Antes de que se me notara, le hice un pequeño gesto con la mano y cerré la puerta del coche. Había otro sitio para probar suerte y esperaba poder recordar dónde estaba. Conduje hacia el sur y giré por varias calles, examinándolas cuidadosamente. Tras varios giros en falso, por fin encontré el edificio de apartamentos que buscaba. Cara se había alojado ahí con una amiga el año pasado y, aunque pensé que era una posibilidad remota, tenía que intentarlo.

Aparqué y esperé a que alguien saliera del edificio para colarme dentro. Al cabo de diez minutos, apareció un repartidor de pizza. Le seguí al interior. Subí las escaleras poco iluminadas hasta el tercer piso y caminé por el pasillo. Era el apartamento seis. Levanté la mano para llamar, pero me encontré con un papel amarillo pegado a la puerta. Era un aviso de desahucio. Intenté llamar de todos modos, pero no respondió nadie. Probablemente hacía tiempo que se habían ido.

La frustración se apoderó de mí y no pude evitar soltar un gemido. Me apoyé en la puerta y me senté en el suelo, dejando caer las lágrimas. Me quedé ahí sentada unos minutos y entonces llegó el momento de usar mi última carta. Saqué el teléfono del bolso y marqué un número.

"¿Hola?", contestó la voz de mi madre.

"Hola, mamá", dije en voz baja.

"¿Bridget? ¿Eres tú?". Sonaba sorprendida. Habían pasado meses desde la última vez que hablamos.

"Sí, soy yo".

"¿Cómo estás, cariño?".

Oía música y gente charlando de fondo.

"Estoy bien. Aunque apenas te oigo".

"¡Oh, perdona!". Soltó una risita. Oí que la música y la gente empezaban a alejarse.

"¿Me oyes ahora?", preguntó.

"Sí, ahora mejor. ¿Dónde estás?"

"¡En las Bahamas! ¿Te lo puedes creer? Rick me ha regalado un viaje sorpresa. Tienes que venir algún día".

Puse los ojos en blanco. Claro, cuando por arte de magia encuentre diez de los grandes, así no pierdo el bar y solo tendré una deuda de por vida.

"Tal vez algún día".

"Entonces, ¿por qué me llamas, cariño?"

No sabía que necesitaba una razón para llamar a mi propia madre, pero a eso había llegado nuestra relación. No podía culparla por decir algo que algunos encontrarían ofensivo.

"Oh, sólo para ver cómo estaban las cosas. Hoy pasé por casa de papá y tuve muchos recuerdos".

"¿Ese lugar sigue en pie?". Se rió.

Ignoré su actitud respecto a la casa de mi infancia. No todo el mundo quería vivir en una fría y ostentosa mansión con Rick. Me cabreaba cómo mi madre se burlaba de la vida sencilla, ahora que tenía una nueva. ¿Cómo podía ser tan fría con la casa en la que crecimos? Y se preguntaba por qué no hablábamos durante meses.

"Los rosales no". Reprimí una sonrisa.

La oí resoplar por la otra línea. Funcionó.

"Probablemente tu hermana y tú los matasteis hace años".

"En realidad, papá los cuidó durante mucho tiempo. Hasta que enfermó".

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

"Por cierto, ¿cómo está?", preguntó finalmente.

"¿Quién?"

"Cara".

"Oh, Cara está siendo Cara. ¿Has hablado con ella últimamente?"

"No, hace meses que no sé nada de ella. Llama tan a menudo como tú, y cuando lo hace normalmente necesita algo".

Bueno, no hubo suerte. Oí que la música volvía a subir de volumen. Mi madre volvía a la fiesta. Claramente, nuestra conversación no era lo suficientemente interesante.

"Bueno, cariño, Rick me necesita para algo. ¡Es una conga! Me tengo que ir. Ha estado bien hablar contigo", y colgó.

Miré mi teléfono y sacudí la cabeza. Hay cosas que nunca cambian. Volví a guardar el teléfono en el bolso y me incorporé. Era hora de dejarlo y volver a casa.

Una vez allí, me dejé caer en el sofá y me puse el portátil sobre las rodillas. No sabía nada de prestamistas. Para eso tenía Google. Me pasé la hora siguiente buscando en Internet y leyendo historias de terror sobre otras mujeres que se habían visto en una situación similar.

Falsificaciones. Amenazas. Quiebras. Si antes no estaba lo bastante asustada, ahora sí. No veía

ninguna salida.

Salí de la pestaña de búsqueda y abrí una nueva con mi cuenta bancaria. Miré mi cuenta corriente. Había suficiente para el alquiler y la compra. No había diez mil dólares. Miré mi cuenta de ahorros, y apenas había la mitad de lo que Lenin había pedido.

Tenía nueve días. Nueve días para reunir una cantidad desorbitada de dinero. Cerré el portátil y lo dejé sobre la mesita. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el sofá. De pronto, una oleada de náuseas me sacudió. Respiré hondo. Estaba claro que empezaba a somatizar todo ese lío. Entonces se me ocurrió algo.

Me incorporé y cogí el móvil. Abrí el calendario y conté hacia atrás, esperando equivocarme. Volví a contar. Y conté otra vez. Se me había retrasado la regla. No se había retrasado un par de días, sino nueve. Nueve días. Normalmente, mi periodo era como un reloj. Tragué saliva y traté de evitar los pensamientos que empezaban a aparecer en mi mente.

Era imposible. Estaba segura de que solo era el estrés de que mi hermana volviera a la ciudad y descargara sus problemas sobre mí, y ese asunto turbio con Lenin no hacía más que agravar las cosas. Me quedé sentada durante unos minutos intentando autoconvencerme, pero sólo había una forma de salir de dudas. Cogí mi bolso, salí de mi apartamento y caminé hasta la tienda de la esquina. Miré a mi alrededor, asegurándome de que no reconocía a nadie y de que nadie me reconocía a mí. Ese alguien era Justin. Por mucho que nos cruzáramos, el último lugar donde necesitaba verlo era en el pasillo de planificación familiar. Exploré rápidamente los estantes. Había tantas opciones... Nunca había necesitado hacerme una prueba de embarazo. Cogí una caja que contenía unas cuantas tiras reactivas fáciles de leer. No necesitaba muchos datos. Quería que dijera "embarazada" o "no embarazada", que fuera claro. Pagué rápidamente en la caja y atravesé las puertas de la tienda que parecía asfixiarme.

Lo que solo habían sido unos minutos hasta llegar a casa, me habían parecido horas. Agarré la bolsa con fuerza, intentando luchar contra los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza. Cuando llegué a mi edificio, subí corriendo las escaleras hasta el piso de mi apartamento y me apresuré a entrar. En el baño, abrí la caja y rápidamente leí las instrucciones. Parecía bastante sencillo. Mea en el palo, y este te dirá que tu vida se ha acabado. Como si no lo estuviera ya.

Después de sentarme en el váter, coloqué la varilla sobre la encimera y programé un temporizador en mi teléfono. Caminé por el baño. No podía creer que, en medio de este desastre de vida, pudiera estar embarazada. Quiero decir, no era imposible. Justin no se había puesto un condón la tarde que tuvimos sexo en el *loft*. Había sido un descuido, pero yo estaba perdida entre el estrés y la pasión, y ahora me sentía como una completa idiota.

Sonó el temporizador de mi teléfono. Lo cogí y lo apagué. Me quedé mirando el examen que estaba boca abajo sobre la encimera. Respiré hondo mientras esperaba a darle la vuelta y que revelara mi destino. Al cabo de un minuto, extendí temblorosamente la mano y le di la vuelta. Me incliné sobre el mostrador para leer lo que ponía, y me encontré con una sola palabra.

Embarazada.

Capítulo 16

Justin

La luz de la mañana se colaba por las ventanas, su calor caía sobre mi cara y la almohada sobre mi cabeza, intentando bloquear la luz. Entrecerré los ojos y miré el reloj de la mesilla del hotel: las siete de la mañana. Puede que anoche me tomara un whisky de más, junto con la cena del servicio de habitaciones. Cerré los ojos con fuerza e intenté volver a dormirme, pero el sueño no llegaba. Los pensamientos sobre el encuentro de ayer con mis padres no me dejaban dormir. La vergüenza en sus caras cuando aparecí en la puerta de la casa de mi infancia. La forma en que prácticamente me echaron delante de sus amigos tan importantes. La forma en la que nunca me apoyaron cuando quise construir algo propio, algo mío. El papeleo que tenían de mi nuevo contrato. La última traición a mi padre. Las cosas no volverían a ser iguales después de aquello.

Decidí entonces que no volvería a esa casa de nuevo. Sabía cómo estaba nuestra relación ahora y me había cansado de decepcionarlos cuando todo lo que quería era impresionarlos. Llevaba meses trabajando en una nueva ciudad para salir de las garras de mi padre y me iba bien. Mejor que bien. No es que lo necesitara, pero tenía acceso a mi fondo fiduciario si alguna vez lo necesitaba. Mis padres ya no podían darme nada, y eso probablemente los enfurecía.

Tras unos treinta minutos sumido en mis pensamientos, me di cuenta de que no volvería a dormirme. Me quité las sábanas de encima y entré al baño para aseoarme. Me eché agua en la cara para despertarme y me lavé los dientes. Metí lo poco que había traído en la bolsa de viaje y bajé en ascensor hasta el vestíbulo. Necesitaba comida y un café.

Entré en el mismo bar-restaurant de la noche anterior y estaba prácticamente vacío. Todos los que habían jugado la noche anterior estaban probablemente durmiendo la resaca o llorando las pérdidas. La camarera me saludó y me sentó en un reservado junto a la entrada.

"Su camarero estará enseguida con usted", me dijo mientras me entregaba un menú.

"Gracias".

Empecé a leer las opciones para el desayuno.

"¿Adónde fuiste anoche?", una voz me desconcentró.

Levanté la vista. Era la camarera de anoche. Estaba apoyada en la mesa con un bolígrafo y un bloc de papel, lista para tomar mi pedido. La miré y me llamó la atención el brillo de su etiqueta: Brit.

"Oh... Hola. ¿Trabajando otra vez?", pregunté, echando un vistazo al bar.

"Siempre".

Asentí tímidamente. Me sentí mal por haberme ido anoche sin despedirme. Era atractiva y una parte de mí quería pasar tiempo con ella. Me habría venido bien aliviar un poco el estrés. Oh, Dios, estaba empezando a sonar como Bridget.

Bridget. Ella fue la razón por la que me fui del bar anoche. No teníamos una relación ni mucho menos, pero sentado ahí, ella era todo en lo que podía pensar.

"¿Y bien?". La voz de Brit irrumpió mis pensamientos.

"¿Cómo?".

"Anoche desapareciste".

"Oh, tuve un día muy largo".

"Yo podría haberte ayudado con eso".

"Estuve muy tentado, pero necesitaba dormir. Lo siento".

"Todavía estás a tiempo de compensármelo. Me voy por la noche". Se inclinó todavía más. Tanto, que podía oler su perfume a vainilla.

"En realidad vuelvo a Boston esta mañana".

Brit asintió con la cabeza, con un gesto de decepción. Enseguida se irguió.

"Entonces, ¿qué quieres comer?", preguntó, golpeando la mesa con el bolígrafo. Había vuelto a los negocios.

"Huevos con patatas, por favor. Y un café. Solo. Gracias". Le di el menú.

Me lo cogió rápidamente y volvió a la cocina.

Podría haberme quedado. No tenía que volver corriendo a Boston. No tenía reuniones programadas y una parte de mí quería pasar la tarde con una rubia guapa. Tal vez incluso tirar algo de dinero en el blackjack. Disfrutar de la compañía de una hermosa mujer en mi habitación sin duda podría hacer que me relajara. Pero sin embargo, una gran parte de mí quería volver a Boston. Ahora era mi hogar. Había llegado a amar la ciudad. Era otra de las cosas en las que mis padres se equivocaban. Me preguntaba si era Boston o quién estaba allí lo que realmente añoraba.

Brit me trajo el café. Aspiré el aroma antes de darle un sorbo y al instante empezó a hacerme sentir mejor después de mi noche a solas con el whisky. Enseguida llegó mi desayuno y lo devoré. Dejé algo de dinero en la mesa con una generosa propina antes de coger mi bolso y salir del restaurante. Otro adiós irlandés.

Fuera, el aire de la mañana era fresco y muy distinto del aire reciclado y ambientado del casino. Respiré hondo y busqué el ticket del aparcacoches en mi cartera. Al cabo de un minuto, el aparcacoches se detuvo en mi coche.

"Bonito coche, tío. Siempre he querido conducir uno de esos", dijo el aparcacoches. Era joven. Tendría unos diecinueve años.

Le sonreí y subí al coche, dejando mi bolso en el asiento trasero. Decidí bajar la capota de mi descapotable. El aire fresco me vendría bien. Me alegré de haber interrumpido mi improvisada estancia en Connecticut. Ahora solo me quedaba una hora y media hasta llegar a casa. Puse algo de rock clásico y conduje entre los coches de la interestatal. No sabía si era el viento en el pelo o que había cortado mentalmente los lazos con mis padres, pero me sentía libre.

Pronto entré en el aparcamiento de mi piso. Cogí mi bolsa de viaje y me la eché al hombro. Saludé al portero, subí en ascensor hasta el último piso, abrí la puerta de mi casa y me fijé en lo que me rodeaba. Las ventanas, que iban del suelo al techo, ofrecían unas vistas despejadas de la ciudad. Me sentí agradecido. Lo había conseguido por mí mismo. Me di cuenta de que la validación que había estado buscando de mis padres había estado aquí todo el tiempo. Este ático.

Esta nueva ciudad. Mi propio negocio. No necesitaba seguir buscando una palmadita en la espalda.

Respiré hondo en señal de gratitud mientras tiraba la maleta al suelo. Fui a mi dormitorio y miré a mi alrededor. Me sentía lleno de energía. Me balanceé sobre los talones, pensando en qué hacer para aprovechar este buen humor. El día era mío y no tenía nada programado, ya que se suponía que estaría con mis padres en Nueva York.

Podía llamar a Kenny, pero decidí no hacerlo. La única persona a la que realmente quería ver probablemente estaba detrás de la barra de un pub irlandés. Sonreí al pensar en Bridget.

Pero no podía verla así. Me dirigí al cuarto de baño y abrí la ducha. Cuando el agua estaba caliente y la habitación llena de vapor, me quité la ropa y entré. Me sentó bien lavarme de todo lo de ayer. Tras una larga ducha, me sequé y me vestí. Unos vaqueros y una camiseta negra, lo de siempre.

De camino a *Murphy's*, paré en un pequeño mercado y compré unos tulipanes. No sabía por qué lo había hecho. Hacía mucho tiempo que no le compraba flores a una mujer, si es que alguna vez lo había hecho. Me pareció una buena idea. Mientras esperaba en la cola para pagar, le envié un mensaje a Kenny:

Yo: Acabo de comprar flores.

Kenny: Seguro que a tu madre le encantarán. Pero, ¿por qué me lo dices a mí?

Yo: No estoy en Nueva York.

Kenny: ¿Qué? Creía que estabas en casa de tus padres.

Yo: He vuelto a casa. Es una larga historia.

Vi los tres puntos en la pantalla, como si Kenny estuviera procesando.

Kenny: Espera. ¿Para quién son las flores?

Yo: Bridget.

Mierda.

Lo sé.

Kenny: Esto es muy fuerte.

Lo sé. ¿Qué estoy haciendo?

Kenny: Te estás enamorando de una chica como un adolescente.

Yo: Joder.

Kenny: Jaja. Bridg es buena chica. Me gusta para ti.

Yo: Gracias, tío.

Kenny: Ya me contarás qué tal.

Sonreí, metí el teléfono en el bolsillo y le entregué las flores a la cajera. Me cobró rápidamente y volví a mi coche. Estaba nervioso, lo cual no era nada nuevo con Bridget. Con otras mujeres

siempre estaba muy seguro de mí mismo, pero con Bridget era diferente. Ella no era como las mujeres a las que estaba acostumbrado.

Era una jefa, literalmente. Se dejaba la piel en el bar del que era dueña, y yo estaba muy orgulloso de ello. Era una elección profesional diferente a la mía, pero no por eso era menos impresionante. De hecho, probablemente estaba más impresionado que de cualquier cosa que yo hubiera construido. Mi padre probablemente lo despreciaría, pero yo no era mi padre y su opinión ya no importaba.

Hablando de padres, Bridget se preocupaba por el suyo. Mucho. Cuando la encontré en el supermercado y me contó cómo cuidaba de él, me di cuenta de lo especial que era. Casi envidiaba la relación que tenía con su padre y lo mucho que lo quería. Yo no había experimentado eso nunca, ni siquiera de niño.

Kenny tenía razón. Ella era buena.

Aparqué delante del bar. Era temprano y me preguntaba si ya estaría aquí, aunque no abrirían hasta dentro de unas horas. Cogí las flores del asiento delantero con fuerza mientras me acercaba a la puerta. Respiré hondo y la empujé. Se abrió y entré en la tenue luz del bar.

"Estamos cerrados", dijo Andy desde detrás de la barra.

"Hola, tío".

Los ojos de Andy se posaron en mí y me saludó con la mano. "Oh, hey, Justin. ¿Qué tal?".

"Solo vine a ver a Bridget. ¿Está por aquí?". Pregunté nervioso.

"Está en la oficina".

Sus ojos se posaron en las flores que tenía en la mano y las apreté todavía más. Me sonrió con complicidad y señaló una puerta cerrada a la derecha del bar.

"Gracias".

Llamé suavemente a la puerta y esperé, pero no hubo respuesta. Volví a llamar, esta vez un poco más fuerte. Seguía sin haber respuesta. Giré el pomo de la puerta y la abrí ligeramente, asomando la cabeza al interior.

Vi a Bridget en su escritorio, desplomada y con las manos en el pelo. De repente levantó la vista y me vio. Tenía los ojos rojos e hinchados. Se incorporó rápidamente e intentó quitarse las lágrimas.

"Justin. ¿Qué estás...?".

Entré rápidamente por la puerta y la cerré tras de mí. Corrí hacia ella, tirando los tulipanes en una silla. Rodeé el escritorio y me arrodillé en el suelo, tirando de ella hacia mi regazo. Por un momento la sentí rígida, y luego se derrumbó prácticamente en mis brazos.

"Bridget, cariño. ¿Qué te pasa?", le pregunté preocupado.

Empezó a sollozar en mis brazos. La sentí temblar mientras sus lágrimas caían sobre mi pecho, mojando mi camisa. La abracé con fuerza, meciéndola ligeramente. No dijo nada, solo lloraba. Odiaba verla así. Mi preocupación se convirtió en rabia al preguntarme quién le había hecho eso. Yo no era un luchador, ni mucho menos violento, pero de pronto quise destruir a aquella persona que la había hecho llorar.

Capítulo 17

Bridget

Lo último que esperaba era que Justin entrara por la puerta justo cuando estaba en mi peor momento. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba a alguien hasta ahora. A alguien no, a él. Mis sollozos solo empeoraron cuando me abrazó. Mientras me acariciaba el pelo, me hundí todavía más en sus brazos. Nunca me había derrumbado así delante de alguien. Normalmente me sentiría avergonzada por no poder contenerme, pero eso me hacía sentir bien. Me estaba derrumbando y no me importaba que él lo supiera. Me sentí segura mientras me acompañaba en el sube y baja de su pecho.

No dijo nada, y tampoco lo necesitaba. Sólo quería que me abrazara. Hacía tanto tiempo que nadie me abrazaba así ni cuidaba de mí, que me sentí tan bien... Siempre había cuidado de todos. De mi padre, de mi hermana, el bar... y no era consciente de cuánto me había afectado eso.

Siempre me vi fuerte y que podía con todo, tanto que empecé a creérmelo. Era mi forma de salir adelante. Pero ahora, con todo derrumbándose a mi alrededor, mi fuerza -real o no- se estaba agotando.

Y encima estaba embarazada de ese hombre. Ojalá le hubiera dicho la verdad, habérselo contado todo. Pero no lo hice. No me podía permitir que huyera cuando él era el único soporte que tenía. En vez de eso, me quedé callada. Estuvimos callados un tiempo. Era cómodo y ese silencio ahogaba todo lo demás.

Cuando mis lágrimas parecieron agotarse, me aparté lentamente y lo miré. Parecía muy preocupado. Logré esbozar una débil sonrisa para tranquilizarle un poco. Estudió mi rostro durante un segundo y utilizó el pulgar para secarme suavemente las últimas lágrimas. Abrió la boca para decir algo, pero yo no estaba dispuesta a responder a ninguna pregunta ni a explicar el desastre de vida que tenía ahora mismo. Ese momento era demasiado bueno, así que antes de que pudiera pronunciar una palabra, me incliné hacia él y lo besé.

Al principio se contuvo, como si no estuviera seguro de que fuera lo correcto. Para tranquilizarle, apreté más los labios contra los suyos, separándolos ligeramente. Sentí que empezaba a relajarse un poco y que exhalaba un suspiro lento que yo aprovechaba para inspirar con avidez. Sentí su lengua rozar lentamente mi labio superior, como si estuviera tanteando el terreno. Dejé que entrara en mi boca y moví la lengua contra la suya a un ritmo constante, gimiendo ligeramente al sentir su sabor. Sabía tan bien...

Dios mío, lo había echado de menos. Realmente lo deseaba. Aunque la culpa me había hecho poner fin a aquello antes de que volviera a ocurrir, no podía dejar de pensar en él, en nosotros, entrelazados. Y aquí estábamos de nuevo. Su boca junto a la mía me hizo olvidar cualquier sentimiento de culpa que hubiera podido tener alguna vez. De repente me aparté y lo miré. Sus ojos estaban fijos en los míos y había un fuego detrás de ellos imposible de apagar. Si él estaba dispuesto, yo también.

Me acomodé en su regazo y estiré las piernas a ambos lados, a horcajadas sobre él, que bajó las manos a mis caderas y me estrechó contra él con firmeza. Sentía cómo se le ponía dura a través

de los vaqueros. Era increíble lo bien que sentaba saber que alguien te deseaba tanto, como si no estuviera ya lo bastante excitada. Le dediqué una sonrisa socarrona y volví a acercar mi boca a la suya. Esta vez nuestras lenguas se movieron con mayor desenfreno, como si no pudiéramos saciarnos el uno del otro.

Empecé a moverme contra él, con sus manos guiando mis caderas. La rugosidad de sus vaqueros y su erección me golpearon en el punto justo, haciéndome estremecer ante tal sensación.

Sus manos pasaron de mis caderas a mi camisa, y sus dedos recorrieron mi piel desnuda. Me quitó la camisa hábilmente por la cabeza y la tiró a un lado. Nuestras bocas se separaron un segundo antes de que la suya volviera a la mía, más hambrienta todavía que antes. Sentí las yemas de sus dedos presionando la carne de la parte superior e inferior de mi espalda mientras continuaba restregándome contra él.

Movió sus labios desde los míos hasta mi cuello con besos lentos y sensuales. Me pasó la lengua ligeramente por la clavícula y las yemas de los dedos tocaron el cierre de mi sujetador.

Desabrochó el cierre y deslizó los tirantes por mis hombros, dejando caer el sujetador al suelo. Se inclinó un poco hacia atrás y me miró mientras mis pechos se desparramaban ante él. Arquee ligeramente la espalda, invitándole a hacer lo que quisiera. Suplicándole.

Me apoyó la mano en la parte baja de la espalda mientras con la otra me agarraba suavemente el pelo de la nuca. Tiró ligeramente, haciendo que me encorvara todavía más. Inspiré al sentir su abrazo contra mí. Era como una tortura. Entonces su lengua lamió suavemente mi pezón. Dejé escapar un suspiro de placer cuando se llevó mi pecho a la boca y su lengua se arremolinó alrededor de mi pezón.

Unas manos fuertes me sujetaron mientras seguía teniendo mis pechos en la boca. La sensación de su boca húmeda en mis pezones y su mano anudada en mi pelo estaba haciendo que empapara hasta las bragas. Necesitaba más y lo necesitaba ya.

"Justin", susurré.

Soltó mi pelo y volví a levantar la cabeza para mirarle. Respiraba con dificultad. Mis ojos debían de decirlo todo. Asintió con la cabeza y me levantó. Cogió una manta de la silla de mi escritorio y la colocó en el suelo con un rápido movimiento antes de dejarme caer sobre ella.

Sus dedos tiraron de la goma de mis leggings para bajarlos y quitármelos. Sus ojos se posaron en mi tanga negro de encaje. Bajó hasta que su cara quedó directamente sobre mi pubis. Sus ojos se encontraron con los míos mientras respiraba contra el encaje, provocando que me estremeciera anticipando mi deseo. Pasó ligeramente su mano sobre mí y enarcó las cejas con sensualidad.

"Estás muy mojada".

Me mordí el labio y le devolví la mirada. Me apartó las bragas y me besó sin quitarme la mirada. Joder, qué calor. Intenté no apartar los ojos de los suyos mientras su lengua se movía contra mí y su dedo se danzaba en sincronía dentro y fuera de mi interior, pero no pude aguantar su mirada intensa y eché la cabeza hacia atrás con un grito ahogado.

Siguió besándome con la respiración agitada mientras mis caderas temblaban bajo él. Me metió un dedo largo, abriéndome más, y trazó círculos con su lengua a mi alrededor. Estaba perdiendo el control. Mis manos se aferraron a los bordes de la manta, con los nudillos blancos por la fuerza. Dejé escapar un fuerte gemido mientras me corría contra su boca abierta.

Pronto se cernió sobre mí, mirando nervioso hacia la puerta. Estaba abierta, cualquiera podía

entrar. Me puso el dedo en los labios, abrí la boca y la bajé alrededor de su dedo, chupandolo lentamente. Sus ojos se abrieron de par en par antes de sacudir ligeramente la cabeza.

"Eres de otro mundo. ¿Lo sabías?", me dijo.

Llevé la mano a la cintura de sus vaqueros y desabroché el botón. Le abrí la cremallera y los bajé a la altura de las caderas. Se los quitó de una patada y mis manos se posaron inmediatamente en sus calzoncillos. Todavía había demasiadas capas entre nosotros. Bajé los calzoncillos hasta las caderas y mis ojos se posaron en su erección. Inspiré mientras se quitaba los calzoncillos.

Se mantuvo encima de mí, con sus musculosos brazos a ambos lados de mis hombros y yo abrí las piernas. Nunca había necesitado nada más, y él lo sabía. Me sonrió perversamente mientras bajaba contra mí. Sentí la punta de su erección contra el encaje de mis bragas y sentí que palpitaba de deseo. Me agaché para quitármelas, pero de repente sus manos estaban sobre las mías, sujetándolas al lado de la cabeza. Las juntó con una mano y las mantuvo en su sitio.

Sus dedos recorrieron mi vientre hasta llegar al borde de las bragas. Deslizó un dedo por debajo y tiró de ellas hacia un lado. Sus ojos abandonaron los míos. Separé más las piernas y él respiró entrecortadamente.

Vi cómo deslizaba su pene contra mí. Me apreté mientras se movía lentamente, provocándome. Levanté las caderas para que me penetrara, pero se echó hacia atrás. Por la expresión de su cara, estaba disfrutando. Bajé las caderas frustrada. Ahora estaba de nuevo contra mí, con su punta contra mi húmedo coño y nuestros ojos vieron cómo se sumergía ligeramente en dentro antes de volver a salir. Me retorcí debajo de él, pero su mano sujetaba la mía con fuerza.

Volvió a penetrarme, esta vez más profundo. Sentí que me mojaba cada vez más, y volvió a sacarla, despacio.

"Fóllame", susurré.

Entonces sus ojos se clavaron en los míos, intencionados, ardientes.

Se metió dentro de mí, llenándome hasta el fondo y entrando en apnea mientras se mantenía dentro. Luego empezó a empujar con más fuerza y ahora respiraba con dificultad. Yo seguía con las manos por encima de la cabeza. Estaba perdiendo el control y disfrutaba cada segundo, entrando y saliendo con facilidad, con nuestras carnes golpeándose.

De pronto me soltó las manos y levantó mis las caderas, dándome la vuelta, con las manos y las rodillas en el suelo. Me quitó las bragas estiradas y mojadas, me subió las manos por la parte posterior de los muslos hasta agarrarme las caderas y se colocó detrás de mí. Cerré los ojos mientras me preparaba.

Me penetró rápido y fácil, y siguió penetrándome con fuerza mientras sus dedos se clavaban en la piel de mis caderas.

"Joder, Bridget", gimió. Su respiración era entrecortada y empezó a ralentizarse.

Me puse de rodillas, sin dejar que me abandonara. Levanté los brazos y le rodeé la nuca con las manos. Empecé a girar contra él, tocando cada centímetro de mi cuerpo. Él gimió y me acarició los pechos.

Me levanté y me aparté, antes de volver a metérmelo dentro. Me pegué a él, con la espalda tocando su pecho y sus dedos amasándome las tetas. Empecé a moverme rítmicamente contra él y volvía a alcanzar el clímax. Sentí cómo empezaba a palpar dentro de mí y cómo me apretaba

los pechos. En ese momento me dejé llevar, dejando escapar un grito silencioso mientras me llenaba.

Los dos caímos hacia delante, él encima de mí. Se apartó y se tumbó boca arriba, intentando recuperar el aliento, mientras yo hacía lo mismo. Al cabo de un minuto, me acerqué y apoyé la cabeza en su pecho. Escuché cómo su respiración empezaba a ralentizarse.

Me incliné para mirarle. Dios, era hermoso. No pude evitar soltar una sonrisa.

"¿Qué?", preguntó con curiosidad, conteniendo una sonrisa.

Me encogí de hombros inocentemente.

Sacudió la cabeza y soltó un suspiro dramático.

"Sabes, uno de estos días vas a tener que hablar conmigo de verdad. Y no se me escapa que resulta bastante irónico que sea yo quien te pida que hables de sentimientos. Que lo sepas".

Volví a apoyar la cabeza en su pecho y me reí.

Capítulo 18

Justin

Mientras Bridget yacía sobre mi pecho, me di cuenta de lo diferente que estaba respecto a la última vez. El sexo fue fenomenal, eso no había cambiado. Me pregunté si era posible que fuera todavía mejor, pero no, Bridget seguía aquí sincronizando su respiración con la mía y disfrutando del silencio. Esta vez no tenía prisa por vestirse y largarse.

Mi intención al venir a verla hoy no era follar en el despacho lateral de su bar. Solo quería verla. Si mi tiempo en Nueva York me enseñó algo, fue que puedes elegir quién quieres que esté en tu vida. Y si algo había aprendido en mi estancia en el restaurante del casino era que sólo quería estar con Bridget.

Pasé mis manos por sus brazos mientras ella se acurrucaba más cerca. Todavía tenía preguntas para ella, como por qué lloraba, pero no quería presionarla. Esperaba que se sintiera libre de contármelo cuando estuviera preparada. Solo de pensar en ella, desplomada sobre su escritorio y con esa cara de angustia, hizo que me invadiera el sentimiento familiar de rabia y protección que había sentido al entrar aquí. Quería noquear a quienquiera que le hubiera hecho daño. Como mínimo, si me dejaba, quería cuidar de ella.

"¿Por qué has venido hoy?", murmuró.

"Quería verte".

"Me echabas de menos, ¿eh?", contestó.

"¿Es totalmente cursi admitirlo?".

"No es tan cursi. Lo justo".

Me reí y le besé la cabeza. "No me lo esperaba", dije.

"Tampoco estaba en mis planes". Se rió y hundió la cabeza en mi pecho.

Entonces me sonaron las tripas. Me di cuenta de que tenía hambre después del viaje desde Connecticut y del entrenamiento que acabábamos de hacer aquí en el piso.

"¿Tienes hambre?", preguntó, mirándome y enarcando una ceja.

"Me muero de hambre".

"Yo también".

Se quitó de encima y se levantó para buscar su ropa. Me apoyé en los codos y me quedé un rato mirándola. Su pelo rojo caía con ondas sueltas por encima de su lumbar. Sus curvas eran perfectas. Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no tirar de ella hacia el suelo. Se giró y me sorprendió mirándola, pero no se tapó. En lugar de eso, sonrió ligeramente como si supiera que me estaba dando un espectáculo.

"Será mejor que te vistas o habrá un segundo asalto", le dije.

Se puso las bragas de encaje sin dejar de mirarme, lo cual era todavía más sexy. Me levanté y me

acerqué a ella, poniéndole las manos en las caderas y recorriendo el dobladillo de sus bragas.

"Lo digo en serio", le susurré al oído.

Apretó su cuerpo contra el mío y por un segundo pensé que volveríamos a hacerlo, pero se puso de puntillas y me dio un beso suave.

"Tenemos que comer. Y el bar abre pronto", dijo.

"Está bien". Puse los ojos en blanco.

Ella se rió mientras seguía vistiéndose. Encontré mi ropa y me la puse. Se peinó ligeramente con los dedos y se frotó las ojeras.

"Estás preciosa", le dije.

"Gracias. ¿Estás listo para salir?".

"¿Y hacer frente a Andy que acaba de escucharlo todo?", le pregunté.

Ella puso su cara entre sus manos y me miró a través de sus dedos. "¿Hice tanto ruido?".

"No, para nada". Le guiñé un ojo.

Me cogió de la mano y me arrastró fuera del despacho hasta el bar. Todavía no habían abierto, así que por suerte no había clientes cuyos oídos podían haber sido testigos. Sin embargo, estaba Andy, que levantó la vista de la barra y nos dedicó una sonrisa socarrona. Abrió la boca para decir algo, pero Bridget levantó la mano.

"Ni una palabra o estás despedido".

Andy hizo un gesto como de estar cerrando los labios.

Bridget me llevó a una cabina de la esquina y los dos nos sentamos.

"¿Has probado ya nuestras hamburguesas?", preguntó.

Negué con la cabeza.

"Andy, ¿ha llegado ya Martin?", gritó.

"Sí, acaba de llegar", dijo Andy.

"¿Puedes pedirle un par de hamburguesas a la parrilla?".

"Por supuesto, jefa".

"Eso de ser jefa es muy sexy", dije, recostándome en la cabina y admirándola.

Me hizo un gesto para que me fuera, pero vi que sus mejillas se sonrosaban.

Nos trajeron la comida rápidamente y nos la comimos a bocados. Estaba delicioso, con cebolla frita y beicon. Me impresionó que Bridget siguiera mi ritmo. Estaba claro que la tarde nos había agotado a los dos. Después del último bocado, me di unas palmaditas en el estómago.

"Bueno, ¿verdad?", preguntó ella, lamiéndose la salsa con la punta del dedo.

"Buenísimo".

Nos sentamos en silencio un momento, digiriéndolo todo. La hamburguesa y lo que ocurrió entre nosotros. Otra vez. Entonces, tuve que preguntar.

"Así que, cuando vine a verte antes...", me aventuré.

"Oh, no era nada", dijo rápidamente.

"Bridget". Entorné la mirada.

Soltó un suspiro y me miró a la cara, como intentando decidir si podía confiar en mí. Extendí la mano por encima de la mesa y la puse sobre la suya, apretándola. Quería que me lo dijera, pero solo si ella quería.

"Estoy hecha un lío", dijo en voz baja.

"¿Qué tipo de lío?"

"Del tipo que le debo a alguien diez de los grandes".

"¿Qué demonios, Bridg?" Salió de mi boca antes de que pudiera evitarlo, esperando que no sonara demasiado sentencioso.

"Lo sé, lo sé. Mi hermana es la que me metió en ese lío".

"¿Tu hermana?"

Ella asintió. "Cara. Siempre ha sido imprudente. Estoy acostumbrada. Siempre limpio sus desastres y la ayudo cuando puedo, pero esta vez..."

Dejó caer la cabeza entre las manos.

Me acerqué a ella y la abracé. "¿Qué pasó?"

"Se ha metido con un tipo muy sospechoso. Un usurero. Se llama Lenin. Últimamente lo veía mucho por el bar, o fuera vigilando el local. Hasta que vino la otra noche y me dijo que Cara le debe diez de los grandes. He intentado contactar con ella, pero no puedo encontrarla".

"Vale, pero no es tu problema".

"Lo es cuando mi nombre está en el contrato".

"¿Por qué firmaste eso?", pregunté, tratando de bajar la voz. Bridget parecía bastante inteligente como para aceptar algo así.

"¡No lo hice! Mi hermana falsificó mi firma en el contrato. Trajo los papeles y documentos cuando vino la otra noche".

"Jesús, tiene que haber una forma de arreglar esto. Un abogado o algo".

"Para cuando encuentre un abogado, los honorarios serán tanto o más de lo que pide".

Asentí. Ella tenía razón.

"Tengo miedo, Justin".

"¿Te amenazó?"

"Dijo que si no conseguía el dinero, perdería el bar".

Empezó a llorar en mi hombro y la abracé con fuerza. No podía creer que su hermana le hiciera eso. No solo había puesto en peligro el sustento de Bridget, sino también a ella. Los usureros no eran ninguna broma.

"Eh, eh, eh", dije con calma, apartándola y mirándola a los ojos. "Encontraremos la manera de salir de este lío".

"No, este no es tu problema. Es el mío".

"¿Cuándo tienes que pagarle?".

"Como en una semana", resopló.

Inmediatamente quise ofrecerle el dinero para sacarla de ese lío. Diez de los grandes no sería mucho para mí. Ni siquiera me daría cuenta, pero no podía decírselo. Joder, si diez de los grandes significaban que podía mantenerla a salvo, pagaría más. Mucho más. Pero lo que sabía de Bridget era que era una mujer fuerte que se enorgullecía de eso. No quería apresurarme y jugar al héroe si ella no quería. No parecía del tipo de damisela en apuros, a pesar del sueño en el que yo la salvaba del dragón. Su independencia era parte de la razón por la que me encantaba, y como me gustaba tanto, no quería asustarla si me excedía. Todo esto entre nosotros, fuera lo que fuera, era nuevo, y aunque creía que había terminado, estaba claro que no había hecho más que empezar. Esta tarde era la prueba de ello. Algo en mí había empezado a cambiar desde que la conocí y había algo entre nosotros que yo quería que pasara. Sabía que le había dicho que no quería pareja, pero con ella era diferente. Con ella, quería intentarlo.

Ofrecerle dinero directamente quedaba descartado, pero podía ayudarla de otras formas. Apoyé la frente en la suya y le sequé las lágrimas.

"Quiero ayudarte", le dije.

"No sé cómo", dijo ella, negando con la cabeza contra la mía.

Me aparté y tomé sus manos entre las mías. Respiró hondo y me miró mientras intentaba serenarse.

"Mira, puede que no sepas esto de mí, pero soy asesor financiero".

"Sí... Cleo lo mencionó". Se encogió de hombros.

"Ayudo a la gente a ganar dinero. Mucho dinero. Gestiono sus inversiones y les ayudo a crear estrategias para aumentar sus ingresos".

"Yo no tengo inversiones. Este bar es mi única inversión". Bridget miró con nostalgia a su alrededor. Sabía cuánto le dolería perderlo.

"No pasa nada. Puedo ayudarte con lo que tengas. Si necesitas pruebas, pregúntale a Kenny. Le ayudé a construir su imperio".

"No te ofendas, pero Kenny es un jugador de béisbol de las grandes ligas. Yo soy dueña de un bar".

"Le ayudé a empezar una pequeña cartera antes incluso de que llegara a las grandes ligas. Nos conocemos desde hace años. No necesitas mucho para empezar. Lo que puedas invertir, por pequeño que sea, yo puedo hacer que crezca".

Bridget me miró dudosa. Tenía que convencerla.

"Bridg. Soy bueno en lo que hago. Sé que parece una apuesta, pero no lo es. Me he dejado el culo trabajando. Joder, tengo más dinero del que necesito. Empecé por mi cuenta para crear mi propio negocio y cabrear a mis padres, y terminó funcionando más de lo que creía".

Mierda. Esperaba no haber sonado demasiado arrogante.

Bridget enarcó una ceja. Estaba claro que no le había impresionado, pero no necesitaba que lo estuviera. Estaba más que de acuerdo con que le importara un bledo la cantidad de dinero que había en mi cuenta bancaria. Me gustaba que no se excitara con la riqueza y el estatus. Había

tratado con demasiadas mujeres que solo estaban conmigo por el dinero. Aún así, solo intentaba convencerla de que controlaba mi oficio y que podía ayudarla a salir de esta.

"No lo sé, Justin". Se mordió el labio, nerviosa.

"Sé que hay mucho en lo que pensar. Solo quiero ayudar en lo que pueda. Si me dejas".

"Gracias. Lo pensaré".

Le puse la mano en la mejilla y ella apoyó la cara en ella, mirándome. Parecía un poco más tranquila, pero seguía odiando verla así de preocupada.

"Será mejor que prepare las cosas para abrir el bar", dijo, mirando el reloj de la pared.

"Por supuesto", dije.

Saqué la cartera de los vaqueros para pagar la comida, pero me hizo un gesto con la mano.

"Yo invito a la comida".

Nos levantamos de la cabina y sentí los ojos curiosos de Andy sobre nosotros. Ella también debió hacerlo, porque me dio un beso tímido en la mejilla.

"Cuídate, ¿vale?".

Ella asintió.

"Lo digo en serio. Llámame si necesitas algo".

Saludé con la mano a un sonriente Andy mientras salía por la puerta. Me alegré de haber venido hoy aquí. Si no lo hubiera hecho, nunca habría sabido el problema que tenía, y esperaba que me dejara ayudarla.

Capítulo 19

Bridget

Evité la mirada de Andy mientras me dirigía detrás de la barra para asegurarme de que los barriles estaban llenos y listos para la noche. Me ocupé también de pulir la cristalería, mientras mi mente estaba ocupada pensando en Justin. Se acababa de ir, pero su imagen en mí seguía muy presente. ¿Cómo había pasado de llorar en mi mesa a acabar hecha un ovillo en el suelo? Si la memoria no me fallaba, había traído flores. Tulipanes, creo. Me pregunté cómo sabía que eran mis favoritas.

También me pregunté qué significaban. Justin no parecía del tipo que regala flores, pero me había demostrado que estaba equivocada en muchas cosas. Fuera lo que fuese lo que había entre nosotros, se estaba convirtiendo en algo. Sonreí para mis adentros mientras ordenaba las botellas de licor en el estante.

"¿Qué está pasando con vosotros dos?", preguntó Andy.

"¿Cómo?", contesté, interrumpiendo mis propios pensamientos.

"Tú y el bombón de los negocios". Andy me miró moviendo las cejas.

No pude evitar reír. Me di cuenta de que Andy ya había visto a Justin un par de veces, y que siempre estaba dispuesto a hablar de chicos. La verdad es que se había convertido en un buen amigo.

"Sólo estamos pasando el rato".

"¿Así es como se llama ahora?". Los ojos de Andy señalaron hacia la puerta cerrada de mi oficina.

"Cállate", dije, lanzándole un trapo.

"Tuve que subir la música para silenciarte". Se rió.

"Dios mío". Escondí la cara entre las manos, avergonzada. Notaba como se ponía roja.

"Oye, no te juzgo. De hecho, estoy hasta celoso. De ti, no de él", aclaró.

"Deberías estarlo". Le guiñé un ojo.

"Ooooh", cantó, levantando las cejas mientras bailaba alrededor de la barra del fondo.

Justo entonces, la puerta del bar se abrió de golpe y entraron nuestros primeros clientes. Que empiece la locura. Esa noche había partido de los playoffs, así que estaríamos muy ocupados.

La noche pasó rápido. Teníamos a nuestros clientes habituales, a nuestros fanáticos del deporte y una despedida de soltero. Era un caos, pero del bueno. Me encantaban las noches ajetreadas en el bar. Me sentí aliviada de que Lenin no volviera. En cada turno estaba ansiosa, mirando por encima del hombro para ver si estaba ahí, preguntándome cuándo volvería a verlo, pero por lo menos esa noche no parecía que fuera a venir.

Mientras acompañaba al último cliente a la salida y me aseguraba de que cogía un Uber para

volver a casa, entré de nuevo en el bar y cerré la puerta con llave. Andy apagó la música y empezó a contar las propinas detrás de la barra. Yo empecé a recoger las mesas y a limpiar las manchas de cerveza de la madera.

Me encanta este lugar, pensé mientras miraba a mi alrededor. Sabía que mucha gente no se sentiría tan orgullosa de servir bebidas a la gente y limpiar lo que ensucia, pero era algo más que eso. Se trataba de tener un lugar al que la gente pudiera llamar hogar, y que al final, nuestros clientes habituales eran como de la familia.

En las paredes del local había fotos enmarcadas de mi padre y de jugadores de béisbol que nos habían visitado. También había fotos de los clientes colgadas en la pared. Había tantos recuerdos en este lugar, incluso mucho antes de que yo lo pisara siendo un bebé. La idea de que me lo pudieran quitar era demasiado dolorosa.

Me sentí bien cuando le conté todo a Justin durante el almuerzo. Me lo había estado guardando porque no quería que nadie se preocupara, pero era inevitable que me derrumbara. Me alegré de estar con él. Pasar la tarde juntos hizo que me sintiera mejor, más segura.

No podía creer que se hubiera ofrecido a ayudarme. Realmente era un buen tipo, pero apenas nos conocíamos. Por mucho que quisiera confiar en él, no sabía si le conocía lo suficiente como para aceptar su ayuda. Eso era irrisorio, considerando que estaba embarazada de él. Oh, Dios, el bebé. Se me revolvió el estómago. Quería decirle que estaba embarazada, pero ya le estaba causando bastantes problemas. Además, todavía no había ido al médico.

De pronto no pude evitar pensar. ¿Y si creía que me había quedado embarazada para manipularle? Hay mujeres que lo hacen, sobre todo con los hombres ricos. Esperaba de verdad que no pensara que lo había hecho a propósito. Ambos nos habíamos dejado llevar por el momento, y por tanto, los dos éramos culpables de no usar protección.

En realidad no me importaba su dinero. Las cosas materiales no me interesaban. Además, todavía no sabía cuál era exactamente su trabajo. Cuando hablaba de lo que hacía, todo me sonaba extraño. Otra razón por la que no me sentía cómoda aceptando su ayuda. Yo tenía poco que dar, y no terminaba de entender cómo podía hacer que mi dinero creciera mágicamente.

La situación con Lenin parecía imposible, pero tendría que encontrar la manera de salir de ese lío por mi cuenta. Era mi problema, y tendría que agotar todas las soluciones posibles para no perder el bar. Si fracasaba, al menos sabía que tenía a Justin como último recurso.

"¿Por qué no te vas a casa, jefa?", dijo Andy, entregándome mi mitad de las propinas. Era una cantidad generosa después de una noche ajetreada.

"Todavía queda mucho por hacer". Doblé el dinero y me lo metí en el bolsillo. Todo lo que ganaba iba directamente a mi cuenta de ahorros. Cada granito de arena ayudaba, aunque estaba lejos de tener suficiente como para devolverle el dinero a Lenin.

"Yo me quedo. Pareces cansada, no me malinterpretes".

Le puse la mano en el hombro y le di un apretón. "Gracias, Andy. No sé qué haría sin ti".

"Lo sé, lo sé. Ve a descansar". Prácticamente me está echando.

Descansar sonaba bien. Colgué el delantal en el gancho junto a la puerta de la cocina y fui a mi despacho. Abrí la puerta y la cerré tras de mí. Ordené un poco la mesa y me fijé en los tulipanes de mi silla. Me había traído flores. Las cogí y las respiré. Eran preciosas, rosas, moradas,

amarillas. Las abracé antes de salir por la puerta. Cerré la oficina y me despedí de Andy con la mano.

El camino a casa fue corto y me sentí aliviada al llegar a casa, hasta que vi a Cara sentada en los escalones. Tenía el pelo rojo recogido en un moño despeinado y llevaba puesto un chándal raído y una camiseta. Tenía las rodillas recogidas y la cabeza gacha. No debió oírme llegar.

Aparqué y salí del coche dando un portazo.

"Tienes mucho valor para presentarte aquí", dije en voz alta.

Levantó la cabeza y me miró aturdida. Me pregunté si se había quedado dormida. ¿Cuánto tiempo llevaba esperándome ahí? ¿Y por qué no había ido al bar? Probablemente para evitar un encontronazo con Lenin.

"Hola, hermanita", dijo mansamente.

"No me digas 'hola, hermanita'. ¿Sabes el lío en el que me has metido?"

Los ojos de Cara se abrieron de par en par al darse cuenta.

"Sí. Lo sé. Lenin vino a verme la otra noche. ¿Diez de los grandes, Cara? ¿En serio?" Grité.

"Voy a devolvérselo".

"Pero no lo suficientemente rápido, al parecer. Ahora viene a por mí. ¿Cómo demonios acabó mi nombre como avalista en tu préstamo?"

Cara dejó caer la cabeza entre las manos y empezó a llorar, pero ni siquiera pude compadecerme de ella. Me quedé con los brazos cruzados esperando respuestas.

"¿Y bien?", pregunté al cabo de un minuto.

"Lo siento mucho, Bridget. No sabía qué hacer. Pensé que podría devolvérselo y que tú nunca te enterarías. No iba a darme el préstamo sin un aval".

"Un cosignatario no dispuesto. ¿Cómo puede ser eso legal?"

"No lo sé. Es un usurero. Hacen las cosas a su manera". La voz de Cara era estridente.

"Voy a perder el bar, Cara. El bar de papá. ¿Cómo pudiste hacer esto?"

Cara se quedó en silencio. No podía mirarme. Estudié su rostro en busca de remordimientos, y mis ojos se posaron en un moratón en su mejilla. Corrí a su lado.

"Cara, ¿qué ha pasado?". Le pasé el pulgar por el moratón.

Se estremeció. "No es nada", mintió.

"Mentira".

"¿Puedo quedarme esta noche? Sólo esta noche", preguntó, con los ojos llorosos.

La estudié un momento. Parecía tan frágil, tan asustada. Dejé escapar un suspiro y cedí. Lo último que quería era ofrecerle un lugar donde quedarse, pero al ver que podía estar en peligro, no tuve más remedio.

"Solo por esta noche".

Me levanté, busqué las llaves en el bolso, abrí la puerta y entré. Cara me seguía como un perrito triste. Se quedó de pie en el salón, incómoda, mientras yo iba a la cocina. Cogí una bolsa de hielo

del congelador y me reuní con ella en el salón.

"Siéntate", le dije con firmeza.

Le di la bolsa de hielo.

"Gracias". Cogió la bolsa y se la puso suavemente en la mejilla.

Tenía muchas preguntas, pero no tenía fuerzas para hablar con ella. Estaba muy enfadada. Había intentado encontrarla durante días, buscándola y llamándola, y ahora que estaba aquí, apenas podía mirarla.

Me di la vuelta y fui al armario de la ropa blanca. Saqué unas toallas de baño y una manta. Las tiré junto a ella sin decir nada más y subí las escaleras.

Me di una ducha caliente y me envolví en una toalla. En el piso de abajo reinaba el silencio. Me pregunté si se habría dormido. Caminé en silencio hasta mi dormitorio y cerré la puerta. Me puse una camiseta grande y unos pantalones cortos y me senté en la cama. Encendí la televisión para tener algo de ruido de fondo.

Mi mente iba a mil por hora. Por mucho que quisiera dormir, no podía. Cogí el teléfono y busqué el nombre de Cleo. Había sido mi confidente cuando trabajábamos juntas, pero desde que abrió su panadería ya no nos veíamos tanto. No quería estresarla con mis problemas, sobre todo porque la última vez que la llamé la había despertado con problemas de chicos.

Me mordí el labio mientras seguía buscando entre mis contactos. Caí en el nombre de Justin y le escribí un mensaje. Lo envié antes de que pudiera arrepentirme.

Hola. ¿Estás despierto?

Inmediatamente vi los tres puntos rebotando en mi pantalla.

Justin: ¿Es una llamada para quedar?

Yo: Jaja. No.

Joder.

Me vendría bien una distracción.

Justin: Yo soy tu chico.

Me puse cómoda en las mullidas almohadas que descansan contra mi cabecero.

Yo: ¿Qué haces?

Justin: Son las tres de la mañana. Estoy en la cama.

Yo: ¿Te he despertado?

Justin: No. Estoy viendo la tele. No podía dormir.

Yo: Yo igual. ¿Qué estás viendo?

Justin: Schitt's Creek. ¿La has visto?

Levanté la vista hacia mi televisor y sonreí. Estábamos viendo lo mismo. Me puse a buscar memes de Schitt's Creek y le envié mi favorito.

Justin: Jaja. Ese es mi favorito.

Yo: *El mío también. Por cierto, ¿cómo sabías que los tulipanes eran mis flores favoritas?*

Justin: *No lo sabía. Simplemente te quedaban bien.*

Pude sentir cómo me sonrojaba.

Yo: *Bueno, gracias.*

Me envió otro meme de Schitt's Creek. Pasamos la siguiente hora mandándonos mensajes sobre el episodio que estábamos viendo y me olvidé por completo de que mi hermana estaba en el piso de abajo. Al final, me dormí pasadas las cuatro de la madrugada con una sonrisa en la cara.

Capítulo 20

Justin

Me desperté cuando mi teléfono vibró con un nuevo mensaje de texto. Gruñí mientras me ponía boca abajo y empecé a buscarlo perezosamente entre las sábanas. Debí dormirme enviándole un mensaje a Bridget. Era de madrugada cuando me envió el primer mensaje y me sorprendió ver su nombre en mi pantalla. Necesitaba hablar con alguien y a mí me hacía feliz hacerlo.

Finalmente, mi mano encontró el teléfono debajo de la almohada. Lo saqué y cerré un ojo mientras la pantalla se iluminaba de forma molesta. Era un mensaje de Bridget. Sonreí con solo ver su nombre. Miré la hora en la esquina superior derecha. Era casi mediodía. Hacía tiempo que no dormía hasta tan tarde. Con las persianas de mi habitación bajadas, no me di cuenta de que era prácticamente mediodía.

Me senté contra el cabecero y accioné el interruptor de la pared de al lado. Las persianas motorizadas empezaron a subir al unísono, dejando ver la ciudad. Parpadeé un par de veces mientras mis ojos se adaptaban a la luz del sol y entonces abrí el mensaje de Bridget:

Lo siento, me quedé dormida.

Yo: No pasa nada, yo también me dormí. Hacía mucho que no dormía hasta tan tarde.

Bridget: Jaja. Bienvenido a mi vida. Soy tan nocturna como la dueña de un bar.

Yo: ¿Qué tal anoche?

Bridget: Estaba lleno. Eliminatorias. Ya sabes.

En realidad no lo sabía. Quitando los partidos de Kenny, no sabía mucho más de su equipo. La verdad es que no me gustaban mucho los deportes.

Bien. ¿Dormiste bien?

Bridget: Gracias a ti. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Yo: ¿A mí?

Bridget: Por nuestra agotadora sesión tarde ;)

Yo: Cierto...

Mi mente volvió inmediatamente a su despacho, sobre la manta, mis manos encima de ella y su boca sobre mí. Quería volver a hacerlo, una y otra vez, pero no sabía qué éramos exactamente, y esperaba poder averiguarlo.

Yo: Quizá algún día podríamos vernos fuera del bar también...

Bridget: ¿Como una cita?

Yo: Sí.

Esperé impaciente mientras los tres puntos rebotaban en mi pantalla durante un minuto.

Bridget: *Tendré que pensarlo.*

No era la respuesta que esperaba y ahora me sentía como un tonto.

Justo seguido, volvió a enviar un mensaje.

Bridget: *Lo siento, tengo muchas cosas que hacer.*

Yo: *Claro, lo entiendo.*

Estaba ocupada, lo entiendo. Quizás sentí que aquella tarde en su oficina significó algo más. Las cosas parecían diferentes después de eso, y más habiendo pasado toda la noche hablando por teléfono, siendo ella la que envió el primer mensaje. O igual había malinterpretado todo eso.

Una notificación del calendario apareció en la pantalla de pronto. Mierda. Tenía una reunión en menos de una hora.

Yo: *Bueno, será mejor que me levante. Tengo una reunión en media hora. ¿Hablamos pronto?*

Bridget: *Vale.*

Me levanté de la cama y fui al baño. Me di una ducha rápida y me lavé los dientes. Casi me olvidaba la reunión de la una. Nunca habría pensado que tendría que poner el despertador tan tarde. Si Bridget iba a estar en mi vida, tendría que acostumbrarme a eso.

Por suerte, la reunión era en la oficina de mi cliente, que estaba en un rascacielos cerca de aquí. Tuve el tiempo justo para parar en Dunkin a tomar mi café de siempre. Pedí un Americano y esperé a que el camarero dijera mi nombre. Mirando a mi alrededor, apostaba a que Bridget también llegaría pronto. Me hubiera gustado quedarme para averiguarlo, pero en lugar de eso, pagué rápidamente y bajé la calle.

La reunión había ido bien. Mi cliente estaba satisfecho con las ganancias que sus inversiones le habían generado durante ese mes. Con el éxito del mes, no necesitábamos hacer ningún cambio en su cartera. ¿Por qué arreglar algo que no está roto?

"¿Cómo está tu viejo, Justin? Ha pasado mucho tiempo", me preguntó mientras empezaba a recoger mi maletín.

"Oh, igual que siempre", dije.

La verdad era que no había hablado con mi padre desde que salí de Nueva York el fin de semana pasado. Después, mi madre me había llamado y me había dejado mensajes de voz que me hacían sentir culpable. También me envió correos electrónicos en los que me hablaba de ciertas normas en los negocios y de que robarle clientes no estaba bien visto. Por supuesto, ninguno me llamaba. A mi padre no se le daba bien compartir sus emociones. Era mejor hacerlo detrás de un ordenador, como un robot.

"Por favor, dile que le mando saludos".

"Por supuesto. ¿A la misma hora el mes que viene?".

"Sí. ¿Se lo hará saber a mi secretaria a la salida?".

"Sí, señor".

Después de concertar una cita para el mes siguiente, volví a casa. La temperatura era perfecta y me alegré de haber decidido ir caminando. Mientras paseaba, mi teléfono vibró en mi bolsillo.

Me sorprendió gratamente que fuera Bridget. Nunca nos habíamos mandado mensajes y no estaba seguro de si lo de anoche había sido cosa de una sola vez.

Bridget: *¿Qué tal la reunión?*

Yo: *Bien. Mejor que bien.*

Bridget: *¡Bien!*

Yo: *¿Cuántas veces podemos decir bien?*

Bridget: *Jaja.*

Yo: *¿Cómo estás? ¿Todavía necesitas distraerte?*

Bridget: *Ya estoy mejor. Por cierto, gracias.*

Yo: *Nunca me contaste qué fue lo que pasó.*

Bridget: *Mi hermana. Apareció anoche.*

Yo: *Oh.*

Bridget: *Sí. Fue toda una sorpresa cuando llegué a casa después de cerrar el bar.*

Yo: *¿Hablaste con ella de todo?*

Bridget: *Ojalá. Estaba demasiado cansada y enfadada para hablar. Dejé que durmiera en mi sofá, pero cuando desperté ya se había ido.*

Yo: *Mierda.*

Bridget: *Sí. Estoy preocupada por ella. Parecía no estar muy bien.*

Yo: *Lo siento mucho.*

Bridget: *Yo también.*

Me sentí mal por Bridget. Parecía que siempre estaba cuidando de todos a su alrededor. Su padre, su hermana... No sabía mucho o nada sobre su madre. Su gran corazón era lo que me atraía de ella, pero no me gustaba cómo su hermana la había utilizado de esa forma. Quería volver a ofrecerle mi ayuda, pero supuse que si realmente me necesitaba, acudiría a mí.

Bridget: *¿Cuál es tu comida favorita?*

Leí el mensaje y me reí. Realmente era buena cambiando de tema.

Yo: *¿Necesitas que te distraiga otra vez?*

Bridget: *Sí, pero también quiero saberlo. No sé nada de ti. ¿Cuál es tu apellido?*

Yo: *Ralston. ¿Y el tuyo?*

Bridget: *Quinn.*

Yo: *¿Cuál es tu comida favorita?*

Bridget: *Espaguetis con albóndigas. ¿La tuya?*

Yo: *Sushi.*

Yo: *¿Cuál es tu color favorito?*

Bridget: *Amarillo. ¿El tuyo?*

Yo: *Azul.*

Bridget: *¿Y tu animal favorito?*

Yo: *Elefante. ¿El tuyo?*

Bridget: *Ornitorrinco.*

Yo: *¿En serio?*

Bridget: *Sí, ¡son muy monos!*

Yo: *Jaja.*

Me envió un meme de un ornitorrinco y tuve que admitir que era bastante mono.

Yo: *Vale, es mono. Tú ganas.*

Bridget: *Ja. ¿Postre favorito?*

Inmediatamente me vino a la cabeza una respuesta, pero no sabía si podría escribirla y enviarla. Me paré en la esquina de la calle, esperando a que cambiara el semáforo. A la mierda. Escribí un mensaje corto y le di a enviar.

Yo: *Tú.*

Bridget: *¡Justin!*

Yo: *¿Qué? Es verdad.*

Bridget: *Mi cara tiene cincuenta tonos diferentes de rojo ahora mismo.*

Yo: *Uy.*

Bridget: *Eres increíble, ¿lo sabías?*

Yo: *Tú también.*

Los días siguientes, nos mandamos mensajes todos los días durante todo el día. Me sentía como si estuviera otra vez en el instituto. Yo le enviaba mensajes entre reunión y reunión y ella me contestaba cuando podía desde el bar a altas horas de la noche. Seguimos conociéndonos más a fondo. Las cosas importantes, los detalles tontos, cosas más serias y otras más ligeras. Compartiendo memes y mandándonos selfies. Cuanto más la conocía, más me gustaba.

Más de una vez durante nuestros maratones de mensajes de texto, quise intentar pedirle una cita de nuevo, pero no me había armado de valor para que me volviera a rechazar. No tenía por qué ser algo súper planeado. Con sentarme en el parque y hablar o tomar un café juntos me conformaba.

Pero no volví a sacar el tema. Como dijo ella, tenía muchas cosas que hacer y no quería complicar las cosas, menos todavía forzar ninguna situación. No es que tuviera prisa por que pasara algo. Fuimos muy directos en el primer encuentro pero, a pesar de eso, quería tomarme mi tiempo para conocerla. Quería hacer las cosas bien.

En el pasado no me había interesado tomarme tanto tiempo para conocer realmente a nadie. Estaba dispuesto a pasar un buen rato, pero nada más. Nadie me llamaba tanto la atención como

para ir más allá de una buena fiesta y un posible polvo. Más tarde, mis amigos empezaron a sentar la cabeza, pero yo estaba convencido de que esa vida no era para mí. Tenía mi negocio y eso era todo lo que necesitaba. Tal vez en eso me parecía a mi padre. Él y mi madre fueron novios en el instituto, pero luego no tuvo tiempo para ella una vez que empezó a tener éxito.

Aquel miércoles estaba sentado en mi mesa, repasando un nuevo contrato y revisando carteras cuando sonó mi teléfono. Lo cogí rápidamente e intenté no desilusionarme cuando vi el nombre de Kenny en la llamada entrante.

"¿Hola?".

"Vaya. ¿Habla Justin?".

"Sí...", respondí confundido.

"No sabía que seguías vivo".

"Oh... jaja".

"¿Dónde has estado, tío?".

"Solo he estado ocupado".

"Mmmm," respondió, poco convencido.

"¿Qué?", pregunté inocentemente.

"¿Cómo está Bridget?".

Me encogí de hombros. "Oh, está bien. Creo".

"¿Tú crees? Corta el rollo, tío. Le llevaste flores el otro día".

Olvidé que se lo había dicho.

"Oh, es verdad".

"Cleo dijo que Bridget pasó por la panadería el otro día y su teléfono estaba que echaba humo. Dijo que no podía teclear lo suficientemente rápido y entonces vio tu nombre en la pantalla. ¿Qué está pasando entre vosotros dos?".

Suspiré. "No lo sé, Kenny...".

"Sientes algo por ella, ¿verdad?". Se rió al otro lado de la línea.

"Mierda...".

"¡Ya era hora!".

"Esto es nuevo para mí", confesé.

"Lo sé. También lo fue para mí con Cleo".

"Vale, más despacio. No le voy a pedir matrimonio como hiciste tú".

"Jaja... Vale, pero cuando lo hagas, me invitas a la boda. Yo os presenté".

"Tomo nota".

"Bueno, tengo que ir a entrenar. Solo quería asegurarme de que mi mejor amigo no estaba muerto en una zanja en alguna parte de Boston", dijo.

"Estoy vivo y bien. Hablamos más tarde".

"Hasta luego".

Colgué y dejé el teléfono sobre la mesa. Me recosté en la silla y me di la vuelta, pensando en lo que había dicho Kenny. Era demasiado pronto para pensar en ser novios, y mucho menos en casarse. Aun así, una pequeña parte de mí se estaba abriendo a la idea de dejar la soltería. Me reí al pensar en una de mis primeras conversaciones con Bridget, cuando le dije que nunca sentaría la cabeza. Ahora me lo estaba planteando y era con ella.

Tenía que darle las gracias a Kenny por haber organizado todo eso. Me pregunté si lo había planeado todo o si había sido pura coincidencia. De cualquier manera, empecé una lista mental de maneras de agradecerle.

Cerveza.

Más cerveza.

Nuevos zapatos personalizados.

Cerveza.

Realmente era un hombre sencillo.

Mi teléfono volvió a sonar en mi escritorio. Me giré y lo cogí, preparado para aguantar más bromas de Kenny, pero me alegré al ver un mensaje de Bridget. Lo abrí rápidamente.

Bridget: *¿Podemos hablar de dinero?*

No era el mensaje que esperaba, pero lo recibí con gusto. Me alegraba que acudiera a mí en busca de ayuda, sobre todo porque se acercaba la fecha límite, pero sabía que tenía que ser en su tiempo libre.

Yo: *¿Dónde estás?*

Bridget: *En Murphy's.*

Yo: *Voy para allá.*

Me levanté de la silla y coloqué el portátil bajo el brazo. Cogí las llaves de la mesa de la entrada y corrí hacia el ascensor para bajar al aparcamiento. No había nada que quisiera más que ayudarla a salir de ese lío.

Capítulo 21

Bridget

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio mientras miraba el calendario de papel que tenía delante. Había ido tachando cada día a medida que se acercaba la fecha límite para pagar a Lenin. Tres días más. Tenía tres días para reunir diez mil dólares. Era tan imposible que casi daba risa.

El banco también se tomó con humor mi situación. Por supuesto, no sabían la razón por la que necesitaba tanto dinero prácticamente de un día para otro pero, aun así, cuando fui al banco esa mañana, la cajera echó un vistazo a su ordenador y me miró como si estuviera loca.

"Señora Quinn, lamentablemente no tiene suficiente crédito como para optar a un préstamo en este momento".

"Soy dueña de un negocio. ¿Eso no cuenta? Es el Pub *Murphy's*. ¿Lo conoce?".

"No puedo decir que lo conozca", dijo, mirándome por encima de sus gafas.

"Oh...".

"Mira, aunque existiera la posibilidad de que cumplieras los requisitos, tardarías semanas en recibir el dinero del préstamo".

"Entonces, ¿no puede ayudarme?".

"Lo siento, pero no".

Salí del banco sintiéndome totalmente derrotada y me fui directamente a *Murphy's*. Entré y cerré la puerta detrás de mí. Tenía ganas de prepararme una copa, así que saqué whisky del estante superior y cogí un vaso. Antes de empezar a servir, me detuve.

El bebé.

¿Qué estaba haciendo? En el fondo, casi me había olvidado de que estaba embarazada. Ayer finalmente fui al médico para confirmar lo que decía la prueba y, efectivamente, estaba embarazada. Se me humedecieron los ojos al pensarlo. ¿Qué iba a hacer? No podía decírselo a Justin. Ya me las arreglaría... Siempre había cuidado de mí misma y ahora no sería diferente.

Lo primero era lidiar con Lenin. Miré alrededor del bar. Tenía que pensar en algo. Todo mi dinero estaba invertido en este sitio. Pensé que tal vez podría vender algún equipo o alguna de las fotos firmadas que teníamos detrás de la barra de jugadores de las grandes ligas, pero la idea me cabreó. No podía hacerlo. Aquello significaba tanto para mi padre...

Fui a mi despacho y me senté en la mesa. Las X rojas del calendario prácticamente me gritaban. Sabiendo que no tenía otra opción, fue entonces cuando le envié un mensaje de texto a Justin que, para mi sorpresa, respondió inmediatamente que estaba en camino.

Justin al rescate. Mi sueño había sido cierto y él iba a salvarme. Solo que nunca pensé que sería de un sospechoso prestamista.

Estuvimos mandándonos mensajes de texto durante los últimos días, desde que mi hermana

apareció en mi casa. Cara se había ido temprano por la mañana mientras yo todavía dormía, y no me despertó ni siquiera para despedirse. Tampoco dejó ninguna nota. Cuando bajé, encontré las mantas y las toallas dobladas en el sofá. Intenté llamarla inmediatamente, pero por supuesto no contestó. Me enfadé conmigo misma por no exigir más respuestas cuando tuve la oportunidad. Ahora se había vuelto a ir pero yo seguía con ese lío.

Lo único bueno que pasaba ahora mismo en mi vida eran las conversaciones con Justin. Me distraían. Cada vez le conocía más a él y a su familia. Me entristecía que no tuviera una buena relación con su padre. No podía imaginarme odiando a mi padre, pero claro, todas las familias tenían dramas. Mi hermana y yo éramos un claro ejemplo.

También me habló sobre su pasado. Siempre fue el soltero del grupo y no parecía que hubiera tenido una relación de verdad nunca. Aunque no era tan sorprendente. Sabía que no quería sentar la cabeza, pero de pronto me pidió una cita, algo que me pilló desprevenida. Al principio, admito que la idea me entusiasmó. A través de nuestros mensajes, me había caído muy bien y además, ya sabía que la atracción física estaba ahí. Aun así, tardé unos minutos en pensármelo y responderle que no. Sencillamente, ahora mismo no había espacio en mi vida para explorar la posibilidad de empezar una relación.

Pensé que dejaría de hablarme después de aquello, pero se tomó bien el rechazo y seguimos hablando. Me sentí mal porque me gustaba y se lo hacía saber con mensajes coquetos y algún que otro selfie. Quizás estaba jugando con él, o tal vez sólo quería que esperara a que mi vida fuera menos complicada.

Pero el hecho de que dejara todo para venir ahora aquí era una buena señal. Por mucho que no quisiera aceptar su ayuda, era mi último recurso. Por supuesto, le exigiría un contrato y condiciones para devolvérselo todo. No iba a aceptar el dinero sin más y tampoco quería una limosna. Yo no era así.

No tardaría en llegar. Fui al baño a refrescarme un poco, me alisé el pelo y me puse un poco de brillo de labios. Me encogí de hombros al verme en el espejo. Esto era lo mejor que podía pasar.

Cuando salí del baño, oí un suave golpe en la puerta. La abrí y lo vi de pie con un traje gris marengo y una camisa blanca. Joder. Había olvidado lo bien que le quedaba el traje. Tragué saliva. Sentí el impulso de llevarlo de nuevo a mi despacho y olvidarme de todo, pero me lo pensé mejor. Tenía que mantener la cordura. La reunión era de negocios, no de placer. No debíamos mezclar ambas cosas.

"¿Vas a dejarme entrar?". Me miró con curiosidad mientras me quedaba en la puerta mirándolo.

"Oh, mierda. Sí, pasa". Me hice a un lado y pasó a mi lado, aferrado a su portátil.

Cerré la puerta tras él y eché el pestillo.

"Por aquí", le dije, conduciéndole a mi despacho.

Me senté en la silla y se sentó frente a mí.

"¿Estás bien?", preguntó con recelo.

La verdad era que estaba mareada y tenía náuseas. No sabía si era por el embarazo o por no haber comido en todo el día. Exhalé un suspiro y cerré los ojos.

"La verdad es que no".

"¿Ha vuelto tu hermana? ¿Y Lenin?", preguntó preocupado.

"No, no". Le hice un gesto con la mano. "Hoy he ido al banco para intentar conseguir un préstamo, pero pensaron que era una broma".

"No es un chiste".

"Soy un chiste. Soy la dueña de un bar arruinado y sin nada".

"Eso no es verdad, Bridget. No digas eso".

"¿Por qué estás aquí?", pregunté.

"Porque quiero ayudarte".

"¿Por qué? No me debes nada".

"No, pero...".

"¿Pero qué?", pregunté.

"Dios, ¿por qué tienes que ser tan cabezota?", preguntó negando con la cabeza.

De repente me sentí muy mal. Sentí que mi cara se quedaba sin color.

"Bridget. ¿Qué te pasa?". Se inclinó hacia delante y me cogió la mano.

"Solo tengo hambre. Hoy no he comido".

"Vamos a buscarte algo de comer, ¿vale?", dijo suavemente, cogiéndome de la mano y llevándome al bar.

Fuimos a la cocina y rebuscó en la nevera mientras yo me sentaba en la encimera. Vi cómo cogía pan de la estantería y pastrami y mayonesa de la nevera. Me preparó un sándwich, mirándome atentamente mientras lo hacía. ¿Por qué era tan amable? Eso me ponía cachonda.

"Toma", me dijo, dándome el bocadillo. "Come".

"Vaya, qué mandón eres", contesté mientras cogía el bocadillo.

Me rugió el estómago. Tenía hambre, así que le di un buen mordisco.

"¿Contento?", dije, levantando las cejas.

"Sí". Levantó las comisuras de los labios.

Mientras Justin me servía un vaso de agua del bar, terminé el bocadillo rápidamente.

"¿Ya estás lista para hablar de negocios?", preguntó.

Asentí con la cabeza mientras cogía el vaso de agua de sus manos. Bueno... todo lo preparada que podía estar.

Me cogió de la mano y me llevó a mi despacho. Sentí su cálida mano en la mía. Era agradable que te cuidaran... Me sentí mal por haber sido grosera con él cuando solo intentaba ayudar.

Volvimos a sentarnos.

"Bien, ¿por dónde íbamos?", preguntó.

"Lenin necesita el dinero dentro de tres días. No puedo conseguir un préstamo y prefiero no vender nada del bar. Entonces, ¿cuáles son mis opciones?".

"Bueno, no tengo suficiente tiempo como para crearte una cartera. Para ganar ingresos, necesitaríamos por lo menos un mes de tiempo. Podríamos conseguir algo rápido en unos días, pero no quiero correr ese riesgo".

Me senté en la silla y me crucé de brazos. "No tengo ni idea de lo que estás hablando".

"Vale, pues déjame simplificar las cosas: te daré el dinero".

"No". Sacudí la cabeza con firmeza.

"Como he dicho, testaruda...", y se reclinó en su silla, molesto.

"No puedo dejar que me des diez mil dólares, Justin".

"¿Por qué no? Teniendo en cuenta mi cartera de clientes, no es tanto dinero".

Me reí a carcajadas. "¿Me estás tomando el pelo?", pregunté, alzando la voz.

"Ya te he dicho...".

"Que eres rico. Lo entiendo". Puse los ojos en blanco.

"No pretendía que sonara así".

"¿Y cómo querías que sonara?".

"Bridget, solo quiero ayudar. ¿Por qué me pediste que viniera si no me vas a dejar hacerlo?".

"De acuerdo. Aceptaré el dinero, pero quiero un contrato".

"Eso no es necesario".

"Sí, lo es. Si vamos a hacer esto, lo haremos a mi manera".

Al escucharme, me di cuenta de lo terca que sonaba, pero bueno... Todavía estaba aquí y no se había escapado. Tendría que acostumbrarse a esto.

"Bien".

"Tiene que haber una serie de condiciones para que te pague. No voy a aceptar una limosna".

"Pero...".

"Sin peros". Levanté la mano.

Miró al techo, claramente exasperado conmigo.

"No es negociable", dije, solidificando mi postura.

Me devolvió la mirada y se pasó las manos por la cara. "Eres imposible, ¿lo sabías?".

"Eso me han dicho".

Miré la hora en mi teléfono. Andy llegaría en cualquier momento para ayudarme a abrir el bar, así que tendríamos que terminar el contrato más tarde. Me levanté del escritorio.

"Tengo que preparar el bar", dije.

Se levantó y recogió sus cosas antes de acercarse a mí. Olí su colonia y sus ojos me miraron con atención. Dios, ¿qué me estaba haciendo? No podía dejar que me distrajera tan fácilmente por su evidente carisma. En lugar de eso, le tendí la mano en el pequeño espacio que nos separaba. Miró mi mano y frunció el ceño. Luego soltó una carcajada antes de poner su mano sobre la mía.

Se la estreché con firmeza. "Gracias".

"Adiós, Bridget". Se arrodilló y me besó en la mejilla. Su suave aliento contra mi oreja me hizo cerrar los ojos involuntariamente, mientras recorría todo mi cuerpo.

Se dio la vuelta y salió por la puerta de mi despacho, dejándome prácticamente paralizada. Lo vi salir por la puerta mientras Andy entraba. Intercambiaron saludos y luego se fue.

"¿Ha vuelto a por más?", preguntó Andy cuando me vio en la puerta de la oficina.

"Eres lo peor", dije, tratando de ocultar mi sonrisa.

Me uní a él detrás de la barra y sentí que mi estado de ánimo se levantaba al instante. Era el mayor alivio que había sentido en días. Por fin tenía una solución para pagar a Lenin y sacarlo de mi vida para siempre, y con suerte, de la de mi hermana también. Debería haber aceptado la ayuda de Justin hace tiempo. Me habría ahorrado muchas noches de insomnio. Aunque ahora estaba en deuda con él para siempre, sobre todo porque tardaría un tiempo en devolverle todo el dinero.

Capítulo 22

Justin

Abrí la puerta de mi piso y dejé las llaves sobre la mesa de la entrada. El sol empezaba a ocultarse y proyectaba un resplandor anaranjado sobre el salón. Encendí una lámpara y me dirigí a la zona del bar, situado en un rincón del salón. Saqué un vaso de la estantería y lo llené de piedras de hielo, con el familiar tintineo resonando en mis oídos. Me serví una generosa ración de whisky y bebí un sorbo. El calor recorrió toda mi garganta mientras tamborileaba con los dedos sobre la encimera de mármol.

Después de la charla con Bridget en el bar, mis pensamientos estaban desordenados. No para de darme una de cal y otra de arena con su terquedad y sus señales contradictorias. Estaba agotado de intentar seguirle el ritmo, aunque me alegré de que finalmente aceptara el dinero, pero no sin exigir un contrato. ¿Por qué no podía aceptarlo como un regalo? Sacudí la cabeza solo de pensar en lo testaruda que era. Resultaba irritantemente sexy.

Cogí mi vaso, me tiré en el sofá y di otro sorbo antes de dejarlo sobre la mesita de cristal. Me acerqué el portátil y lo encendí. Había leído tantos contratos en mi negocio que mecanografiar uno no sería difícil. Además, no tenía por qué ser meticuloso. Para empezar, ni siquiera quería redactarlo, pero si eso hacía que Bridget aceptara el dinero, lo haría.

Abrí un documento de Word y me quedé mirando el cursor que parpadeaba. Mis dedos revoloteaban sobre las teclas mientras pensaba en los términos. En realidad, no habíamos hablado de eso. Ella quería un contrato, pero no entró en detalles. Quería pagarme, pero había diferentes maneras de hacerlo. No tenía por qué ser estrictamente monetario.

Se me ocurrió una idea mientras terminaba el resto del whisky. Era arriesgado, pero la oportunidad estaba ahí. En lugar de un plan de pagos, ella aceptaría salir conmigo a cambio del dinero que le diera. Era una situación con la que todos salíamos ganando.

Quise invitarla a salir de nuevo después de que me lo negara la primera vez, y esto me garantizaba que ella no pudiera decir que no. De todos modos, parecía que prácticamente estábamos saliendo, con el tiempo que pasábamos enviándonos mensajes de texto y la intimidad que ya habíamos compartido. Si dejara de ser tan testaruda, vería que íbamos por buen camino.

También sería una forma de protegerme. En el pasado había salido con mujeres que solo estaban interesadas en mi dinero. Tejían planes retorcidos, contando mentiras para intentar atraparme. Era lógico que no confiara en las mujeres ni quisiera sentar la cabeza. Pero por lo que conocía de Bridget, ella no parecía ese tipo de mujer. Aun así, un contrato me ofrecería esa tranquilidad.

Empecé a mecanografiar el contrato, mientras me preguntaba cuánto la iba a cabrear cuando lo leyera. Como se acercaba la fecha límite, no tenía muchas opciones, así que tendría que firmarlo.

Cuando terminé de escribirlo, le eché un vistazo. Era un documento sencillo, de una sola página. Le di a imprimir. Mientras el portátil se conectaba a la impresora del despacho, me serví otro vaso de whisky. El sol se había puesto y el cielo tenía un color lila intenso que se cernía sobre las luces de la ciudad. En ese momento, pensé en la posibilidad de compartir pronto este tipo de momentos con Bridget.

Me gustaba mandarle mensajes. Era divertida. Los memes que enviaba siempre me hacían reír. Los selfies que me enviaba los guardaba en la galería de favoritos. Pero yo quería más de ella. El único lugar donde realmente la veía era en el bar. Joder, ahí era el único lugar donde habíamos tenido sexo. Estaba listo para llevarla a mi casa o salir con ella. Quería llevarla a cenar o pedir comida para llevar y comerla en el sofá. Pero bueno, mañana sabría si aceptaría el trato o no.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Era Bridget:

Hola.

Yo: Hola.

Bridget: Solo quería disculparme por haber sido una perra testaruda antes.

Yo: Terca, sí. Zorra, no.

Bridget: De nuevo, gracias por ayudarme.

Yo: Quiero hacerlo, ya lo sabes. Mañana antes de que abra el bar te llevaré el dinero y el contrato.

Bridget: Vale. Nos vemos entonces.

Yo: Que pases una buena noche en el trabajo.

Bridget: Gracias.

Oí el pitido de la impresora desde mi despacho. Entré y saqué el papel de la bandeja. Bajo la luz de mi escritorio, firmé con mi nombre en la línea. Mañana veríamos si Bridget firmaba el suyo debajo.

A la mañana siguiente, me dirigí al banco con el maletín en la mano.

"Buenos días, señor Ralston", me saludó la cajera.

Se llamaba Samantha. Era con quien había firmado una cuenta cuando me mudé por primera vez a la ciudad. Era un bombón. Pelo negro liso, ojos color caramelo y piel aceitunada. Se había ofrecido a enseñarme la ciudad, pero nunca acepté.

"Buenos días. Me gustaría entrar en mi caja fuerte".

"Por supuesto. ¿Me da su DNI, por favor? Ya le conozco, pero como comprenderá, es el procedimiento". Me guiñó un ojo.

"Entiendo". Saqué mi carné de la cartera, se lo entregué y lo estudió un momento antes de devolvérmelo.

"Voy a por tu llave y te acompaño. Espera a que suene la puerta y podrás entrar".

Asentí y me apoyé en una pared cercana. Pronto, la puerta sonó y tiré de ella para abrirla. Samantha me condujo a la sala de seguridad y abrió la puerta.

"Estaré justo fuera. Tómese su tiempo, Señor Ralston".

"Gracias, Samantha".

Dejé mi maletín sobre una mesa y lo abrí. Cogí la llave y abrí mi caja fuerte. Casi todo mi dinero estaba en el banco, excepto una pequeña cantidad que guardaba aquí. No era recomendable, pero no me apetecía que el banco informara a los federales de que había sacado una suma tan grande. Saqué diez fajos de billetes y los coloqué de forma ordenada en mi maletín. Lo cerré con un clic y eché el cerrojo.

Me encontré con Samantha fuera. Se animó cuando me vio salir de la habitación. Cerró detrás de mí y empezó a guiarme hacia la entrada.

"¿Qué te parece Boston?", me preguntó.

"Muy bien. Me siento como en casa".

"Sabes, nunca aceptaste mi oferta".

Sonreí tímidamente. "Ah, ya... Lo siento mucho, pero ahora estoy saliendo con alguien".

No salgo con nadie. Al menos, no todavía. Pero después de hoy, eso podía cambiar.

"Bueno, es una chica afortunada". Me dedicó una sonrisa tensa.

Le di mi llave y me acompañó al vestíbulo. Se despidió de mí con la mano antes de volver al mostrador.

Inmediatamente me fui a casa. No me parecía inteligente vagar por la ciudad con diez mil dólares en el maletín y tenía un rato antes de reunirme con Bridget en el bar. Por suerte, podía matar el tiempo con unas cuantas reuniones por videollamada pendientes. Pasé el resto del tiempo observando el mercado de valores y realizando cualquier operación que me pareciera rentable.

Pasadas las dos de la tarde, me dirigí a *Murphy's* con el dinero y el contrato guardados en el maletín del maletero del coche. Aparqué en una plaza vacía, cogí el maletín y llamé a la puerta. Al cabo de un momento, la puerta se abrió y Bridget me hizo pasar. Echó un vistazo al frente antes de cerrar la puerta tras nosotros.

"Solo quería asegurarme de que ese asqueroso no estuviera por aquí. Siempre tengo la sensación de que me vigilan", dijo con recelo mientras cerraba la puerta.

"¿Ha vuelto?".

"No, pero anoche envié a uno de sus secuaces. Me dejó una tarjeta de visita negra con un número de teléfono. Se supone que debo llamarlo cuando el dinero esté listo".

"Suena totalmente legítimo", dije, tratando de aligerar la situación.

"Vamos", dijo ella.

Me di cuenta de que llevaba una falda vaquera corta. Era diferente a sus vaqueros o leggings habituales. Mis ojos recorrieron sus tonificadas piernas mientras me llevaba a su despacho. Teníamos el lugar para nosotros solos. Andy todavía no había llegado, lo que probablemente era bueno, teniendo en cuenta esta transacción turbia que estaba a punto de tener lugar.

Ella se sentó en su silla de escritorio y yo me senté frente a ella. Situación bastante parecida a la

de ayer, aunque esperaba que hoy no fuera tan testaruda. Coloqué mi maletín sobre su escritorio y lo abrí. Noté que sus ojos se abrían de par en par al ver el montón de dinero que había dentro.

"¿Tienes algún sitio seguro donde guardarlo?"

"Tengo una caja fuerte". Señaló con la cabeza hacia un rincón de la habitación, pero solo vi una pequeña nevera.

La miré y volví a mirarla inquisitivamente. Ella se rió.

"Parece una nevera, pero en realidad es una caja fuerte clavada en el suelo".

"Qué lista".

"Lo sé". Una sonrisa satisfactoria se dibujó en sus labios.

Luego me miró fijamente. "¿Dónde está el contrato? No voy a tocar ese dinero sin el documento".

"Lo sé, lo sé". Levanté las manos en señal de defensa.

Saqué el papel de mi maletín y lo deslicé por el escritorio hacia su dirección. Aguanté la respiración mientras lo cogía. Esperaba que no se enfadara o, peor aún, que se ofendiera. Vi cómo sus ojos leían las palabras impresas ante ella.

Finalmente, soltó una carcajada exasperada antes de mirarme.

"Tiene que ser una broma", dijo, cruzándose de brazos e inclinándose hacia atrás en la silla.

"En realidad, hablo completamente en serio".

"Estos no eran los términos que tenía en mente".

"Nunca hablamos de condiciones. Querías un contrato. Ahí lo tienes". Señalé el papel que tenía en las manos.

Lo dejó sobre el escritorio y me lo devolvió con frialdad. "No voy a aceptarlo".

"Tienes que hacerlo si quieres el dinero". Me encogí de hombros.

"Entonces no lo quiero".

Solté un suspiro de desesperación y levanté las manos. Nos quedamos en silencio mirándonos el uno al otro durante un minuto. Esta mujer iba a hacer que me tirara de los pelos un día de estos. Cuando me quedé mirándola más tiempo, no pude evitar que las comisuras de mis labios se levantaran. Intentaba mantener un rostro serio, pero fracasaba. Cerré el maletín y me puse en pie. Sus ojos me observaron con cautela mientras me acercaba a ella.

No íbamos a llegar a un acuerdo ahora, pero sabía cuál era la mejor manera de distraerla. La cogí de las manos y la levanté de la silla para que se pusiera frente a mí. Le metí un dedo bajo la barbilla y le incliné la cara hacia mí. Su ceño se frunció antes de soltarse y sus párpados se cerraron. Me incliné hacia ella y apreté ligeramente mis labios contra los suyos.

Mi mano se deslizó hasta la parte baja de su espalda y la atraje hacia mí con rapidez. Soltó un pequeño grito ahogado y aproveché la oportunidad para meterle la lengua en la boca y rozarla contra la suya. Ella gimió dentro de mí antes de separarse bruscamente.

"Sé lo que estás haciendo", dijo de forma seca.

Me incliné hacia ella y le susurré al oído: "¿Y qué es?"

Inclinó la cabeza hacia atrás y mis labios rozaron su cuello, colmándola de suaves besos.
"Distrayéndome".

"No sé de qué me hablas".

Mi mano subió lentamente por su muslo hasta el bajo de su falda. Rastreé mis dedos contra ella y cedió. Algún día llegaríamos a mi cama, pero por ahora, nuestro lugar habitual serviría.

Capítulo 23

Bridget

Me tumbé encima de Justin, totalmente agotada y desnuda. Tenía la cabeza apoyada en su pecho y escuchaba su respiración mientras miraba mi oficina. Estábamos en el suelo y me pregunté por qué siempre acabábamos así. ¿Cómo habíamos pasado de revisar un contrato para salvarme de un usurero a terminar follando? Tenía un poder irresistible sobre mí que era increíblemente frustrante, pero igualmente excitante.

Mientras estábamos tumbados en silencio, volví a pensar en el contrato. No podía creer las condiciones que había establecido. A cambio de dinero, tendríamos que salir juntos. Era lo más ridículo que había oído nunca, pero a una parte de mí le apetecía hacerlo. Sabía que estaba siendo testaruda al respecto y que me había negado antes de que me distrajera. Aunque la verdad era que no me importaría verle más a menudo.

Me gustaba. Intenté convencerme de lo contrario, pero fue inútil. Nuestras conversaciones eran fáciles y ya sabíamos mucho el uno del otro. Cuando pensaba en él, no podía evitar sentir vértigo, pero también me hacía sentir segura y cuidada, algo que no había sentido en mucho tiempo. Normalmente era yo la que cuidaba de los demás, así que era un cambio agradable.

También me podía acostumbrar al sexo porque cada vez era mejor. No sabía cómo era posible. Prácticamente nos arrancamos la ropa. No nos tomamos nada con calma y fuimos directos, sin preliminares. Había una desesperación frenética por estar lo más cerca posible el uno del otro.

Pero incluso con todo eso, había una cosa que estaba complicando la situación: el bebé. En algún momento tendría que contárselo y se daría cuenta de que algo estaba pasando cuando las náuseas matutinas aparecieran con toda su fuerza. Acababan de empezar y no eran nada agradables. Aunque pudiera ocultarlo, acabaría notando que mi barriga aumentaba de tamaño. De hecho, para su gusto, mis pechos ya estaban más turgentes. Sus manos y su boca estaban sobre ellos.

Podría decírselo ahora, pero estaba demasiado asustada. Había tenido muchas oportunidades de decírselo, pero siempre había algo que me lo impedía. Después de hablar con Lenin y arreglar el desastre, se lo diría. Ya se lo había estado ocultando. ¿Qué más daba un par de días más?

"Deberías irte", susurré mientras me apartaba y me tumbaba boca arriba a su lado.

"¿Ah, sí?". Se puso de lado y me miró.

"Quiero decir, me encantaría que te quedaras, pero tengo que abrir el bar".

"¿Estás segura?". Sentí su mano rozando la parte interior de mi muslo y me recorrió un pequeño temblor, sonriéndome con tono de tortura. Una parte de mí se planteó dejar que se quedara y que Andy abriera, pero no quería que estuviera aquí por si Lenin aparecía por casualidad.

Me incliné y le besé. "¿No crees que ya hemos torturado bastante a Andy?", dije bromeando.

Se rió. "Pobrecito".

Le mordí el labio inferior con los dientes antes de incorporarme. Cogí mi ropa y empecé a vestirme.

"Está bieeeeeen. Me voy", dijo dramáticamente, mientras cogía su ropa.

Una vez vestidos, me asomé por la puerta de mi oficina. Andy no había llegado todavía. Gracias a Dios. Abrí más la puerta.

"No hay moros en la costa", dije.

Llevé a Justin a la puerta, pero antes de abrirla, me agarró la mano.

"Vete informándome con lo de Lenin, ¿de acuerdo? Esto no me gusta y no quiero que te pase nada".

"Estaré bien". Apreté su mano antes de empujar la puerta para abrirla.

Justin me hizo un pequeño gesto con la mano antes de caminar hacia su coche y marcharse. Cerré la puerta con llave y volví a mi despacho. Abrí el cajón de mi escritorio y encontré la tarjeta negra que había dejado el tipo de Lenin.

Marqué el número y dejé un mensaje. "Tengo tu dinero. Pásate por el bar mañana por la mañana".

Colgué justo cuando oí a Andy abrir la puerta y entrar. Me sentí aliviada de tener a alguien aquí conmigo, por si acaso. Todo esto estaba a punto de terminar.

Más tarde esa noche, estaba sirviendo chupitos para una gran fiesta cuando oí que el bar se quedaba en silencio, excepto por Lynyrd Skynyrd tocando. Levanté la vista y vi a mi hermana entrando a trompicones por la puerta. Estaba despeinada, con el pelo revuelto y la misma ropa que cuando se quedó a dormir en mi casa.

Corrí hacia ella. "¡Cara!". La agarré de los brazos para sujetarla y el olor me hizo estremecer. Apestaba a alcohol.

"¡Suéltame!", y me empujó mientras todos a nuestro alrededor nos miraban con la boca abierta.

Volví a agarrarla del brazo y tiré de ella hacia la barra, sentándola en un taburete. Se balanceó y se agarró a la barra para no caerse. Me di cuenta de que tenía moratones en la cara y en los brazos.

"Andy, agua. Por favor", dije desesperadamente.

Andy cogió rápidamente un vaso, lo llenó de hielo y agua y me lo entregó preocupado.

"Toma un poco de agua, Cara", le dije con calma.

Ella me lo quitó de la mano de un manotazo, haciendo que el vaso cayera al suelo y se hiciera añicos. Sentí los ojos de todo el bar mirándonos, pero traté de ignorar sus miradas. Tenía que controlar a Cara.

"Cara, cálmate", dije, con la voz baja.

"No quiero calmarme", me espetó a la cara.

"Estás montando una escena".

"Oh, vayaaa... Perdona por montar una escena en tu precioso bar".

"Mira, creo que necesitas despejarte un poco. Deja que me ocupe de ti".

"Ah, ¿ahora quieres cuidar de mí?", contestó riendo.

"Siempre quiero, pero a veces me lo pones muy difícil".

"Siento que tu vida sea tan dura", balbuceó.

"¿Sabes siquiera el lío en el que me has metido?". Sentí que la ira revoloteaba en mi estómago.

"Pobre Bridget", dijo Cara con sarcasmo. "¿Y qué lío te he causado?".

"¿Estás de broma?".

"Mira mi vida comparada con la tuya".

"Yo no tengo la culpa de cómo has resuelto tu vida. Tú tomaste tus propias decisiones".

"Tal vez si hubiera sido la favorita de papá, habría conseguido este lugar. Pero no, a la perfecta Bridget le sirvieron todo en bandeja de plata". Cara agitó el brazo.

"Me partí el culo por este sitio", espeté. "Tú lo sabes. Apenas pusiste un pie en este lugar. No significa nada para ti".

"Igual que yo no significo nada para ti. Ni para papá".

"Vete", susurré. Ya había oído suficiente. Después de todo lo que habíamos hecho por ella durante años, no podía seguir escuchándola.

"Andy, llama a seguridad", dije, apartando la mirada de ella.

"Mm, ¿estás segura?", preguntó Andy, mirándonos a las dos.

"Sí. Hazlo".

"¿En serio me estás echando?", preguntó Cara, enfadada.

"Sí. Lo estoy haciendo. Es por tu propio bien, Cara".

"Te odio", dijo con la respiración contenida.

"Bueno, en este momento, ese sentimiento es mutuo".

Fue hasta la puerta principal y le hizo un gesto al portero para que entrara. Vi con los brazos cruzados cómo sacaba a mi hermana del bar. Ella intentó defenderse, lanzando puñetazos, pero él era mucho más fuerte. Pasó sus brazos por debajo de los de ella y la sacó a rastras mientras todo el bar miraba. A pesar de mi gran coraza, por dentro estaba destrozada.

Quería creer que si seguía ayudando a mi hermana, podría rehacer su vida. Pero no importaba cuántas veces la sacara de apuros o resolviera sus problemas por ella, siempre sería Cara. Su aparición aquí esta noche era la prueba de ello.

Me dolió ver que había sido maltratada y no pude evitar preguntarme si Lenin estaba detrás de eso. Pensar en ello me dio malestar y de repente sentí náuseas. Corrí al baño y vomité en el retrete, apoyándome mientras procesaba todo lo que acababa de ocurrir.

Gemí mientras apoyaba la cabeza contra el retrete, intentando ignorar que era un restaurante público. Me sujeté el estómago con una mano, intentando tranquilizarme. Había un bebé ahí dentro. Ese fue el primer momento en que sentí que era real. Tenía un niño o una niña creciendo dentro de mí y me invadió una oleada de amor, pero también de preocupación. ¿Cómo iba a proteger a mi hijo con este caos a mi alrededor? Un caos que solo se producía cuando estaba mi hermana cerca.

Sabía que tenía que elegir. Podía seguir dejando que Cara volviera a mi vida una y otra vez, o

podía protegernos a mi bebé y a mí. Por difícil que fuera, sabía que tenía que cortar los lazos y que no podía seguir permitiendo que mi hermanita destruyera mi vida.

Un momento después, oí un suave golpe en la puerta.

"Bridget, ¿estás bien?". La voz de Andy se coló en el baño de mujeres.

"Estoy bien. Enseguida salgo".

"Vale...".

Respiré hondo y me puse de pie. Me lavé las manos y me enjuagué la boca en el lavabo. ¿Cómo iba a saber si eran síntomas inducidos por el embarazo o por Cara? Me sequé las manos y empujé la puerta para abrirla, encontrándome a Andy, que esperaba cauteloso.

"¿Quién está atendiendo el bar?", pregunté, mirando alrededor.

"Nadie. Quería ver cómo estabas. Todo el mundo ahí fuera, incluyéndome a mí, está preocupado por ti".

"Estoy bien, de verdad. Gracias por ocuparte". Miré hacia la puerta.

"Jason se aseguró de que se montara en un Uber para llevarla... a algún sitio".

"Gracias, Andy. De verdad.", y le di un abrazo rápido. "Tenemos que volver al trabajo".

Cuando volvimos detrás de la barra, todo el mundo se quedó en silencio mientras me miraban con recelo y sentí que mi cara se enrojecía.

Andy me dio una palmada en la espalda. "¿Estás segura de que no quieres tomarte un respiro en tu despacho, o incluso tumbarte en el desván?", preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza. "Estoy bien. Gracias".

Entonces me giré hacia todos e hice un anuncio en voz alta. "El espectáculo ha terminado. Siento que hayan tenido que verlo. Por favor, acepten mis disculpas por la interrupción".

"No pasa nada, Bridget", gritó un cliente.

"Estamos contigo, chica", gritó otro.

Era mi familia, y sentí alivio en ese momento. *Murphy's* era mi hogar y haría cualquier cosa para protegerlo. Amaba a esta gente.

"Gracias. Por favor, acepten una ronda de bebidas de mi parte. Invita la casa", dije, forzando una sonrisa.

El bar estalló en vítores y los puños se alzaron en el aire. El silencio había terminado y la fiesta había vuelto. Miré a mi alrededor y deseé que Justin estuviera aquí. Me arrepentí de haberle echado. No sabía por qué lo había hecho o por qué lo mantenía alejado, cuando él claramente quería estar más cerca. Creo que solo quería protegerme.

A pesar del sueño que había tenido de él matando al dragón y salvándome, quería ser capaz de salvarme a mí misma. Era mi lado fuerte y testarudo. Mi padre me había criado así. Nunca me enseñaron a ser una damisela en apuros, como en mi sueño. Al contrario, me enseñaron a luchar, y eso era lo que estaba haciendo. No necesitaba arrastrar a nadie más conmigo. Aunque Justin me ayudó generosamente, quería pasar el resto de todo esto sola.

Capítulo 24

Justin

Me paseaba por el salón, mirando la ciudad. Esperaba noticias de Bridget. Era la una de la madrugada y Lenin ya debía de haber aparecido para el intercambio. Le había enviado un mensaje de texto hacía una hora, pero no recibí respuesta. Me decía a mí mismo que probablemente estaría ocupada atendiendo el bar, pero la preocupación seguía asomando por cada rincón de mi mente.

Cogí el móvil del bolsillo y volví a escribirle: *Hola. Sólo quería saber cómo estabas. Vuelve a escribirme. Por favor, devuélveme el mensaje.*

Sabía que sonaba desesperado, y lo estaba.

Esperé diez minutos, pero no contestó.

Con un suspiro, tiré el teléfono en el sofá. Me dejé caer junto a él y me pasé los dedos por el pelo, frustrado. Sabía que quería arreglárselas sola, lo cual era la razón principal por la que quería que me fuera esta tarde. Al menos tenía el dinero, y quizá yo ya había hecho todo lo que estaba en mi mano por ella.

Pero si esperaba que no me preocupara, se equivocaba. La idea de que se las tuviera que ver con un usurero me encogía el estómago. No sabía nada de ese tipo. Podía ser peligroso o violento. Tal vez incluso había sido él quién maltrató a Cara. ¿Y si le ponía la mano encima a Bridget? Solo pensar en eso hacía que entrara en cólera.

Mi intento de conciliar el sueño antes de mi preocupación fracasó miserablemente, por lo que ahora estaba caminando en la oscuridad con pensamientos horribles vagando por mi mente. No podía quedarme aquí. Tenía que ir a ver si estaba bien.

Me levanté rápidamente del sofá y cogí las llaves de la mesa de la entrada. Corrí hasta el aparcamiento y cogí el coche. Aceleré en dirección a *Murphy's*, pero parecía que iba a ocho kilómetros por hora.

No iba a dejar que se enfrentara sola a esto. Nadie, aparte de su hermana y yo, sabía el lío en el que estaba metida, y su hermana, razón por la que estaba metida en todo esto, no tenía pinta de que fuera a protegerla. Tenía que estar a su lado si algo salía mal.

El bar estaba lleno cuando llegué. La gente estaba fuera, esperando para entrar. Me hizo sentir más tranquilo saber que estaba rodeada de gente si Lenin entraba aquí. Sabía que Andy estaría aquí, pero no parecía muy agresivo. Exploré la zona en busca de una plaza de aparcamiento, pero no encontré ninguna. Conduje calle arriba y calle abajo hasta que encontré una plaza con parquímetro a unas dos manzanas y caminé rápidamente por la acera hasta el bar.

Abrí la puerta de un tirón y oí la música a todo volumen. Mis ojos se adaptaron a la luz tenue y vi gente por todas partes. Escudriñé el bar en busca de Bridget pero solo vi a Andy detrás de la barra. Se me cerró el estómago. Me abrí paso a empujones a través de la multitud hacia la barra.

"¡Andy! ¿Dónde está Bridget?", grité.

"¡Hola, Justin!", gritó por encima de la música.

"¿Dónde está Bridget?", le pregunté de nuevo.

"¿Eh?". No me oía.

"¡Bridget! ¿Dónde está?", volví a gritar.

"Oh, está en el baño. ¿Va todo bien?", preguntó, mirándome con curiosidad.

"Sí, solo necesito hablar con ella".

"¿Quieres tomar algo mientras esperas?", preguntó.

"No, está bien". Sacudí la cabeza. Quería tener la mente despejada para esta transacción. Necesitaba estar alerta por si algo salía mal.

"Te has perdido un gran espectáculo", dijo, mientras me servía un vaso de agua.

"¿Qué quieres decir?", le pregunté. ¿Ya había aparecido Lenin? ¿Había llegado demasiado tarde? ¿Por qué Bridget no me había enviado un mensaje para decirme que estaba bien?

"Cara, la hermana de Bridget, apareció aquí... Un desastre total. Montó una gran escena".

"¿Dónde está ahora? ¿Venía con alguien?", pregunté, mirando alrededor del bar. Tal vez había venido con su amigo el usurero.

"No, estaba sola, pero vino hecha una mierda. Totalmente borracha. Le dijo cosas desagradables a Bridget y Bridget llamó a seguridad".

"¿En serio?", me sorprendió.

"Sí, lo sé. Pero estoy orgulloso de Bridg. Esa hermana suya siempre le está causando problemas, y ya era hora de que cortara por lo sano. Hay gente a la que no se puede ayudar".

Asentí y eché un vistazo al bar. En ese momento, Bridget salió del pasillo lateral de los baños y caminé rápidamente hacia ella. Cuando me vio, puso cara de sorpresa y luego se le dibujó algo más en el rostro. De repente no me sentí bienvenido. Se me revolvió el estómago.

"¿Qué haces aquí?", me preguntó, mirándome de arriba abajo con una ceja levantada.

Bajé la mirada y me di cuenta de que estaba en pijama. Salí de casa con tanta prisa que ni me molesté en cambiarme, pero no importaba. Me alegraba de estar aquí.

"Nunca me contestaste", dije.

"Mm hola, estoy trabajando. Dirijo este lugar, ¿recuerdas?".

"Sí, pero estaba preocupado".

"Bueno, no tienes por qué estarlo". Se encogió de hombros y evitó mi mirada.

"Bridget. ¿Qué está pasando?".

No sabía por qué estaba siendo así conmigo.

"Andy, ahora vuelvo. ¿Puedes ocuparte de la barra?", preguntó, golpeando la barra con los nudillos.

"Sí, claro. Por supuesto".

"Vamos", me dijo Bridget, haciéndome un gesto para que la siguiera.

Levantó la barra y se dirigió a la cocina, atravesándola y pasando junto a los cocineros que preparaban nachos y patatas fritas, y abrió de un empujón la puerta que daba al callejón trasero. El aire era fresco.

De repente se giró para mirarme, cruzando los brazos.

"Creí que habías captado la indirecta", dijo, bruscamente.

"¿Perdona?".

"Esta tarde".

"Esta tarde ha sido increíble. ¿Me he perdido algo?".

Ella suspiró. "Sí, fue divertido y todo...".

"Divertido...", repetí lentamente.

¿Solo eso? Pensé que era más que eso.

Y ahí estaba yo, creyendo que lo que teníamos era algo más. O al menos esperaba que llegara a eso. Pero ahora ella estaba haciendo que pareciera que yo solo era una llamada para tener sexo.

"Pero te pedí que te fueras, Justin... Entonces, ¿por qué estás aquí de nuevo?".

"Bridget, vine para asegurarme de que estabas bien. Estaba preocupado por ti. Tienes diez mil dólares en tu oficina y un tipo peligroso que viene a por ellos".

"El dinero está a salvo y yo me encargaré de él cuando llegue. Creí haberte dicho que quería hacer esto yo sola".

Una parte de mí se sintió aliviado al saber que todavía no había venido, pero ella me estaba apartando... Otra vez. ¿Cuántas veces teníamos que pasar por esto?

"No quiero que tengas que hacerlo sola. Bridget, me preocupo por ti. No sé qué haría si te pasara algo".

"Apenas me conoces", espetó.

"Yo sí te conozco. Te encantan las películas cursis. Prefieres el whisky al vino. Pides chai tea lattes. Tienes esa cicatriz en la rodilla por bajar en bici la empinada cuesta de la esquina de tu antigua casa...".

"Enumerar algunos hechos al azar no significa que me conozcas".

"Sé que eres muy testaruda, para mi desgracia, pero en el fondo también eres sensible. Tu corazón es demasiado grande y a veces puede ser tu punto débil con algunas personas de tu vida".

"¿Quieres parar?", dijo en voz alta.

Dejé de hablar mientras sus ojos me fulminaban con la mirada. Nos quedamos un momento en silencio.

"¿Por qué haces esto?", preguntó en voz baja, mirando algo a lo lejos.

"¿El qué?".

"Complicar las cosas".

"¿Porque quiero estar contigo?".

"Ya, pero ahora mismo no necesito esto en mi vida. No te necesito. Tú fuiste quien me dijo que no querías una relación. Hasta te estremeciste solo de pensarlo. ¿No te acuerdas?".

"Sí, pero las cosas han cambiado. He cambiado".

Se rió a carcajadas. Fue hostil y eso me atravesó por dentro.

"Eres un fiestero, Justin. Un jugador. No te engañes".

Estaba cogiendo mi pasado y usándolo en mi contra. No podía creerlo. Nos habíamos abierto el uno al otro y habíamos compartido cosas íntimas, lo bueno y lo malo. Había confiado en ella.

"Tal vez lo hice, pero ya no soy así. Bridget, quiero estar contigo. Pensé que quizá tú querías lo mismo".

"Bueno, pensaste mal".

"Mira, sé que dijiste que tú tampoco querías sentar la cabeza, pero aquí hay algo. Lo ves, ¿verdad?". Di un paso hacia ella y le cogí las manos, separándolas entre nosotros.

"Aquí no hay nada, Justin. Lo siento", dijo en voz baja, apartando las manos y cruzándose de brazos.

Asentí con la cabeza. Estaba claro que había interpretado mal las cosas con ella. Todo lo que compartimos los últimos meses, resultó ser mentira.

"¿Para qué has hecho todo esto entonces?", pregunté suavemente, buscando respuestas en sus ojos.

"¿No lo entiendes?", preguntó, como si yo fuera tonto.

Negué con la cabeza.

"Por dinero. Necesitaba dinero. Vi mi oportunidad y la aproveché".

"Eso no es verdad", dije secamente.

"Sí que lo es. ¿Crees que no reconozco a un chico rico y guapo cuando lo veo?".

No la creí.

"Estás mintiendo".

"No miento. Cleo me contó cómo te ganabas la vida, y tampoco hacías mucho por ocultarlo. Alardeabas de ello con tu elegante traje y tu brillante maletín. No parabas de hablar de tu negocio y del éxito que tenías, y de cómo papá te había dejado un pequeño fondo fiduciario. Dios, casi me sangran los oídos solo de escuchar lo engreído que eres".

"Basta", dije en voz baja. No quería oír más.

"No me extraña que tus padres no quieran saber nada de ti. Eres un niño malcriado y pretencioso".

Sentí como si acabara de abofetearme. Me ardían los ojos, pero no iba a dejar que me viera llorar. Nunca en mi vida había llorado delante de una mujer, y esta no sería la primera vez. Me sentí humillado, pero sobre todo herido. Me había estado lanzando puñales toda la noche, pero este lo clavó hasta el fondo.

Resultó ser como cualquier otra mujer, y yo había caído en su trampa. Me sentí avergonzado por hablarle de mi riqueza. Sabía que no debía hacerlo y me arrepentí de ello, pero también de

haberle hablado sobre mi familia. Las heridas estaban todavía recientes y ella acababa de abrirlas de par en par.

"Buena suerte, Bridget".

Le di la espalda y respiré hondo. Sentía sus ojos clavados en mí. Empecé a alejarme. Necesitaba salir de allí. Antes de salir del callejón, me giré.

"Puedes quedarte con el dinero. Sin contrato. Sin condiciones. Sin ataduras. No quiero tener nada que ver contigo".

Luego doblé la esquina y caminé hacia mi coche. Tenía ganas de llorar y de vomitar. Estaba en estado de shock por lo que acababa de pasar con la mujer de la que me estaba empezando a enamorar. No la reconocía. Fue venenosa y me golpeó donde más dolía, haciendo que me sintiera como un tonto.

Cuando llegué a mi coche, metí temblorosamente la llave en el contacto y lo encendí. Empezó a rugir y me senté en el asiento del conductor, preguntándome a dónde ir. Sin saber dónde iría a parar, puse el coche en marcha y me alejé a toda velocidad. Vi cómo el bar se desvanecía en el espejo retrovisor.

Adiós, Bridget.

Capítulo 25

Bridget

Cuando Justin dobló la esquina y se perdió de vista, rompí a llorar. Le había hecho mucho daño y probablemente no había vuelta atrás. ¿Cómo podía ser así?

Se suponía que no vendría esta noche. No quería que se involucrara más en este lío. Era un hombre demasiado bueno como para arrastrarlo conmigo. Por eso necesitaba que se fuera, y la única forma de hacerlo era haciéndole daño.

En realidad no quise decir ninguna de las palabras que le había dicho. Me dolía lanzarle ese tipo de veneno, especialmente después de que se abriera a mí de tal manera. Fue casi como tener una experiencia extracorpórea, al verme a mí misma diciéndole todas esas mentiras tan crueles. Nunca había escupido tanto odio en mi vida, pero tenía que hacerlo. Era la única manera de que se fuera, y era por su propio bien.

Él no quería estar conmigo. Probablemente solo le excitaba la idea de rescatarme y esa no era forma de empezar una relación. Una relación que me dijo que no le interesaba tener con nadie. Uno no cambia de opinión así como así, y menos todavía se enamora de la dueña de un bar arruinado que está a punto de perderlo todo.

Tuve que hacer de tripas corazón para no caer en sus brazos cuando me entregaba su amor. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Conocía mi verdadero yo, y a pesar de lo diferentes que éramos, podíamos estar bien juntos y eso me aterrorizaba. Nunca había conocido a nadie como él, y si existía la posibilidad de dejarle entrar en mi vida, existía también la posibilidad de perderlo. Y no creía que fuera capaz de soportar enamorarme de él y que luego se fuera.

Podría haberle contado lo del bebé, pero tenía demasiado miedo. Probablemente me diría lo que yo quería oír. Que nos mantendría a salvo, que cuidaría de nosotros. ¿Cómo iba a saber si lo decía en serio o solo porque tenía que hacerlo?

Me levanté con recelo. No podía quedarme en ese callejón para siempre pensando en cosas que ya no tenían importancia. Justin se había ido, y era lo mejor. Tenía demasiado caos en mi vida como para tener también problemas de pareja.

"Contrólate, Bridg", me susurré.

Intenté recomponerme en la oscuridad del callejón. Esperaba que el bar estuviera lo suficientemente oscuro como para que la gente no notara mis ojos rojos e hinchados. Dios, la noche había sido un desastre. Primero, mi hermana apareciendo y montando una escena, y luego, Justin apareciendo cuando yo solo quería que se mantuviera alejado. Nunca me había sentido tan sola.

Abrí la puerta de la cocina. Los cocineros estaban limpiando las encimeras y los fogones. Habían terminado de servir la comida de la noche porque estábamos a punto de cerrar. Les dediqué una sonrisa forzada y abrí de un empujón las puertas batientes del bar.

El lugar todavía estaba sorprendentemente lleno. Andy se movía rápidamente, sirviendo bebidas y descargando vasos limpios. Me sentí mal por dejarlo solo. Me puse a su lado y empecé a colocar vasos limpios en el mostrador.

"Siento haberte dejado. Gracias por dejar que me ocupara de... eso", le dije.

"No pasa nada. ¿Cómo fue?", preguntó.

"Ya se ha ido".

"Oh, Bridg...". Puso su brazo en mi espalda.

"No lo hagas", dije, levantando la mano. No necesitaba la compasión de nadie y menos por una relación que ni siquiera había empezado. Además, no quería volver a derrumbarme pensando en ello.

Miré el reloj. Eran casi las dos de la madrugada.

"Quizá deberíamos hacer la última ronda".

Asintió con la cabeza, como si quisiera decir algo más, pero no lo hizo. En lugar de eso, se tapó la boca con las manos y gritó: "¡Última ronda! Si quieres pedir algo más, es tu última oportunidad".

Los cinco minutos siguientes fueron una locura, con todo el mundo pidiendo sus últimas bebidas de la noche. Cuando el personal de seguridad acompañó al último cliente hasta la puerta, me saludó con la mano y se marchó. El pobre había tenido una noche muy dura con mi hermana. Era como un animal salvaje.

Mirando el bar vacío, me pregunté por qué Lenin no había aparecido. Le había dejado ese mensaje para hacerle saber que estaba lista para darle el dinero. Ahora el bar estaba cerrado y supuse que tendría que esperar otro día. Realmente esperaba que todo terminara esta noche.

Me acerqué a la salida y miré fuera, pero no había nadie. Suspiré mientras cerraba la puerta y empecé a limpiar las mesas. Andy estaba de pie detrás de la barra contando propinas, mirándome mientras lo hacía. Sabía que tenía un montón de preguntas, pero no quería hablar de ello. Ahora

mismo no.

"Oye, después de que hayas terminado con eso, puedes irte".

"¿Qué? ¿Estás segura?". Miró hacia el bar con recelo. Todavía había mucho que hacer, pero prefería hacerlo a solas con mis pensamientos.

"Segurísima".

"De acuerdo. Gracias, jefa". Empezó a contar un poco más rápido. Pronto había repartido las propinas y estaba colgando el delantal.

"¿Seguro que vas a estar bien? Ha sido una noche agitada para ti", dijo.

"Estaré bien. Siempre lo estoy".

Asintió solemnemente antes de desaparecer por la cocina. Había mucho silencio sin la música ni el parloteo de los clientes, así que me tomé mi tiempo para limpiar las mesas y las sillas. Limpié los grifos de cerveza y vacié las papeleras. Sacudí los felpudos y barrí el suelo. Este tipo de tareas me sentaban bien. Me ayudaba a distraerme de mis pensamientos, que constantemente intentaban inmiscuirse en mi mente.

Cuando terminé, abrí la puerta de mi despacho. Vi el contrato doblado sobre la mesa. Lo cogí y volví a leerlo. Las condiciones eran ridículas, pero ya no importaban. Justin dijo que me podía quedar con el dinero. Sin condiciones. Me sentí mal por ello.

Me acerqué a la caja fuerte y me aseguré de que estaba cerrada. Luego pensaría qué hacer. Como Lenin no vino esa noche, tenía un poco más de tiempo para encontrar otra solución. Apagué las luces y cerré la puerta del despacho.

Volví a la cocina y bostecé mientras me colgaba el delantal. Estaba agotada, tanto mental como físicamente. Bajé por el largo panel de luces del bar, apagándolas una a una. Por último, cogí mi bolso y activé la alarma de la puerta trasera. Salí a la tranquilidad de la noche, donde todo el mundo ya dormía.

Mientras rebuscaba en el bolso las llaves del coche, me pareció oír pasos. Miré rápidamente a mi alrededor, pero solo vi oscuridad. Encontré las llaves, las saqué del bolso y caminé rápido hacia el coche.

De repente, sentí que una mano me tapaba los labios. Un grito ahogado escapó de mi boca cuando otra mano me rodeó la cintura y tiró de mí con fuerza hacia mi atacante. Luché por liberarme, pero su agarre se hizo más fuerte. Mis ojos miraron frenéticamente a mi alrededor. Alguien salió de entre las sombras de un contenedor cercano y caminaba lentamente hacia mí. Entrecerré los ojos intentando ver mejor.

Era Lenin. Tenía la boca curvada en una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

"Me alegro de volver a verla, señorita Quinn", dijo.

Intenté hablar, pero no pude.

"Voy a pedirle a Jared que te suelte, pero si intentas huir o gritar, esto acabará mal. ¿Lo entiendes?".

Asentí lentamente. Me soltaron y me quitaron la mano que me tapaba la boca, pudiendo finalmente echar un largo y tembloroso suspiro.

"Tu hermana. ¿Dónde está?", preguntó Lenin.

"No lo sé", balbuceé.

"No te creo". Dio un paso hacia mí.

"Te lo prometo. Estuvo aquí esta noche, pero tuve que echarla. No sé dónde ha ido".

Lenin estudió mi cara como si estuviera buscando una mentira y apretó los labios en una línea sombría. Parecía creermelo.

"Mira, tengo tu dinero", dije. "Lo tengo todo. Por favor, déjame dártelo y que todo esto termine. Deuda saldada, puedes dejarnos en paz a mi hermana y a mí".

"Ahhh, pero eso ya no me interesa".

"¿Qu-qué? Conseguí el dinero a tiempo!", dije con incredulidad.

Lenin se frotó las yemas de los dedos mientras me miraba pensativo. "Sí, pero me di cuenta de que vales más que unos simples diez mil dólares".

No entendía de qué estaba hablando. Esto no era lo que habíamos acordado. ¿A qué estaba jugando? Miré a mi alrededor buscando que alguien viniera a salvarme.

"Estás sola, cariño, y ahora, vas a venir conmigo". Señaló con la cabeza a Jared, que estaba detrás de mí. Lenin empezó a caminar hacia un coche negro que no había visto antes. Sentí que los brazos de Jared me rodeaban con fuerza mientras empezaba a arrastrarme siguiendo a Lenin. Pataleé, me agité y lancé un grito. De repente, Lenin se dio la vuelta y me dio un manotazo en la cara. Me escocía la mejilla y me mordí el labio para no llorar.

"Te lo advertí", dijo antes de darse la vuelta para seguir caminando. Abrió la puerta del coche.

"¿Por qué haces esto?", pregunté frenéticamente.

"Porque sé que ese Richie Rich con el que has estado saliendo va a venir a salvarte. Así conseguiré mi dinero y más", dijo Lenin, mientras abría la puerta del coche.

Dios mío. Lenin observó con satisfacción la expresión sorpresa que apareció en mi cara.

"Inteligente, ¿verdad?", preguntó, inclinándose hacia mí.

Lenin debía de estar vigilándome. Sabía que lo había visto merodeando ya que sabía lo de Justin. Solo pensar en ello me revolvió el estómago. Después de todo el esfuerzo en evitar involucrarle en esto, le había puesto en peligro. Los ojos se me llenaban de lágrimas. Jared me empujó hacia el coche.

"Entra en el coche, cariño. O Jared te meterá ahí".

"¡Por favor! No puedes hacer esto". Agarré el brazo de Lenin.

Bajó la mirada hacia mi mano y tiró de ella, dedo a dedo. "En realidad, sí puedo".

"No lo entiendes. Estoy embarazada".

Pareció desconcertado durante una fracción de segundo, pero entonces una sonrisa malvada cruzó sus labios. "Entonces seguro que vales más".

Observé impotente cómo se acercaba al asiento del copiloto y se metía dentro del coche. Sentí que Jared estaba detrás de mí, con la mano en la puerta trasera abierta.

"¿Vas a entrar o no?", preguntó impaciente.

No veía otra opción. Tenía que seguir sus órdenes; había visto lo que seguramente le habían hecho a mi hermana y necesitaba proteger al bebé. Lentamente, me metí en el coche y di un respingo cuando la puerta se cerró con fuerza detrás de mí. Jared se sentó en el asiento del conductor y encendió el coche. Lenin le dijo algo, pero no pude oírlo. Salió lentamente del callejón que daba al bar. Mantuve la mirada al frente, intentando respirar despacio. A pesar de ello, mi mente iba a mil por hora.

No sabía dónde me llevaban ni qué iba a pasar, pero solo esperaba que Justin no viniera a por mí. No me lo merecía y menos después de haberle hecho tanto daño. Así que no parecía que hubiera otra salida. Apoyé la cabeza en el asiento trasero y dejé que las lágrimas cayeran en silencio.

Capítulo 26

Justin

Me senté en el asiento del conductor con el coche en marcha mientras contemplaba el parque vacío. La noche era oscura y no había luna en el cielo. De alguna manera este paisaje me hizo consciente de lo solo que estaba.

Después de dejar a Bridget, me limité a conducir por la ciudad, terminando en este parque en el que no había estado antes. Pensé que era mejor no volver al que fui con Bridget. Mejor no ir a un lugar con recuerdos.

Todavía no me había recuperado de lo que acababa de pasar. La Bridget de la que me había alejado no era la Bridget que yo conocía. Estaba irreconocible: el vacío en sus ojos, su actitud fría, sus palabras de odio... Sentí como si alguien me hubiera roto el corazón en mil pedazos.

Dejé caer la cabeza sobre el volante y cerré los ojos. Había sido un tonto al pensar que había encontrado a una mujer diferente, cuando en realidad era igual que todas las demás. Realmente creí que había encontrado a alguien con quien sentar la cabeza. No sabía qué era lo que quería hasta que conocí a Bridget.

Kenny siempre me había regañado, diciendo que era hora de madurar y encontrar a alguien con quien pasar mi vida, y yo siempre lo ignoraba, hasta que pareció que la había encontrado y terminó arruinándose. ¿Por qué llegué a pensar que podía tener lo mismo que Kenny? Era como una oportunidad entre un millón, y resultaba estúpido pensar que podría pasarme a mí también.

Tal vez solo era un niño malcriado y pretencioso, como tan amablemente dijo ella. Quizá me había preparado para eso, hablando de mi riqueza y de mi fondo fiduciario. ¿En qué estaría pensando? Solo quería asegurarle que podía ayudarla. Que quería ayudarla.

Agarré el volante con más fuerza, dándole vueltas a todo en mi mente. El dinero. El contrato. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿De verdad creía que forzar a una mujer a una relación mediante términos y condiciones era una buena idea? Si realmente lo pensaba, no iba en serio. Solo quería que aceptara el dinero y, si conseguía una cita, genial. Pensé que tal vez podría convencerla de que estaríamos bien juntos.

Aunque ahora me daba cuenta de que nunca estaríamos bien, y mucho menos juntos. Por mucho que pensaba que estábamos en la misma página, me di cuenta de que ni siquiera estábamos en el mismo libro. Lo único que me hizo sentir mejor fue saber que ella tenía el dinero en su caja fuerte. Al menos saldría del lío con el usurero y yo ya no tendría que preocuparme por ella. Aunque a pesar de lo que me dijo, seguía preocupado y todavía quería protegerla. Era estúpido, lo sé.

Justo entonces, mi teléfono sonó en el portavasos a mi lado. Me resultó extraño, teniendo en cuenta que eran casi las cuatro de la madrugada. Lo cogí rápidamente y vi el número de Bridget parpadeando en la pantalla.

Esperé un momento. Una parte de mí quería no contestar, quería ser mezquina. Después de lo que me hizo pasar, de todo lo que me dijo, se lo merecía. ¿Para qué llamaba ahora? Pero decidí

dejar de lado mi orgullo y averiguarlo. Quizá me llamaba para disculparse...

Pulsé el botón de respuesta.

"¿Hola?". Pregunté secamente.

"¿Justin Ralston?", dijo una voz de hombre al otro lado de la línea.

Se me erizaron los pelos de la nuca y de los brazos. ¿Qué demonios estaba pasando? Aparté el teléfono y volví a comprobar el identificador de llamadas. Quizá me había equivocado, pero no, decía que era una llamada del teléfono de Bridget.

"¿Quién es?", pregunté, vacilante.

"No hagas preguntas".

Mi respiración se aceleró.

El hombre volvió a hablar. "Quiero el triple de lo que me debe la señora Quinn".

"¿Quién es?", volví a preguntar.

"He dicho que no hagas preguntas", gritó el hombre.

Tenía que ser Lenin. El intercambio tuvo que haberse producido, pero ahora quería más. Sabía que no debería haber dejado sola a Bridget lidiar con esto. Sin importar cuánto me doliera, debí haber luchado para quedarme. Ahora solo esperaba que estuviera a salvo.

"¿Dónde está?". Pregunté frenéticamente.

Oí un murmullo en el fondo y a una mujer gritar. Era Bridget. El corazón se me puso de corbata. La tenían. Estaba en peligro.

"¿Qué dije sobre hacer preguntas?", preguntó el hombre. "Ahora escúcheme, Señor Ralston. Quiero treinta mil dólares mañana. De lo contrario, su novia y su bebé saldrán heridos. ¿Entiende?".

Estaba furioso y se me nublaba la vista. Tuve que hacer todo lo posible para no hablar con el hombre del teléfono. Saber que Bridget estaba ahí era lo único que me calmaba. Tenía que mantenerla a salvo, y eso significaba aceptar lo que Lenin exigía.

"Te conseguiré el dinero", dije.

"Bien. Ahora estás jugando al juego", dijo, divertido.

"Treinta mil".

"Correcto. Trae el dinero al centro comercial del extremo sur a las diez de la mañana".

Oí un clic en la otra línea. Miré el teléfono. Había colgado. Me sentí completamente impotente. No sabía nada de ese hombre ni dónde podía estar, solo que era peligroso y que tenía a Bridget.

Me puse el cinturón de seguridad y puse el coche en marcha para salir del aparcamiento. Miré el reloj del salpicadero. Tenía seis horas hasta reunirme con él, pero el banco no abría hasta las nueve de la mañana. ¿Qué diablos iba a hacer mientras tanto? Necesitaba un plan.

Conduje directamente a casa y llamé a Kenny. Me daba igual lo temprano que fuera.

"¿Hola?", preguntó aturdido, contestando a los tres timbrazos.

"Kenny. Despierta". Dije en voz alta.

"¿Justin? ¿Qué hora es?". Le oí removerse en la cama. "Jesús, tío. Ni siquiera son las 5 de la mañana ¿Qué demonios...?", preguntó, sofocando un bostezo.

"Bridget tiene problemas".

"¿De qué estás hablando?", preguntó, esta vez más alerta.

Oí la voz de Cleo de fondo. "Kenny. Cariño. ¿Qué pasa?", preguntó en voz baja.

"Es Justin. Pasa algo con Bridget", le dijo Kenny.

"Kenny, escúchame", le supliqué. "Bridget está en peligro. Anda en temas con un usurero, un tipo muy sospechoso y peligroso. Su hermana le debía dinero, pero él fue tras Bridget".

"Oh, Dios mío."

"Yo le presté el dinero para pagarle, pero ahora quiere más. La tiene, Kenny. Tiene a Bridget". Se me quebró la voz.

"Vale, vale. Tranquilízate. Resolveremos esto".

Respiré hondo.

"¿Cuándo necesita el dinero?", preguntó Kenny con calma.

"Necesita treinta de los grandes para las diez de la mañana. He quedado con él en ese centro comercial del extremo sur".

"No irás solo. Haré algunas llamadas. No sabrán nada".

Pensé en lo que dijo Lenin. Nunca dijo nada de ir solo. No quería poner a Bridget en peligro enfadándolo, pero sabía que era una tontería aparecer sin refuerzos. Kenny tenía todo un equipo de jugadores que me respaldarían. Odiaba poner a nadie en peligro, pero lo haría por Bridget.

"De acuerdo. ¿Qué hago mientras tanto?".

"No te muevas. No hagas nada precipitado. Ve al banco cuando abran y nos reuniremos contigo en el centro comercial. Estará bien, Justin".

"Eso espero", dije en voz baja.

"Lo estará. Me tengo que ir. Voy a hacer unas llamadas".

"De acuerdo. Gracias, Kenny".

Colgué y dejé escapar un largo suspiro. Miré alrededor con impotencia. Me sentía inútil y no podía hacer otra cosa que esperar. Podía ir al centro comercial, pero cabía la posibilidad de que no estuvieran allí. Y si estaban, aparecer con las manos vacías solo cabrearía más a su captor.

Cogí el portátil de la mesita y empecé a buscar en Internet. Solo tenía el nombre de Lenin para guiarme y no iba a estar anunciándose en Internet. Busqué durante una hora, pero no encontré nada.

Entonces se me ocurrió una idea. Cara, la hermana de Bridget. Ella tenía que saber más sobre ese tipo con el que se había metido en negocios. La busqué en internet, pero solo encontré una vieja página de Facebook. Como yo no era su amiga, no podía acceder a mucho, pero sí revisé sus fotos de perfil. Encontré una de ella y Bridget abrazadas en el muelle. Sonreían y llevaban el pelo al viento. Mi corazón dio un vuelco cuando mis ojos se posaron en Bridget. No podía perderla.

A las ocho y cuarto, todavía llevaba puesto el pijama con el que fui al bar. Me puse rápidamente

unos vaqueros y una camiseta, y salí por la puerta. Llegué pronto al banco y esperé en el aparcamiento a que abrieran. Golpeé el volante con los dedos con impaciencia.

Mi teléfono sonó en el bolsillo y lo cogí rápidamente. Era Kenny.

"¿Hola?".

"Estamos listos para el intercambio. Dos de los chicos más grandes del equipo se reunirán con nosotros en el aparcamiento del centro comercial. Cuando les hablé de Bridget, estaban ansiosos por ir. Sabes que la adoran. Todos la quieren".

"Sí", dije, tratando de mantener la compostura.

"Esto está hecho. Vamos a sacarla de ahí".

"De acuerdo".

"Aparca en el extremo del aparcamiento. Lejos del centro comercial. No quiero que sospechen si ven llegar varios coches", dijo.

"Buena idea. Ya estoy en el banco. Hasta pronto".

Colgué y vi cómo los guardias de seguridad abrían la puerta del banco. Apagué el coche y entré rápidamente por la puerta. Vi a Samantha detrás del mostrador. Levantó la vista al verme, sorprendida de que fuera el primer cliente.

"Señor Ralston. Ha llegado muy temprano", dijo, alegremente.

"Samantha, necesito retirar una gran suma de dinero", le dije.

Me miró con recelo.

"¿Va todo bien? ¿Te has metido en algún lío?", preguntó, frunciendo las cejas mientras miraba a su alrededor.

No quería levantar sospechas ni involucrar a la policía así que debía calmarme.

"No, no, estoy bien. Todo está bien", dije despreocupadamente. "Tengo la despedida de soltero de un amigo en Las Vegas esta noche y necesito algo de dinero para apostar".

Esperaba que la mentira funcionara.

"¿Cuánto necesitas?", preguntó, tecleando en el ordenador.

Se lo creyó.

"Unos treinta mil", dije, encogiéndome de hombros como si nada.

Me miró y sus ojos se abrieron de par en par. Le sonreí de forma convincente.

"Parece una fiesta", dijo. "Tendrás que rellenar algunos papeles adicionales porque es una suma muy grande".

"No hay problema, pero ¿podemos hacerlo rápido? Tengo que coger un vuelo".

"Por supuesto", y se giró para rebuscar entre los papeles de un archivador que tenía detrás.

Golpeé el suelo con el pie mientras esperaba en el mostrador a que trajera todos los papeles. No tenía esa cantidad de dinero en mi caja de seguridad, así que tendría que sacarlo de mi cuenta. También me tocaría responder a un par de preguntas más tarde, pero no me importaba. Tenía que ir a por Bridget. Dijo que le haría daño. Entonces me acordé de algo y mis rodillas se doblaron.

Dijo que le haría daño a ella y a su bebé. ¿Estaba... embarazada?

Capítulo 27

Bridget

Mis piernas se agitaban en el asiento trasero del coche. El asiento del conductor estaba echado totalmente hacia atrás y me oprimía las rodillas. Sabía que mi comodidad no era la principal prioridad de esos criminales. Joder, me habían secuestrado. Al principio me había aterrorizado, obviamente, pero ahora que llevábamos horas conduciendo ya me resultaba indiferente.

Miré por la ventanilla, ahogando un bostezo. Dimos vueltas sin rumbo por la ciudad. El sol ya había salido y sus rayos luchaban por asomar entre las nubes. Me pregunté si tendrían un plan bien pensado, y si sabrían qué querían hacer conmigo, pero era difícil oír las conversaciones desde el asiento trasero.

El olor a cigarro rancio me llegaba a la nariz y me producía arcadas. Necesitaba aire fresco y el embarazo no ayudaba. Cada olor y cada curva de la carretera me mareaba. Alcancé el botón de la puerta para bajar la ventanilla, pero no se abrió. Debía de estar cerrada con llave o algo así. Pensé que si al salir de esta situación terminaría preocupándome de ese tipo de ajustes del coche para el bebé que crecía dentro de mí.

"¿Puedes bajar la ventanilla, por favor? Necesito un poco de aire fresco", pedí, inclinándome hacia delante para asegurarme de que me oyeran.

"No puedo, cariño", dijo Lenin.

"Entonces no te importará que vomite en el asiento trasero", dije secamente.

Lenin se lo pensó un momento y me miró irritado, hasta que señaló a Jared con la cabeza. La ventanilla se abrió hasta la mitad e inspiré el aire fresco que soplaba hacia dentro. Fue un dulce alivio.

"Nada de cosas raras ahí atrás. Te estoy vigilando", dijo Jared mientras me miraba cautelosamente por el retrovisor.

Evité su mirada y seguí mirando por la ventanilla. Sabía que no debía enfadar a esos tipos. Todavía me dolía la mejilla de la bofetada que me habían dado. Por mi bien, pero sobre todo por el bien del bebé, era mejor hacerles caso.

"Entonces, ¿el bebé es de Ralston?", preguntó Lenin, girándose para mirarme con curiosidad.

"Eso no es asunto tuyo", espeté.

Se rió. "En realidad, sí. Significa que para mí vales más de lo que pensaba".

"¿Qué clase de persona secuestra a una mujer embarazada?", le respondí.

"La clase con la que se metió tu estúpida hermana pequeña", se mofó.

"Ella fue estúpida al involucrarse con alguien como tú", murmuré, mirando por la ventana.

"A juzgar por lo de anoche, vosotras dos no tenéis una buena relación. ¿Qué clase de persona echa a su propia hermana de su establecimiento?"

Mis ojos volvieron a Lenin. ¿Había estado allí? Si así fuera seguramente le habría visto. Resultaba inquietante saber que un desconocido me había estado observando y conocía mi vida. Debió de ver la sorpresa en mis ojos.

"La he estado observando durante un tiempo, señorita Quinn". Sonrió y se dio la vuelta.

Me había estado observando. Y a Justin. Pensé que había estado paranoica las últimas semanas, pero mi instinto estaba en lo cierto. ¿Había estado vigilando a más gente de mi vida? Inmediatamente pensé en mi padre. ¿Estaba en peligro? No me atreví a preguntar ni a meterles ideas en la cabeza, así que cerré los ojos con fuerza, intentando bloquear el pensamiento. Otra oleada de náuseas me invadió.

Al cabo de unos minutos, cuando mi estómago y mi mente se calmaron, miré alrededor del coche y observé a mis captores. Necesitaba saber más sobre ellos y si había alguna forma de sacarles ventaja. Era una idea irrisoria, pero tenía que intentarlo.

Lenin estaba sentado en el asiento delantero. De cerca, su traje parecía recién planchado y tenía el pelo grasiento. Pude ver algunos empastes de oro cuando hablaba con su secuaz. Llevaba un reloj que costaba más que mi coche, pero ninguna alianza. No me sorprendió en absoluto.

Jared era enorme y calvo. Llevaba un traje mucho más cutre que Lenin, como si intentara ser algo que no era. Definitivamente era el músculo de la operación. Todo parecía tan cliché... Me pregunté si también tendría un anillo en el dedo meñique, como en las películas. Asomé la cabeza por el asiento y vi un anillo de oro en su meñique enroscado alrededor del volante.

Ahugué una carcajada y los ojos de Jared se dispararon hacia el espejo retrovisor.

"¿Te hace gracia?", gruñó.

"No, no", dije, levantando las manos inocentemente. Probablemente no era buena idea contarle mis pensamientos y compararlo con el típico villano de televisión.

"No hay nada de gracioso en la situación en la que estás, cariño. Tu hermana se cruzó con la gente equivocada. Lástima que seas tú quien tenga que pagar. Bueno, no solo tú, sino tu sugar daddy". Lenin se rió para sus adentros.

Me dio un vuelco el corazón. Me pregunté qué estaría haciendo o pensando Justin ahora mismo. Todavía estaba furiosa porque habían cogido mi teléfono para llamarle en mitad de la noche. Intenté zafarme de Jared cuando me cogió el bolso, pero era demasiado fuerte. Todavía me dolían los brazos de los dedos que me había clavado.

Después de todo lo que había hecho para proteger a Justin y mantenerlo fuera de este embrollo, todo esfuerzo resultó ser en vano. Me estaban utilizando como peón para llegar a él. Cuando Lenin le llamó, recé para que no contestara. Quería que estuviera tan enfadado conmigo que no quisiera coger la llamada, o que estuviera dormido, pero por desgracia, contestó. Maldito seas, Justin, pensé. Intenté avisarle gritando, pero Jared me había tapado la boca rápidamente, sofocando mi grito de auxilio.

Había forzado los oídos para escuchar lo que Justin decía al otro lado de la línea, pero solo podía oír a Lenin y sus exigencias. Justin debía de estar de acuerdo porque Lenin le dio una hora y un lugar para reunirse. Un centro comercial a las diez de la mañana. ¿De verdad había accedido a pagarle treinta mil dólares?

Esperaba que cambiara de opinión y no viniera. No merecía su ayuda, y menos después de todo

lo que le había dicho. Le había roto el corazón. Había utilizado sus debilidades para atacarle.

Ahora, miré el reloj en el tablero. Eran las nueve y media. Era casi la hora. Sentí otra oleada de náuseas y me apreté el estómago, intentando respirar hondo.

El coche entró lentamente en el aparcamiento del centro comercial. Nunca había estado aquí. De hecho, parecía abandonado. Todos los escaparates carecían de rótulos y las ventanas estaban tapiadas. Cuando me di cuenta de que no había nadie que pudiera ayudarme, me hundí en mi asiento, sintiéndome totalmente derrotada.

Jared condujo el coche por el aparcamiento y lo aparcó en la parte trasera, cerca de unos contenedores desbordados. Lenin y él salieron del coche y se estiraron. Hablaron durante unos minutos, pero no pude entender lo que decían.

Entonces me di cuenta de que tal vez era mi oportunidad de escapar. Estaban distraídos. Sin quitarles el ojo de encima, acerqué la mano a la puerta. Mis dedos rodearon el picaporte y tiré. No ocurrió nada. Volví a intentarlo, observándoles con cautela. Pulsé el botón de desbloqueo y volví a intentarlo. Nada. Tenía el bloqueo para niños. Maldita sea esa configuración.

De repente, Jared me miró y se acercó para abrirme la puerta. Esperó a que saliera, pero me quedé en mi asiento.

"O sales o te saco yo". Me miró con impaciencia.

Puse los ojos en blanco mientras me deslizaba por el asiento y salía del coche.

"Esa es mi chica. Haz lo que te digo. Seguro que al chico guapo le gusta eso de ti".

Le lancé una mirada y vi cómo se inclinaba hacia mí. Su aliento caliente me rozó la oreja y me estremecí.

"Estoy seguro de que le gustan muchas cosas de ti", susurró mientras sus dedos recorrían mi espalda. Cerré los ojos, esperando que parara.

"Ya basta, Jared", dijo Lenin con severidad antes de dirigirse con grandes zancadas hacia la puerta trasera.

Jared quitó su mano de la espalda y se alejó de mí.

"Parece que tú también haces siempre lo que te dicen. Vamos, sigue a tu amo". Le sonreí con satisfacción.

"Muévete", contestó, señalando a Lenin.

Pero no me moví. No era alguien a quien se le dijera lo que tenía que hacer. Jamás. Podía sentir la ira burbujeando dentro de mí.

"Ahora enserio. ¿Basaste toda tu personalidad en programas de mierda de televisión de los setenta?", le pregunté. En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que no debía haberlas dicho.

El dorso de su mano me golpeó la cara con un movimiento rápido. Los ojos amenazaron con sacar lágrimas, pero no reaccioné. Me resistí a llorar. No quería que me viera llorar. Anularía mis emociones.

"Si yo fuera tú, cerraría la boca", me dijo finalmente.

Tuve que hacer todo lo posible para no darle una patada en los huevos.

Me empujó hacia delante y seguí lentamente a Lenin, que nos estaba esperando. Golpeó impacientemente con el pie en el suelo mientras mantenía la puerta abierta. Jared me dio otro empujón hacia el interior del edificio y avancé dando tumbos. Mis ojos luchaban por adaptarse a la escasa iluminación del pasillo. Las tiras de luz parpadeaban por encima, amenazando con apagarse en cualquier momento.

Caminamos por el pasillo hasta que llegamos a otra puerta. Lenin la abrió y me hizo pasar. La habitación era más o menos tan grande como el altillo de encima del bar. Tenía un escritorio y un mugriento sofá pegado a la pared, y había una puerta de armario en una esquina. También había varios televisores de vigilancia del aparcamiento y de los alrededores del edificio. Los ojeé rápidamente, esperando no ver a Justin en la pantalla.

"Siéntate", exigió Lenin, señalando el sofá.

Oí a Jared dar un paso hacia mí, sin duda pretendiendo empujarme de nuevo, pero no le di esa satisfacción. Así que caminé hasta el sofá y me senté.

"Buena chica". Lenin se sentó en el escritorio, frente a mí. Juntó las puntas de los dedos y miró hacia los televisores de vigilancia.

"Ahora esperaremos a que aparezca el chico guapo".

"Tiene que haber otra manera. Por favor", le supliqué.

"No te ofendas, pero no tienes lo que necesito".

"Puedes quedarte con el bar", dije rápidamente. Lo último que quería era darle a ese terrible hombre las llaves del legado de mi padre, pero estaba desesperada. Quería mantener a Justin fuera de esto, y si eso significaba perder lo que amaba, así sería.

Lenin se rió. "¿Qué voy a hacer con un bar de mierda?".

Apreté los labios. No funcionó. No quería el bar.

"Tiene que haber algo que pueda ofrecerte".

"Lo siento, cariño. Lo único que quiero es dinero y tu novio tiene mucho. Estuve investigándolo. Un genio de las finanzas. Padre rico. Tiene la vida hecha. Supiste elegir bien", dijo, guiñando un ojo.

Me volví a sentar contra el sofá, revolviéndome de rabia. No sabía qué más podía hacer. No tenía nada que ofrecerle a este hombre y su mente estaba fijada en Justin. Miré las pantallas esperando una señal de vida fuera, pero no vi nada.

Oh, Dios. Lenin le había hablado del bebé. Apoyé la cabeza en las manos y cerré los ojos. No quería que Justin se enterara así. Ahora que lo sabía, no había duda de que vendría. Todo este tiempo había estado preocupada de que se asustara o huyera, pero sentada aquí, con mi vida en juego, la verdad se hizo muy clara.

Era todo lo que sabía que podía ser, aunque había intentado convencerme de lo contrario. Iba a venir a rescatarme. Iba a venir a matar al dragón. O al menos, eso esperaba.

Capítulo 28

Justin

Entré en el aparcamiento del centro comercial y conduje en busca de señales de vida. El lugar era un pueblo fantasma. Debía de haber cerrado hacía años y probablemente estaban esperando a que lo demolieran para construir algo nuevo. Por desgracia, eso significaba que estaba solo, al menos hasta que llegara Kenny.

Rodeé las afueras del centro comercial y vi un coche negro aparcado cerca de la parte trasera del edificio. Tenía que ser Lenin. Bridget tenía que estar por aquí. En qué estado, no lo sabía. No podía pensar en ello sin sentirme mal.

Como me había ordenado Kenny, llevé mi coche hasta el lado este del aparcamiento. Me metí en una plaza y miré la hora en el salpicadero: las 9:50. Era casi la hora de salida. Miré el maletín que tenía a mi lado en el asiento del copiloto, lleno de billetes de cien. Treinta mil para ser exactos.

En ese momento, el coche deportivo de Kenny se detuvo a mi lado. Un todoterreno grande y oscuro se detuvo junto al suyo. Vi cómo Kenny salía de su coche, seguido de dos de los tipos más grandes del equipo que bajaron del todoterreno. Caminaron hacia mí mientras yo abría la puerta del coche. Salí y miré a Kenny agradecido.

"Hola, tío. Gracias por venir", le dije.

Me abrazó y me dio unas palmaditas en la espalda.

"Por supuesto. Siempre te cubro las espaldas, y las de Bridget. Ya conoces a Chad y a Sterling".

Les saludé con la cabeza. "Hola. Gracias por hacer esto, chicos", dije sinceramente. Lo decía en serio. Sentí una abrumadora cantidad de agradecimiento por estos chicos que apenas me conocían y que estaban dispuestos a arriesgar su bienestar. Sabía que no estaban aquí por mí, sino más bien por Bridget. Para ellos, ella era como de la familia. *Murphy's* era su lugar.

"Por supuesto. Si alguien se mete con Bridget, o con cualquiera de nuestra familia de *Murphy's*, también se mete con nosotros", dijo Sterling, mientras se crujía los nudillos.

"Kenny no tuvo que pedírmelo dos veces. ¿Cómo se ha metido Bridget en este lío?", preguntó Chad, con los ojos llenos de preocupación. Sabía que sentía algo por ella. Era obvio cada vez que lo veía entrar en el bar. Kenny también me lo había dicho, así que no era una gran sorpresa que estuviera aquí para ayudar. No obstante, lo agradecí.

"Una larga historia", dije.

"¿Has echado un vistazo al lugar?", preguntó Kenny, observando el edificio abandonado.

"Sí, he visto un coche por ahí. Está escondido en la parte de atrás". Me dirigí al lado del acompañante y abrí la puerta. Cogí el maletín y cerré la puerta tras de mí.

"Vamos entonces", dijo Kenny.

Noté que se ajustaba algo en el bolsillo trasero mientras caminaba delante de mí. Era una pistola

pequeña. Me pregunté de dónde la habría sacado. Kenny no parecía el tipo de hombre que tiene un arma. Estábamos tratando con un delincuente, o al menos con un aspirante a gángster. Quizá fuera bueno tener un arma. Como mínimo, podría asustarles.

Caminamos rápidamente hacia el edificio. Mis ojos lo escrutaron mientras nos acercábamos para asegurarme de que no nos habían visto, pero no vi a nadie. Sentía que los nervios me llegaban al pecho y me aceleraban el corazón. Tener a Kenny y a sus chicos aquí me hacía sentir mejor, pero seguía ansioso. No quería que nada saliera mal.

Solo quería sacar a Bridget de aquí. No me importaba el dinero, o que este tipo se estuviera aprovechando de mí. A ver, me cabreaba un poco, pero sobre todo porque la mujer que me importaba estaba involucrada. La había secuestrado, por el amor de Dios. Necesitaba ver que estaba bien. Incluso después de nuestra pelea la noche anterior, nada de eso importaba.

Al acercarnos al edificio, miramos a nuestro alrededor para ver por qué puerta debíamos entrar. Había varias puertas traseras para acceder a las tiendas que solían estar aquí.

"¿Y ahora qué?", preguntó Kenny en voz baja.

Me encogí de hombros. Lenin no me había dado más detalles. Intenté abrir una de las puertas. Estaba cerrada. Probé con otra, y lo mismo, así que me pregunté si debía llamar a la puerta. Miré la hora en el teléfono: las 9:57. Habíamos llegado justo a tiempo.

Al cabo de un momento, oímos cómo se abría una de ellas. Un hombre alto y calvo salió sosteniendo la puerta abierta con su gran mano. Llevaba un traje raído y descolorido que no le sentaba bien. Lo evalué rápidamente. Era enorme, pero podríamos con él si fuera necesario.

"¿Quién de vosotros es Justin?", preguntó, mirándonos a cada uno.

Me adelanté.

"¿Dónde está Bridget?", pregunté con severidad.

"Ahh, ahí estás". Me sonrió con satisfacción.

"¿Dónde está?". Volví a preguntar.

"Es una auténtica petarda. Puedo entender por qué te gusta", dijo. "Dime, ¿cómo es en la cama?".

Inmediatamente entré en cólera. Sentí que mi cara se volvía carmesí mientras mi respiración se entrecortaba.

"¿Qué has dicho?", pregunté, entrecerrando la mirada. Di un paso adelante.

"Cálmate", susurró Kenny, poniéndose a mi lado.

"Tenemos el dinero de tu jefe, gilipollas. Llévanos hasta Bridget", le dijo Kenny al hombre.

Chad y Sterling se pusieron a nuestro lado para demostrar que íbamos en serio y que teníamos poder. El hombre nos evaluó un momento y nos indicó con la cabeza que le siguiéramos. Atravesamos la puerta tras él y entramos a un pasillo en penumbra. Las luces parpadeaban, engañando a mis ojos. Esperaba que no estuviéramos cayendo en una trampa.

Unos metros más adelante, el hombre se detuvo y abrió una puerta ligeramente, de modo que se escapó un pequeño rayo de luz.

"Sólo tú", dijo, señalándome con la cabeza, y levantó el brazo para impedir que Kenny y los otros chicos me siguieran.

"¿Qué?", balbuceé.

"Se quedan aquí fuera".

"Estaremos aquí mismo", dijo Kenny con seguridad. En la oscuridad, sacó la pistola de su bolsillo y me la puso en la mano. El esbirro no se dio cuenta. Notaba como pesaba. La metí en el bolsillo trasero y me tapé con la camisa.

Empujé la puerta hasta el fondo y entré en una pequeña habitación. Delante de mí estaba Bridget, sentada en el sofá y Lenin se alzaba sobre ella. Respiré aliviado cuando sus ojos se cruzaron con los míos. Estaba aquí y estaba bien.

Di un paso de gigante hacia ella, pero Lenin se puso rápidamente delante de mí, bloqueando el paso.

"No tan rápido, señor Ralston", dijo Lenin, levantando la mano. "¿Ha traído lo que le pedí?".

Le tiré el maletín en el pecho, haciéndole perder un poco el equilibrio.

"Está todo ahí", dije.

"Entonces, ¿no te importa que lo cuente?", preguntó, estabilizándose mientras agarraba el maletín con el dinero.

"Adelante", dije, molesto.

Sonrió. Vi con horror cómo Lenin agarraba a Bridget del pelo y tiraba de ella para levantarla del sofá. Soltó un aullido de dolor.

"¡Quítale las manos de encima!", grité, dando un paso hacia él.

"Oh oh oh," dijo, dejando caer el maletín al suelo. Abrió la solapa de su traje y reveló una pistola metida en el bolsillo.

Me dio un vuelco el estómago y me detuve en seco. Levanté las manos en señal de comprensión.

"Tranquilo chico", dijo mirándome con cautela. Volvió a coger el maletín.

Tiró de Bridget hacia el escritorio y ella se esforzó por seguirle el ritmo mientras yo observaba impotente. Sentía el peso de la pistola en el bolsillo trasero, pero no quería combatir el fuego con fuego. Alguien podría resultar herido. Bridget podría resultar herida, así que tendría que ser paciente y mantener a este tipo feliz hasta que la liberara.

"Ábrelo", le ordenó a Bridget, empujándola contra el escritorio. Ella hizo una mueca de dolor.

Mientras abría temblorosamente los cierres del maletín, me fijé en los moratones de sus brazos. Marcas moradas en forma de dedos rodeaban la parte superior de sus brazos, una de sus mejillas estaba roja y tenía el labio inferior cubierto de sangre seca. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos. Me puse enfermo de rabia. ¿Qué le habían hecho?

Abrió lentamente el maletín, mostrando el dinero que había dentro. Los ojos de Lenin recorrieron los montones de dinero y utilizó una mano para escudriñarlo. Su mente estaba ocupada contando. Al cabo de uno o dos minutos, levantó la vista hacia mí. Parecía satisfecho. Soltó a Bridget, que enseguida corrió hacia mí.

Casi me derriba cuando la rodeé con los brazos para atraparla. Tenía miedo de abrazarla demasiado fuerte. No quería hacerle daño. Respiré su olor, intentando convencerme de que esto era real, de que estaba a salvo. La había salvado.

Su sueño había sido cierto. A pesar de lo ridículo que sonó cuando me lo contó, y cómo debía significar algo, todo resultó ser real. Ahora solo tenía que sacarla de aquí y asegurarme de que ese hombre no volviera a tocarla.

"Tienes el dinero. Está todo ahí. Nos iremos ahora mismo", dije.

"Sí, sí", dijo Lenin, haciéndome señas para que me fuera mientras seguía apilando el dinero.

Di un paso hacia él, manteniendo a Bridget detrás de mí, y Lenin me miró, molesto.

"Ahora nos dejarás tranquilos, a ella y a mí. ¿Lo has entendido?", dije, con los ojos entrecerrados.

Vi cómo ponía los ojos en blanco. Necesitaba sonar más convincente.

"Te lo digo en serio. Si vuelves a acercarte a ella, te arrepentirás", dije, sacando la pistola del bolsillo y golpeándola contra el escritorio.

Dos podían jugar a este juego. Oí a Bridget jadear y los ojos de Lenin se posaron en la pistola. Una mirada de comprensión pasó por ellos. Asintió con la cabeza y volví a guardar la pistola en el bolsillo.

"Son solo negocios", dijo Lenin, encogiéndose de hombros, pero me di cuenta de que ahora me veía como una amenaza. No sabía que la verdadera amenaza sería la policía, a la que tenía intención de llamar más tarde. No podía confiar en que este hombre no volviera a aparecer en nuestras vidas y necesitaba mantener a Bridget a salvo.

"Bueno, nuestro negocio termina aquí, cerdo codicioso".

Me giré y rodeé a Bridget con el brazo, llevándola hacia la puerta. Quería largarme de aquí antes de que este tipo cambiara de opinión. Se aferró a mí con fuerza mientras abría la puerta y la conducía al oscuro pasillo. Kenny y los chicos vinieron rápidamente con miradas de alivio cuando vieron a Bridget. Ella pareció sorprendida al verlos.

"Oh, gracias a Dios", dijo Kenny, con un suspiro.

"Ha sido un placer, chicos. Señorita Quinn", dijo el secuaz de Lenin.

Me puse delante de ella. No quería que sus ojos tuvieran la suerte de volver a mirarla. Soltó una pequeña carcajada mientras entraba en la habitación para reunirse con Lenin, cerrando la puerta tras de sí. Seguí a Kenny y a los chicos por el pasillo y salí por la puerta del aparcamiento.

Sentía el calor del sol en la cara mientras abrazaba a Bridget. La llevé hacia el coche, mientras los chicos caminaban detrás de nosotros para asegurarse de que nadie nos seguía. Ella no dijo nada. Se limitó a caminar en silencio, aferrándose a mí con fuerza. En ese momento supe que nunca volvería a dejarla marchar.

Capítulo 29

Bridget

Agarré a Justin con fuerza, con mis dedos tirando de su camisa mientras intentaba acercarme. No podía creer que estuviera aquí. Esto era real, había venido a salvarme. Apoyé la cabeza en su hombro mientras caminábamos. Escuché su respiración pausada y aspiré su aroma, que ya era familiar, mientras sus dedos me acariciaban suavemente el brazo.

Podía oír a Kenny, Chad y Sterling caminando detrás de nosotros murmurando entre ellos. No podía creer que ellos también estuvieran aquí. Me quedé de piedra cuando los vi esperando en el pasillo. Nunca hubiera creído que se reunirían para ayudarme de esta manera.

Justin debió llamarlos, y me alegré de que lo hiciera. Lenin y Jared eran peligrosos. Si algo hubiera salido mal, me alegraba saber que Justin tenía refuerzos. No me lo perdonaría jamás si algo malo les hubiera pasado.

A pesar de mi insistencia inicial de que no viniera por el peligro en que le había puesto, sentí una oleada de alivio cuando entró en la habitación. Sentí como si me hubiera quedado sin aire solo con verle. Y fue en ese momento cuando supe que lo necesitaba en mi vida. No para salvarme, sino para estar conmigo. Me había enamorado de él. Solo hizo falta que un usurero me secuestrara para darme cuenta.

Llegamos al coche de Justin que estaba al final del aparcamiento. Pasó su mano por la mía mientras agradecía a los chicos su ayuda, que le dieron una palmada en la espalda. Quise darles las gracias, pero no me salieron las palabras, así que me limité a mirarlos, conteniendo las lágrimas. Asintieron como si lo entendieran.

"Nos alegramos de que estés a salvo, Bridg", dijo Kenny en voz baja.

"Ya no necesitaré esto", dijo Justin, mientras metía la mano en el bolsillo y le entregaba la pistola a Kenny. Me sorprendió ver cómo se la había sacado a Lenin. Pero había cumplido su cometido y nadie resultó herido.

Kenny la guardó en el bolsillo trasero y se dio la vuelta para subir al coche. Chad y Sterling me dedicaron pequeñas sonrisas tranquilizadoras mientras subían al todoterreno. Justin y yo vimos cómo se alejaban, y fue entonces cuando aterricé con los pies en el suelo. El peso de todo pareció caer sobre mis hombros, haciendo que se me doblaran las rodillas. Me balanceé un poco, pero Justin me agarró y tiró de mí. Se me escaparon sollozos silenciosos mientras me derrumbaba en sus brazos.

"No pasa nada, cariño. Ahora estás a salvo", susurró antes de besarme en la cabeza.

Era surrealista estar aquí, bajo el sol, con este hombre increíble, cuando hacía menos de ocho horas me habían secuestrado. Había intentado ser fuerte, pero no sabía si lograría salir de aquella tormenta. Solo esperaba que todo hubiera terminado de verdad.

"No puedo creer que hayas venido", susurré.

"Cómo no iba a venir", dijo, apartándose para mirarme. Sus ojos eran de un verde intenso y

estaban llenos de preocupación. Yo le había hecho eso, y me sentí fatal al respecto. Levanté la mano y apreté suavemente la palma contra su mejilla.

Me sonrió suavemente. "Deja que te lleve a casa", me dijo.

"No quiero ir a casa. No me siento segura allí. ¿Puedo ir a casa contigo?".

Me di cuenta entonces de que nunca había estado en su casa, pero probablemente era más segura que mi casa de piedra rojiza.

"Por supuesto", asintió.

Justin sacó las llaves del bolsillo, abrió la puerta del copiloto y me ayudó a entrar. Me puso el cinturón de seguridad y me miró antes de cerrar la puerta con cuidado. Corrió hacia el lado del conductor y se sentó.

"Vámonos de aquí", me dijo, cogiéndome la mano y apretándomela suavemente.

Nos alejamos en silencio de aquel horrible lugar y nos adentramos en una ciudad que nos resultaba familiar. No me soltó la mano en todo el trayecto, y mis dedos yacían entrelazados con los suyos sobre su regazo. Le estaba agradecida porque su contacto me hacía sentir segura. Lo sentía muy real. Nunca había sido una persona cariñosa, pero no sabía si sería capaz de dejarle marchar después de toda esa pesadilla.

Mientras miraba por la ventana, con su pulgar acariciando mi mano, pensé en que podría haber sido mucho peor. Probablemente tendría pesadillas durante una temporada y tendría la paranoia de que alguien me estuviera vigilando. Seguramente tampoco querría estar sola mucho tiempo. Me habían maltratado un poco, pero gracias a Justin, que estaba sentado a mi lado, había salido a salvo. El hombre que había pagado mi deuda y que había venido a rescatarme.

Una de las cosas que más me dolía era que todo había sido por culpa de mi hermana. Alguien que se supone debía amarme y cubrirme las espaldas. Ella era mi familia y me había puesto en peligro. Me había utilizado para pagar su deuda y solucionar sus mierdas, y seguramente jamás la perdonaría por esto.

"Ya casi llegamos", dijo Justin, levantando mi mano y besándola.

Giró por una calle y vi un gran rascacielos de cristal. Se detuvo ante el vigilante del aparcamiento y mostró su tarjeta. El empleado le hizo señas para que pasara y él bajó el coche con pericia dos plantas hasta su plaza de aparcamiento. Apagó el coche y se acercó a la manilla de la puerta.

Sabía que tenía que decirle algo, así que le agarré la mano.

Se detuvo y se giró para mirarme.

"Gracias", le dije en voz baja.

"Bridget, sabes que haría cualquier cosa por ti".

Aparté la mano mientras mi mirada caía hacia mi regazo. "No te merezco. No después de todo lo que te dije anoche...".

"Bridget...".

"No, déjame terminar. Te dije cosas horribles y muy crueles. Pero no quise decir nada de eso. Me asusté mucho y pensé que si te hacía daño, daño de verdad, te alejarías de mí".

"¿Por qué querías que me alejara?".

"Tenía miedo de salir herida y de que te hicieran daño. Soy un desastre, Justin...".

"No eres un desastre", dijo suavemente, levantando la mano y colocándose el pelo detrás de la oreja.

"Solo has tenido que salvarme de un secuestro". Me reí suavemente. Se sentía bien reírse.

Me sonrió y apretó la frente contra la mía. "Valió la pena", susurró.

Se apartó y me miró.

"¿Qué?", pregunté, estudiando su rostro.

"¿Es verdad?".

"¿El qué?", le pregunté.

"¿Estás embarazada?".

De repente sentí que mi estómago se llenaba de mariposas y tenía ganas de vomitar. Con todo lo que había pasado, había olvidado que el secreto había salido a la luz. Gracias a Lenin, ya sabía lo del bebé.

"Bueno...", dije vacilante.

"¡Bridget! Eso es genial". Me agarró la cara y me besó la frente varias veces.

"¿Qué? ¿En serio?", pregunté, sorprendida.

"Por supuesto. Voy a ser papá".

La emoción bailaba en sus ojos y, por primera vez, me sentí emocionada. Había tenido tanto miedo de decírselo que no había lugar para ninguna otra emoción, pero ahora mis ojos se llenaban de lágrimas de felicidad.

"Tenía tanto miedo de decírtelo...", dije, mordiéndome el labio.

"Lo entiendo, pero no tenías por qué tenerlo. Bridget, voy a estar ahí para ti y para el bebé. Nuestro bebé. Si me dejas...".

Asentí mientras las lágrimas caían por mis mejillas, abrazándonos durante varios minutos.

"Vamos dentro", dijo separándose. Noté que se limpiaba una lágrima de la mejilla y se me llenó el corazón.

Salió del coche y dio la vuelta para abrir la mía, extendiendo las manos y sacándose suavemente del coche. Me rodeó la cintura con el brazo, me condujo al ascensor y pasó su tarjeta por el lector. Los ascensores se abrieron y dentro había un portero que nos dedicó una cálida sonrisa.

"Señor Ralston", asintió con la cabeza mientras pulsaba el botón de la última planta.

Este lugar era como una fortaleza. Ya me sentía más segura. Las puertas del ascensor se abrieron a un piso más grande que mi casa y la de Murphy juntas. Respiré mientras miraba la gran entrada.

Justin me cogió de la mano y me guió por uno de los grandes pasillos. Intenté seguirle el ritmo mientras observaba lo que me rodeaba. Podría perderme aquí. Me condujo a través de dos grandes puertas dobles, lo que supuse que era su dormitorio, hasta un gran cuarto de baño de

mármol.

Sacó una toalla blanca de felpa de un estante de cristal y la colocó en el borde de la bañera. Abrió el grifo hasta que salió vapor.

"¿Burbujas?", preguntó.

"Sí, por favor". Sonreí.

Cogió una botella y vertió un tapón de jabón líquido. El aire se llenó de olor a lavanda.

"Bueno, te dejo", dijo, dándose la vuelta para marcharse.

Le cogí de la mano y tiré de él. Me miró y luego me miró a los labios. Mis ojos se cerraron y esperé con impaciencia lo que deseaba desde que lo vi entrar por la puerta de aquel edificio en ruinas. Me besó suavemente antes de darse la vuelta y cerrar la puerta tras de sí.

Me metí en la deliciosa agua caliente y respiré hondo. Apoyé la cabeza en el respaldo de la bañera y dejé que las burbujas me acariciaran. Él iba a cuidar de mí y yo de él. Y no solo eso, iba a cuidar de nuestro bebé. Íbamos a ser una familia. Me hundí más en la bañera y dejé que la satisfacción me invadiera.

Después de un largo baño, me envolví en la toalla que Justin me había dejado y me asomé al dormitorio, pero no estaba. Caminé por la habitación hasta el pasillo y oí su voz procedente del salón por el que habíamos pasado antes.

"Así es, agente. El centro comercial abandonado. Dirige sus operaciones desde allí".

Miré a la vuelta de la esquina y vi a Justin al teléfono, paseándose.

"No me importa el dinero. Si no lo recupero, no importa. Solo quiero a ese tipo fuera de las calles", continuó.

Levantó la vista y me vio allí de pie. Sonrió.

"Manténgame informado, por favor", dijo, terminando la llamada.

Tiró el teléfono al sofá y se acercó a mí, abrazándome. Sus manos me acariciaron la piel húmeda. Me incliné hacia él y lo miré.

"¿Has llamado a la policía?", le pregunté.

"Tuve que hacerlo. Sabía que era la única forma de mantenerte realmente a salvo".

Asentí y apoyé la cabeza en su pecho. Su corazón latía suavemente. Me sentí aliviada al pensar que Lenin sería detenido y encerrado. No volvería a perseguirme ni a mí ni a nadie. Sabía que no podría llevar una vida normal sabiendo que estaba ahí fuera, que nunca me sentiría completamente segura. También sentí cierto alivio por mi hermana. Aunque probablemente nunca volvería a hablar con ella, saber que estaría a salvo me hizo sentir mejor.

"Gracias", susurré.

"Siempre te mantendré a salvo, Bridget. A ti y a nuestro bebé. Te quiero".

"Yo también te quiero".

Capítulo 30

Bridget

Observé desde la ventana del segundo piso cómo Justin balanceaba una caja grande en un brazo mientras cerraba la puerta del camión de mudanzas con el otro. Debió de sentir mis ojos clavados en él porque justo en ese momento levantó la vista, con la lluvia cayendo en los ojos. Me sonrió antes de reajustar la caja en sus brazos y subir los escalones.

Con la sonrisa en la cara, terminé de desembalar la caja que tenía enfrente y llevé sus artículos de aseo al cuarto de baño. Los coloqué con cuidado sobre la encimera, cogí su frasco de colonia e inhalé su aroma familiar antes de volver a dejarlo sobre la encimera. Pasé las yemas de los dedos por los frascos y sentí que me invadía una felicidad abrumadora.

No podía creer que llevara cajas con sus pertenencias a mi casa. Parecía surrealista. Desde que me había salvado del gilipollas de Lenin, habíamos sido inseparables. Recordé la noche que me trajo a casa. Habíamos pasado la noche en vela hablando de todo, lo cual no era nuevo para nosotros, pero esta vez no hablamos de nuestras comidas o películas favoritas. Profundizamos más.

"¿Cómo va a funcionar esto?", le pregunté tumbada en el sofá, con la cabeza apoyada en su regazo.

"¿El qué? ¿Nosotros?", preguntó él.

"Sí...".

"Bueno, ya sabes que te quiero. Y a nuestro bebé también", dijo, poniéndome la mano en el estómago con suavidad.

"Ya lo sé. Yo también te quiero, pero ¿estás preparado para todo esto? Todo ha pasado muy deprisa y no quiero que te sientas... atrapado". Mis inseguridades bailaban juntas en mi cabeza, y sabía que tenía que ser honesta. Tenía que saberlo.

"Te lo dije en el bar aquella noche antes de que me arrancara el corazón y lo pisotearas...".

"Lo siento. Sabes que solo intentaba protegerte", interrumpí suavemente.

Me besó en la frente. "Ahora lo sé. Pero antes de todo eso, y antes de saber lo del bebé, te dije que quería estar contigo. Tiene que saber que nada podía cambiar eso".

"Ahora lo sé. Solo quería ponerlo todo sobre la mesa".

"Te quiero. Quiero estar contigo y quiero que seamos una familia. Ahí está todo sobre la mesa para mí. Ahora vete".

Rodé sobre mi espalda, lo miré y me sonrió tranquilizadoramente.

"Lo mismo digo", le dije.

Pasamos las siguientes semanas en su casa, mientras las fuerzas del orden nos mantenían informados de lo que ocurría con Lenin. A pesar de que Justin les dio una pista, tardaron en encontrarlo. Esas semanas fueron estresantes, pero también felices.

Nos quedamos encerrados en su ático jugando a las casitas. Conseguí que Andy cubriera el bar por mí. Pensé que era mejor quedarme por si Lenin venía a buscarme de nuevo. Andy dijo que sí sin dudarle después de que le explicara lo que había pasado, y se lo agradecí.

Probablemente fue lo mejor, porque el primer trimestre de embarazo no fue ninguna broma. Las náuseas matutinas no hacían honor a su nombre. Deberían llamarse náuseas durante todo el día y toda la noche. Estaba agotada. Pero Justin me cuidaba muy bien, siempre bajando corriendo a la tienda a por ginger ale o helado o pepperoncini. Su lista de la compra era siempre una mezcla entre lo que me apetecía y lo que me ayudaría a no vomitar. Pensé que me avergonzaría que me viera en mi peor momento, pero a él no le importaba. Estaba a mi lado, sujetándome el pelo y frotándome la espalda.

Justin trabajaba desde casa la mayoría de los días, con reuniones ocasionales fuera. Cuando no estaba trabajando y cuando yo no estaba en el baño o dormida, no hacíamos nada y hacíamos de todo. Si antes no le quería lo suficiente, ahora le quería todavía más. Jugábamos a juegos de mesa. Para ser un asesor financiero, era malísimo jugando al Monopoly, pero aceptaba mis victorias como un campeón. Hacíamos recetas con uno de sus libros de cocina, cenábamos en el patio y veíamos la puesta de sol. También pasamos mucho tiempo en su cama California King. Casi parecía una luna de miel...

Cuando supimos que habían detenido a Lenin y Jared, lo celebramos con champán para Justin y sidra espumosa para mí. Ahora que estaba en el segundo trimestre, por fin empezaba a sentirme mejor. Ahora que estaba a salvo, hablamos de lo que vendría después. Se acercaba la fecha del parto y teníamos que tomar decisiones.

Decidimos irnos a vivir juntos, oficialmente. Llevaba semanas quedándome en su casa, pero aún no habíamos encajado del todo nuestras vidas. La paralización de la detención de Lenin había estancado nuestros planes, pero ahora éramos libres de volver a vivir nuestras vidas con normalidad.

Hablamos de los pros y los contras de nuestras dos casas, pero Justin fue quien expresó su deseo de mudarse a mi casa conmigo. Me sorprendió, porque aquí tenía un ático enorme con unas vistas increíbles de la ciudad, pero se había enamorado de mi casa adosada de dos plantas cuando la visitó por primera vez.

Yo también me enamoré de mi casa. Era el lugar perfecto para criar a un bebé. Era pequeña pero cálida y me imaginaba muchos recuerdos aquí. Subiendo a nuestro bebé por las escaleras, evitando los escalones que crujían. Sentada en mi mecedora bajo la pequeña ventana circular, mirando las estrellas. Los primeros pasos sobre el suelo de roble. Podía verlo todo.

También quería volver a trabajar en el bar y decidí que quería contratar a más personal. No quería estar trabajando todo el tiempo cuando se acercara la fecha del parto y, sobre todo, cuando el bebé ya estuviera aquí. Seguía siendo la propietaria y quería seguir trabajando a tiempo parcial, pero también estaba dispuesta a soltar un poco las riendas.

"Hola, nena", llamó Justin por las escaleras justo en ese momento.

"¿Sí?", contesté.

"Cleo y Kenny están de vuelta con la carga final".

"¡Ya bajo!".

Cleo y Kenny se habían ofrecido a ayudarnos con la mudanza. Habían sido muy buenos amigos

durante todo el proceso. Kenny viniendo a apoyar a Justin en una situación peligrosa, y Cleo pendiente constantemente de mí después del secuestro con una cesta de productos horneados. Tenía suerte de tenerlos.

Me agarré a la barandilla mientras bajaba las escaleras y Cleo entró por la puerta con una caja de la panadería en la mano.

"Me imaginé que necesitarías tentempiés". Levantó la caja.

"Oh, no imaginas cuánto". Abrí la tapa y vi deliciosos cruasanes, donuts y bollos. Cogí un donut glaseado y le di un buen mordisco.

"Son perfectos", dije, cerrando los ojos.

Cleo se rió y me puso la mano en la barriga. "El bebé solo recibe los mejores pasteles", dijo.

En ese momento entraron Kenny y Justin, cargando grandes cajas apiladas unas encima de otras.

"Wooow", gritó Cleo.

Se rieron mientras llevaban las cajas al salón. Justin tenía el pelo mojado por el sudor o la lluvia. En cualquier caso, tenía buen aspecto. Mis ojos recorrieron sus músculos tensos mientras colocaba las cajas en el suelo. Embarazada o no, ahora quería sacar a nuestros amigos de aquí. Los quería, de verdad, pero estaba lista para pasar un rato a solas con Justin en nuestra nueva casa.

Justin se acercó, me abrazó y me puso las manos en la barriga. Levanté el último trozo de mi rosquilla y él le dio el último mordisco antes de besarme en el cuello. Sentí que se me sonrojaba la cara.

"Bueno, parece que es el último", dijo Cleo, mirándome con complicidad.

"¿Estáis seguros? ¿Queréis más ayuda para deshacer las maletas?", preguntó Kenny.

"Creo que ya está", dijo Justin.

"Gracias por todo, chicos", dije. Después de todo, ellos fueron los que nos presentaron a Justin y a mí.

Nos despedimos con un abrazo y los acompañé a la salida, saludando con la mano mientras trotaban hacia su coche bajo la lluvia. Cerré la puerta y volví al salón, donde Justin estaba abriendo cajas. Le cogí de la mano, tiré de él para que me siguiera y lo llevé escaleras arriba hasta mi dormitorio. La lluvia golpeaba el tejado y las luces de la calle acababan de encenderse, proyectando un cálido resplandor a través de la ventana.

"Bienvenido a casa", le susurré mientras le rodeaba la nuca con las manos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y sus manos recorrieron mi espalda y mis costados, sin apenas rozarme, pero dejando una ardiente huella. Levanté la barbilla, invitando a sus labios a tocar los míos. En lugar de eso, los paseó por mi mandíbula y por mi cuello. Eché la cabeza hacia atrás, disfrutando de la sensación de su aliento contra mi piel.

Me guió hacia la cama, con sus ojos fijos en los míos. Cuando mis rodillas tocaron el colchón, caí de espaldas sobre el edredón de felpa. Miré a Justin expectante, de pie sobre mí, con la camiseta húmeda pegada a las curvas de sus músculos. Dios, era tan sexy...

Separé las piernas lentamente, dejando que el dobladillo de mi vestido se subiera y revelara mis

bragas de encaje, y vi cómo sus ojos bajaban lentamente.

"¿Me estás diciendo que las has tenido puestas todo el día?", me preguntó, mientras se acercaba a mí y apoyaba una rodilla en la cama.

Asentí con la cabeza y se arrodilló sobre mí mientras sus hambrientos ojos me miraban.

"Deberíamos haber echado a Kenny y a Cleo hace mucho tiempo", dijo.

Me eché a reír.

Las manos de Justin subieron lentamente por la parte interior de mis muslos hasta llegar a la cintura. Sus dedos se engancharon a mis bragas y me las quitó con facilidad. Volvió a ponerme las manos encima, levantándose las caderas y acercándose al borde de la cama. Se agachó hasta el suelo, arrodillándose frente a mí. Me agarró por las caderas y acercó su boca a la mía. Al sentir su lengua lamiéndome, caí débilmente sobre la cama. Perdía todo el control cuando se trataba de él.

Cuando empezó a besarme más profundamente, le agarré el pelo con las manos, tirando desesperadamente. La espalda me temblaba pero él me sujetaba firmemente contra la cama. Cuando todas las sensaciones de mi cuerpo alcanzaron su punto álgido, me agarré con fuerza a las mantas y me corrí.

Me quedé sin aliento, mirando al techo, hasta que me apoyé en los codos y le miré. Se lamió los labios mientras me sonreía. Me incorporé y tiré de su camisa. Él sonrió y se la quitó, dejando al descubierto su cuerpo tonificado. Me incliné hacia delante y le besé el pecho antes de pasarle la lengua por el cuello. Mis manos bajaron por su cuerpo hasta llegar a su cintura y le bajé el chandal, dejando al descubierto su gran erección a escasos centímetros de mí.

Abrí las piernas, invitándole a entrar. Me miró con una sonrisa socarrona antes de introducirse en mí lentamente, centímetro a centímetro. Su mano me agarró por la parte baja de la espalda, acercándose y llenándome por completo. Me moví contra él, rechinando, hasta que ya no pudo penetrarme más. Acercó su boca a la mía y nos quedamos entrelazados un momento, con la respiración agitada y sincronizada. Era la primera vez que hacíamos el amor en nuestra casa y lo estábamos disfrutando. Entonces se apartó, antes de volver a chocar contra mí, llevándome de nuevo al borde del abismo.

Cuando terminamos, nos tumbamos en la cama completamente agotados. Yo estaba tumbada boca arriba, sin aliento, y Justin me rodeaba el cuello con el brazo. Giró la cabeza hacia mí y sus ojos se desviaron hacia mi creciente barriga, poniéndome suavemente la mano encima.

"Probablemente es hora de que empieces a tomarte las cosas con más calma. Levantar cosas pesadas y todo eso igual es demasiado para el pequeño. O la pequeña".

"No pararé todavía, pero con gusto dejaré que te encargues de las cajas de la mudanza".

Justin se rió. "Ya lo has hecho".

"¿Qué crees que será el bebé?", pregunté, colocando mi mano sobre la suya.

"Seré feliz con cualquiera de los dos. Y más si es pelirrojo como tú".

Justo entonces, sentí que el bebé pateaba por primera vez. Miré a Justin para ver si él también lo había sentido, y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras estábamos tumbados, esperanzados en el futuro.

Epílogo

Justin

Me arreglé la corbata en el espejo del baño y miré a Bridget, que se estaba retocando el carmín. Noté que le temblaba la mano.

Apoyé mi mano en su brazo y le di un suave apretón. "Hoy todo va a terminar", le dije suavemente.

Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo y me miró a través del espejo. "Gracias, cariño".

Miré el reloj. Eran las 8:30. Teníamos que estar en el juzgado dentro de treinta minutos.

"Probablemente deberíamos irnos ya", dije.

Asintió con la cabeza y tapó el pintalabios. La abracé y le di un beso en la frente. Hoy era un gran día. Íbamos a ir a juicio y, con suerte, a encerrar a Lenin para siempre. Aunque había estado encerrado todo este tiempo, sabía que los temores de Bridget no se calmarían hasta que lo condenaran.

La seguí mientras bajábamos las escaleras. Nunca la había visto de traje. La falda crema y la americana le quedaban bien. Demasiado bien. Se lo quitaría con gusto más tarde, pero de momento, le di una palmadita en el trasero.

Se dio la vuelta y levantó las cejas juguetonamente.

"¿Qué?". Me encogí de hombros. "Me siento como si estuviéramos jugando a roles".

Soltó una carcajada, una de verdad. Me alegraba hacerla sonreír cuando sus nervios estaban a flor de piel.

"Eso es para más tarde". Me agarró de la corbata y tiró de mí para darme un beso. "Pero ahora tenemos que ir a asegurarnos de que ese gilipollas recibe lo que se merece".

Cuando llegamos al juzgado, vi a Kenny y Cleo esperando fuera. Estaban aquí como apoyo moral, y Kenny también era testigo. Entramos todos juntos, conteniendo la respiración.

Horas después, salimos con una sonrisa en la cara. Bridget soltó un suspiro de alivio mientras apoyaba la cabeza en mi pecho. La rodeé con los brazos y la abracé fuerte.

"Lo hemos conseguido", susurró.

Y lo habíamos conseguido. Lenin fue condenado a veinte años de prisión por secuestro, concesión de préstamos ilegales y crimen organizado. La policía había encontrado más pruebas de sus actividades ilegales en la oficina secreta del centro comercial, y Jared fue juzgado con una sentencia menor como cómplice.

"Lo hiciste, nena. Estuviste increíble ahí arriba", le dije, besándole la parte superior de la cabeza.

"¡Deberíamos celebrarlo!", dijo Kenny, triunfante.

"¡Definitivamente!", coincidió Cleo.

Media hora después, estábamos en *Murphy's*. Andy había abierto el bar temprano y todos los clientes habituales estaban entrando por la puerta para celebrar la victoria de la dueña de su bar favorito. Kenny había llamado a los chicos del equipo, incluido el capitán, Jonas, y su mujer, Mae. Se estaba convirtiendo en una auténtica fiesta.

Levanté a Bridget sobre la barra del bar y se rió alegremente.

"¡Por Bridget!", grité, levantando una pinta de cerveza.

"¡Por Bridget!", gritó Kenny, chocando su vaso con el mío.

Bridget levantó su vaso de agua y se frotó la barriga. Estaba preciosa mientras miraba a todos con entusiasmo. No podría estar más enamorado de esa mujer. Por fin podíamos seguir adelante con nuestras vidas y, además, justo a tiempo, porque nuestro hijo no tardaría en llegar.

Éste es el final de la historia de amor entre Bridget y Justin.

¿Conoces ya los otros libros de esta serie? Puedes encontrarlas aquí:

<https://www.amazon.es/dp/B0CHNV8CG3>

El boletín gratuito de Rebecca:

<https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol>